



EL LAGO DE LAS ABEJAS

Conclusion (1).

LA QUINTA.



habian pasado nuevamente algunos años.

Una calurosa tarde de primavera bajaba por un camino cubierto de sombra por el bosque que atravesaba, un joven de enérgicas facciones y tez morena. Sus ojos castaños y de serio mirar se fijaban con ansia en el horizonte, cual si esperase y temiese al mismo tiempo hallar por fin algun cambio en el uniforme camino. Al cabo vió venir hácia sí una carreta que subia lentamente el camino, y dirigiéndose al aldeano que la guiaba le preguntó:

—¡Hola, buen amigo! ¿se va bien por aquí á la quinta del Lago de las Abejas?

—Todo derecho, contestó el carretero, dando vueltas á su sombrero redondo.

—¿Y está muy léjos de aquí?

—No, señor, está V. muy cerca. En ménos que se fuma media pipa se encuentra V. en el Lago y junto á él está la casa del amo.

Dicho esto, el carretero siguió su camino, y el viajero pasó rápidamente por entre los árboles. Al cabo de un cuarto de hora de marcha cesó de repente la sombra en el lado izquierdo del camino que, convertido en suave declive del que apenas

(1) Véase el número 32 de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.

sobresalian las copas de seculares encinas, dejaba ver á lo léjos y por cima de ellas un extenso paisaje bañado por los rayos del sol. Allá en el fondo del valle se extendía el lago azulado y sereno, ceñido en derredor de una verde corona de árboles que el sol iluminaba, y que, interrumpiéndose en un punto, dejaban ver un dilatado horizonte, limitado á su vez por una cadena de azules montañas. En frente, en medio del verde follaje del bosque, se veía una extensa mancha de un blanco de nieve, formada por las flores de los árboles frutales, y más allá, en la orilla más elevada del lago, la casa del propietario, blanca, con tejas encarnadas. Una cigüeña se lanzó á los aires desde la chimenea y empezó á trazar lentamente círculos sobre las aguas.

—¡Por fin! exclamó el viajero, que sin duda estaba muy próximo al término de su viaje, porque permaneció un momento inmóvil mirando á sus piés, por cima de las copas de los árboles, la orilla opuesta del lago, en cuyas aguas se mecia dulcemente la imágen de la casa blanca, y al cabo continuó de repente su camino.

Bajó primero una cuesta de pendiente rápida y se encontró de nuevo bajo los árboles que le prestaban agradable sombra, pero le ocultaban la vista del lago que brillaba sólo á trechos por entre los claros del follaje. Pronto tuvo que subir otra pendiente suave, y al llegar á su cima, vió desaparecer el bosque por derecha é izquierda y extenderse en su lugar á lo largo del camino frondosas colinas plantadas de vides y por ambos lados árboles frutales, en torno de los que zumbaban bulliosas abejas.

Un hombre de elevada estatura, con traje grís, se dirigió hácia el viajero, y cuando estuvo próximo á él, agitó su gorra y exclamó con voz clara:

—Bien venido, bien venido, hermano Reinardo; bien venido al Lago de las Abejas!

—Salud, Erich, y gracias por tu bienvenida, contestó el viajero.

Dicho esto, se acercaron uno á otro y se tendieron la mano.

—¿Pero eres tú, Reinardo? exclamó Erich, examinando de cerca las graves facciones de su antiguo condiscípulo.

—Sin duda, contestó éste; así como tú eres el mismo Erich, aunque algo más júbil, me parece, que en otro tiempo.

La sonrisa de júbilo que brilló en las vulgares facciones de Erich confirmó más la observación de su amigo.

—Sí, hermano Reinardo, dijo Erich, estrechándole de nuevo la mano; es que desde entónces acá me ha tocado el premio mayor de la lotería.

Luego se frotó las manos y exclamó alegremente:

—Va á ser una sorpresa que no espera ni ha esperado jamás seguramente.

—¿Una sorpresa? preguntó Reinardo. ¿Para quién?

—¡Para Isabel!

—¡Isabel! ¿No le has anunciado mi llegada?

—Ni una palabra le he dicho, querido Reinardo. En este momento no piensa seguramente en tí, ni su madre tampoco. Yo te he escrito guardando el más profundo secreto á fin de que la alegría sea mayor. Ya sabes que siempre me ha gustado tener mis secretillos.

Reinardo se puso pensativo. Parecióle que su respiración se hacia más fatigosa á medida que se acercaba á la quinta.

A la izquierda del camino sucedió á los viñedos una dilatada huerta que se extendía hasta la orilla del lago. La cigüeña se habia posado en tierra y se paseaba gravemente entre los cuadros de hortalizas.

—¡Hola! exclamó Erich palmoteando; con que me está ya robando otra vez la egipcia de largas piernas mis escasas plantas de guisantes!

El ave levantó el vuelo lentamente yendo á posarse en el tejado de una casa situada al fin de la huerta, y cuyas paredes estaban cubiertas con árboles de melocotones y albaricoques en espaldera.

—Esta es la bodega, dijo Erich; es la primera dependencia que construí hace dos años. La casa de labranza la hizo recientemente mi difunto padre y mi abuelo edificó la casa-habitación. De este modo se va adelantando cada dia un poquito.

Hablando así, llegaron á un vasto patio cuyos lados formaba la casa de labranza y el fondo la del amo, rodeada en sus dos alas por la alta pared de un jardín. Detras de esta se mecia dul-

cemente el oscuro follaje de los tejos, y á trechos caían hácia el patio los floridos racimos de las lilas. Jornaleros de rostro curtido por el sol y el trabajo atravesaban el patio y saludaban á los dos amigos, y Erich les contestaba haciendo á éste una pregunta ó dando á aquel una órden sobre su tarea del día. Por fin llegaron á la casa, y atravesando un elevado y fresco vestíbulo, torcieron á la izquierda y salieron á un corredor algo oscuro. Erich abrió una puerta y entraron en un vasto salon que daba al jardin, cuyos árboles tapizando las ventanas de los dos lados opuestos dejaban penetrar una luz verde y templada. En medio de aquellas, dos elevadas puertas de dos hojas, abiertas de par en par, daban franca entrada á la alegre claridad del sol de primavera y ofrecian la perspectiva de un jardin de circulares canastillos de flores y altas paredes revestidas de follaje, dividido en su centro por una recta y ancha calle de árboles que dejaba ver el lago y más allá los bosques de enfrente. Al entrar en el salon los amigos, el aire les trajo un verdadero torbellino de aromas.

En un terrado, situado ante la puerta del jardin, se hallaba sentada una jóven vestida de blanco, que, al verlos, se levantó y se dirigió á su encuentro; pero á mitad de camino se detuvo inmóvil, fijos los ojos en el recién llegado huésped.

—¡Reinardo! exclamó al fin. ¡Reinardo! ¡Dios mio! ¿Eres tú? ¡Hace tanto tiempo que no nos hemos visto!

—¡Mucho tiempo! contestó él, y no pudo añadir más; porque al escuchar su voz sintió un agudo dolor en el corazon; y al contemplarla ante sí, volvió á ver la graciosa y querida imágen de aquella á quien años ántes dijo «¡adios!» en su pueblo natal.

Erich, que se habia quedado atrás, junto á la puerta, se adelantó entónces radiante de alegría, y dijo:

—¿No es verdad, Isabel, que no le esperabas, ni ahora ni en toda la vida?

Isabel le dirigió una mirada fraternal, y contestó:

—¡Eres tan bueno, Erich!

Este cogió su diminuta mano, y la estrechó entre las suyas, añadiendo despues:

—Y ahora que le tenemos, no le hemos de dejar marchar

tan pronto. Ha estado ausente tanto tiempo, que tenemos que naturalizarle de nuevo. Pero observa, ¡qué aire tan extranjero y distinguido trae!

Isabel se atrevió á mirarle tímidamente al rostro; y él contestó:

—Te lo hace creer así el largo tiempo que hace que no nos vemos.

En aquel momento entró la madre de Isabel, con un canastillo en el brazo.

—¡Señor Werner! exclamó, al ver á Reinardo. Hé aquí un huésped tan querido como inesperado.

En seguida empezó una animada serie de preguntas y respuestas. Las mujeres se sentaron á su labor; y mientras Reinardo tomaba los refrescos que le habian traído, Erich encendió una gruesa pipa de espuma de mar, y fué á ocupar su puesto, mezclándose en la conversacion.

Al dia siguiente tuvo Reinardo que acompañar á Erich á visitar los campos labrados, las viñas, el plantío de lúpulo y la bodega; todo lo cual se hallaba en el orden más perfecto. Todos los jornaleros que trabajaban en los campos, ó al lado de las calderas, tenían un aspecto de salud y satisfaccion completas. A medio dia se reunió la familia en el salon del jardin, donde pasaban todos los dias más ó ménos horas, segun lo permitian los respectivos quehaceres. Sólo en las primeras de la mañana y de la noche, se quedaba Reinardo trabajando en su cuarto; porque hacia algunos años que se ocupaba en recoger, segun podia procurárselos, los versos y cantares que corrian en boca del pueblo, y empezaba entónces á ordenar su tesoro, aumentándole, en lo posible, con nuevas notas recogidas por las comarcas circunvecinas.

Isabel se mostraba en todas ocasiones dulce y afectuosa; pero acogia las constantes atenciones de Erich, con cierto humilde reconocimiento, que hacia pensar á Reinardo que la vivaracha niña de otro tiempo parecia prometer una mujer ménos pacífica.

Desde el siguiente dia de su llegada, tomó Reinardo la costumbre de ir á dar un paseo, al caer la tarde, por la orilla del lago. Para llegar á él tenía que atravesar el jardin, á cuyo ex-

tremo y sobre un terrado avanzado, un grupo de altos abedules daba sombra á un banco, al que la madre de Isabel habia puesto el nombre de *banco de la tarde*, porque miraba al Poniente, y desde él se disfrutaba casi por completo del espectáculo de la postura del sol.

Una tarde que Reinardo volvía de su paseo por este camino, se vió sorprendido por la lluvia, y fué á refugiarse bajo un tilo próximo al lago; pero como las gruesas gotas atravesaron pronto las hojas, y se encontraba mojado, se abandonó por completo á la lluvia, y continuó despacio su camino de vuelta. Entre tanto habia casi oscurecido, y la lluvia arreciaba. Al llegar cerca del *banco de la tarde* creyó divisar, entre los brillantes troncos de los abedules, una blanca figura de mujer, inmóvil, y, segun le pareció distinguir cuando se acercó más, vuelta hácia él en la actitud de quien espera. Creyó reconocer á Isabel; pero cuando apresuraba el paso para alcanzarla, atravesar juntos el jardin y entrar en casa, la vió alejarse lentamente y desaparecer entre las oscuras calles de árboles. Sin poder darse cuenta del hecho, y casi enojado con Isabel, aún en la duda de si habria sido ella realmente, no se atrevió á hablarla del caso, y ni siquiera se detuvo en el salon, sólo por temor de verla acaso entrar por la puerta del jardin.

MI MADRE LO MANDÓ.

Algunos dias despues, á la caída de la tarde, hallábase la familia reunida, como de costumbre en aquella estacion, en la sala del jardin. Las puertas estaban abiertas y el sol se ocultaba tras de los bosques, al otro lado del lago.

Pidiéronle á Reinardo que leyese algunos cantos populares que aquella tarde le habia enviado un amigo que vivia en el campo, y para complacerles, fué á su cuarto y volvió pronto con un rollo de papel, que parecia constar de hojas sueltas y escritas con esmero.

—Os leeré la primera que salga, les dijo cuando todos se hubieron sentado en derredor de la mesa, é Isabel á su lado, porque yo no las he repasado todavía.

Isabel desdobló el manuscrito y exclamó:

—Aquí hay notas de música; tienes que cantarlo, Reinardo.

Este empezó por unas tirolesas, cuya lectura interrumpia de cuando en cuando para cantar á media voz su alegre melodía. El más vivo gozo animaba á la reducida reunion.

—¿Quién habrá compuesto esas preciosas canciones? preguntó Isabel.

—¡Bah! contestó Erich; eso se les oye cantar á los muchachos, á los aprendices de sastre y peluqueros, y á gente de buen humor como ésta.

—Nadie las compone, dijo á su vez Reinardo: crecen, caen de los aires, vuelan por los campos hácia todos lados, como hilos de la Vírgen, y se cantan en mil partes á la vez. En ellas encontramos nuestro propio sér y nuestras mismas pasiones, y no parece sino que todos hemos contribuido á componerlas.

Luego cogió otra hoja y leyó:

Desde la elevada cumbre...

—La conozco, dijo Isabel: canta, Reinardo, que yo te acompañaré.

Y en efecto, los dos empezaron á cantar esa melodía tan misteriosa, que parece increíble la hayan compuesto hombres. Isabel acompañaba al tenor con su voz de contralto, algun tanto velada.

La madre en tanto trabajaba activamente junto á su costurero, y Erich, apoyando una mano sobre la otra, escuchaba con gran atencion. Cuando acabaron la melodía, Reinardo puso calladamente á un lado la hoja. En medio del silencio de la noche, y como si partiese de la orilla del lago, se oia el sonido de las campanillas del ganado. Prestaron más atencion y oyeron la clara voz de un mozo, que cantaba:

Desde la elevada cumbre
El hondo valle contemplo...

—¿Oís? dijo Reinardo sonriendo. Así van corriendo de boca en boca.

—En estas cercanías se cantan mucho, dijo Isabel.

—Sí, añadió Erich; es Gaspar el pastor, que trae las vacas de los pastos.

Siguieron escuchando todavía un momento, hasta que el sonido de las campanillas se perdió detras de la casa de labranza, y entónces dijo Reinardo:

—Son cantos originales que duermen en el fondo de los bosques, y Dios sabe quién los ha encontrado.

Dicho esto, pasó á otra hoja.

Ya habia oscurecido, y la rojiza claridad de la tarde se extendia como un vapor sobre los bosques de la orilla opuesta del lago. Reinardo desarrolló otra hoja, é Isabel colocó su mano sobre el papel para sostenerle, miéntras seguia con la vista lo que él leia, que era como sigue:

 Mi madre así lo ha querido,
 Y á otro mi mano he de dar;
 Mi corazon, mal herido,
 ¿Podrá la imágen borrar
 Que siempre en él ha vivido?

 Lo que conmigo habeis hecho
 Es, madre, crueldad notoria,
 Que, sin perder la memoria,
 Nunca podrá odiar el pecho
 Lo que siempre fué su gloria.

 ¡Ay! por borrar el pasado,
 Y aunque ayer altiva era,
 Y hoy sólo un sér desgraciado,
 Contenta el campo abrasado
 Mendigando recorriera.

Durante la lectura habia sentido Reinardo un imperceptible temblor en el papel, y cuando terminó, Isabel empujó suavemente hácia atrás su silla, y bajó en silencio al jardin. Su madre la siguió con la vista, y cuando Erich se disponia á acompañarla, le detuvo diciéndole:

—Isabel tiene que hacer fuera.

En tanto la noche iba envolviendo en sombras más y más densas el jardin y el lago; por las abiertas puertas se lanzaban zumbando las mariposas nocturnas, y penetraban los aromas, cada vez más fuertes, de las flores y de los arbustos. Oíase el graznido de las ranas en las aguas; bajo las ventanas gorgueaba

un ruiseñor, al que contestaba otro desde la espesura de los árboles del jardín, iluminados allá en sus cimas por la serena claridad de la luna. Reinardo se quedó mirando un momento el sitio por donde había desaparecido la delicada figura de Isabel entre las calles de árboles, saludó á los presentes y atravesó el jardín en dirección al lago.

Profundo silencio reinaba en los bosques que proyectaban su sombra hasta el lago, iluminado en su centro por los tibies rayos de la luna. De cuando en cuando agitaba los árboles un ligero rumor, no producido por el viento, sino por el hálito templado de una noche de verano. Reinardo iba paseando por la orilla del lago, cuando á distancia de un tiro de piedra de la tierra, pudo distinguir un blanco lirio acuático, y al punto concibió el deseo de contemplarle de cerca. Al efecto se desnudó y se lanzó al agua, cuyo fondo llano y cubierto de ásperas plantas y agudos guijarros le desgarraba los piés, sin que pudiese encontrar la profundidad necesaria para nadar. De repente le faltó pié, las aguas se arremolinaron sobre su cabeza y pasó un largo rato ántes de que pudiese salir de nuevo á la superficie. Cuando lo consiguió, cortó el agua con piés y manos y describió un círculo á fin de orientarse sobre el punto por donde había entrado. A poco volvió á ver el lirio que yacía solitario entre las grandes y brillantes hojas, y se dirigió hácia él nadando lentamente, dejando caer cada vez que sacaba el brazo del agua gotas que resplandecían como brillantes á la luz de la luna. La distancia que le separaba de la flor le parecía constantemente la misma, y cuando se volvía á mirar la orilla, creía verla envuelta siempre en una niebla cada vez más incierta. No por eso renunció á su intento, ántes continuó nadando vigorosamente en la misma dirección hasta llegar tan cerca de la flor, que podía percibir distintamente á la claridad de la luna sus plateadas hojas; pero al mismo tiempo se sintió enredado entre las viscosas plantas acuáticas que extendían sus ramas desde el fondo y se enroscaban á sus desnudos miembros. La oscuridad de las misteriosas aguas que le rodeaban, el salto de los peces que detras de sí oía, le impresionaron de tal modo, que de repente se sintió mal en el extraño elemento, y rompiendo con fuerza las ligaduras de las plantas

nadó precipitadamente hácia la orilla con fatigoso aliento. Desde ella se volvió á mirar el lago, y vió como ántes el lejano y solitario lirio sobre el oscuro fondo de las aguas. Vistióse luego y se dirigió lentamente hácia la casa, y cuando entró en la sala del jardin encontró á Erich y á la madre de Isabel ocupados en los preparativos de un corto viaje que debian emprender al dia siguiente para evacuar ciertos negocios.

—¿Dónde ha estado V. hasta hora tan avanzada de la noche? le dijo la madre.

—¿Yo? respondió Reinardo; queria hacer una visita al lirio de las aguas, pero no ha podido ser.

—Ningun hombre lo intenta dos veces, dijo Erich. ¿Qué diantres tenias tú que hacer con el lirio de las aguas?

—Yo le conocí ántes una vez, contestó Reinardo, pero ya hace mucho tiempo.

ISABEL.

La tarde siguiente fueron paseando Reinardo é Isabel al otro lado del lago, ya por los bosques, ya por las altas y avanzadas riberas, porque Erich habia encargado á aquella que durante su ausencia y la de su madre, enseñase á Reinardo los puntos de vista más hermosos de los alrededores, especialmente el que se extendia desde la orilla opuesta hasta la misma quinta; y en efecto, fueron recorriéndolos todos unos tras otros hasta que Isabel se encontró cansada y se sentó á la sombra de las pendientes y avanzadas ramas. Reinardo estaba frente á ella, apoyado en el tronco de un árbol, y allá en lo profundo del bosque se oia el canto del cuco. Entónces cruzó de pronto por su mente el recuerdo de haberse encontrado ya otra vez en idéntica situacion, y mirando á Isabel con extraña sonrisa, la dijo:

—¿Vamos á buscar fresas?

—No es tiempo de ellas ahora, contestó aquella.

—Pero pronto lo será.

Isabel hizo un signo negativo de cabeza, se levantó y ambos continuaron su excursion. Al marchar á su lado, Reinardo se volvia á menudo á admirar su hermosura y su gracioso an

dar, y más de una vez se quedó involuntariamente algunos pasos atrás para contemplarla completamente á su satisfaccion. De este modo llegaron á un sitio despejado, plantado de brezos, desde el que se disfrutaba de una extensa y lejana perspectiva. Reinardo se bajó y arrancó una rama de las plantas que cubrian el suelo, llevando en su rostro al levantarse la expresion de una apasionada tristeza.

—¿Conoces esta flor? preguntó á Isabel.

Ella le miró con cierta extrañeza, y contestó:

—Sí, es una erica. Muchas veces las he cogido en el bosque.

—Yo tengo en casa, continuó diciendo Reinardo, un libro viejo, donde en otro tiempo tenía la costumbre de escribir diferentes canciones y versos, aunque ya hace mucho que nada más se ha añadido. Entre sus hojas hay tambien una erica, sólo que está completamente seca. ¿Sabes tú quién me la ha dado?

Isabel hizo un signo afirmativo de cabeza sin proferir palabra, y luego bajó rápidamente la vista, fijándola en la planta que él tenia en la mano. Así permanecieron largo rato, y cuando ella levantó los ojos hácia Reinardo, vió éste que los tenia arrasados en lágrimas.

—Isabel! la dijo, del lado allá de aquellas azules montañas yace nuestra juventud! ¿Dónde ha quedado?

Ni una palabra más hablaron, y uno al lado de otro, y en el mayor silencio, se dirigieron hácia el lago. El aire era pesado, y hácia el Poniente se elevaba negra tormenta.

—Hay tempestad, dijo Isabel apresurando el paso.

Reinardo hizo en silencio signos afirmativos, y ambos se dirigieron á buen paso á lo largo de la orilla hasta alcanzar su barca. Durante la travesía, Isabel dejaba descansar su mano sobre el borde del bote. Reinardo la contemplaba por entre los remos; pero Isabel tenia fijas sus miradas en el lejano horizonte. Insensiblemente fué él bajando sus ojos hasta detenerlos en aquella pálida mano que le descubrió lo que su rostro le habia ocultado, percibiendo en ella esas imperceptibles líneas que tan fácilmente graba en las hermosas manos de la mujer un secreto dolor, cuando durante la noche han comprimido los latidos de un corazon enfermo. Al apercibirse Isabel de aquella

mirada dejó deslizarse suavemente su mano por el borde de la barca hasta tocar el agua.

Cuando llegaron á la quinta encontraron delante de la casa el carretón de un afilador. Un hombre de negros cabellos, pendientes en largos rizos, hacia girar cuidadosamente la rueda, tarareando entre dientes una canción bohemia, mientras á su lado roncaba el perro enganchado al carretón. En el portal había una muchacha de lindas, aunque hurañas facciones, y cubierta de harapos, que tendió la mano pidiendo una limosna á Isabel. Reinardo se puso á buscar algunas monedas en su bolsillo, pero ella se le adelantó y arrojó todo lo que contenía el suyo en las abiertas manos de la mendiga. Después se alejó prontamente y Reinardo la oyó subir sollozando las escaleras.

Al pronto quiso detenerla, pero reflexionó un momento y se quedó abajo.

La muchacha continuaba aún en el portal, inmóvil y con la limosna recibida en la mano.

—¿Qué más esperas? la dijo Reinardo.

La muchacha se estremeció y dijo:

—No quiero nada más.

Luego volvió hacia él la cabeza, y mirándole fijamente con ojos huraños, se dirigió á paso lento hacia la puerta. Reinardo pronunció un nombre; pero ella ya no le oía, y con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho, atravesó el patio.

Y en soledad bien amarga
Mi vida se extinguirá.

Esta antigua canción resonando en sus oídos, suspendió su respiración por algunos instantes; pero al fin se volvió encaminándose á su cuarto.

Allí se sentó á trabajar, pero no le ocurría idea alguna; y después de intentarlo en vano durante más de una hora, bajó á la sala de reunión de la familia, solitaria en aquellos momentos y bañada por la fresca luz de verdes reflejos del crepúsculo. Sobre el costurero de Isabel estaba la cinta encarnada que llevaba al cuello aquella tarde: Reinardo la cogió, pero le causó pena y la volvió á colocar en su sitio. Inquieto y agitado bajó al lago, desató el bote, remó hacia la opuesta orilla y

quiso ver una vez más los sitios que ántes habia recorrido rápidamente con Isabel. Cuando volvió á la casa ya habia oscurecido, y en el patio encontró al cochero que llevaba á pastar los caballos del carruaje; lo cual le indicó que los viajeros acababan de llegar. En efecto, al entrar en el portal oyó á Erich que se paseaba por el salon; pero no fué á verle, sino que permaneció un instante en silencio, y luego subió poco á poco la escalera en direccion á su cuarto. Allí se sentó en el sillón, junto á la ventana, y se propuso escuchar al ruiseñor que cantaba abajo en las tapias de los tejos; pero sólo percibía los latidos de su propio corazón. En la planta baja de la casa todo quedó en profundo silencio; la noche avanzaba rápidamente, pero él de nada se apercibía. Así permaneció sentado durante horas enteras, hasta que por fin se levantó y se asomó á la ventana. Las gotas del rocío caian de una en otra hoja; el ruiseñor habia dejado de cantar, y poco á poco, al oscuro azul del cielo de la noche, iba sucediendo una pálida y amarillenta claridad. Levantóse un fresco viento que cruzó la abrasada frente de Reinardo, y por último, la primera alondra se lanzó á los aires cantando alegremente.

Entónces, Reinardo se volvió de repente, tomó un lápiz de sobre la mesa, se sentó y trazó algunas líneas sobre una hoja de papel blanco. Preparado de este modo, cogió su sombrero y su baston, y dejando allí el papel, abrió cuidadosamente la puerta y bajó al portal.

El crepúsculo matutino penetraba ya por todos los ángulos de la casa, y el corpulento gato se estiraba sobre la estera de paja y erizaba el lomo apoyándose en las manos que sin advertirlo ponía completamente paralelas. Fuera, en el jardín, los gorriones publicaban desde las ramas de los árboles con su alegre gritería que la noche habia pasado.

En aquel momento oyó Reinardo abrirse una puerta en lo alto y bajar las escaleras, y al levantar los ojos, vió á su lado á Isabel, que apoyando en su brazo la mano movió los labios para hablar, pero sin que él pudiese percibir una sola palabra.

—¿No volverás jamás? le dijo por fin. Lo sé, no me engañes: ¿no volverás jamás?

—No, jamás! contestó él.

Entonces ella dejó caer su mano, y permaneció en silencio. Reinardo atravesó el vestíbulo, y al llegar á la puerta se volvió por última vez y vió á Isabel inmóvil en el mismo sitio mirándole con apagados ojos. Dió algunos pasos hácia adelante y extendió hácia ella los brazos; pero al fin, apartando la vista con un violento esfuerzo, atravesó la puerta.

La fresca luz de la mañana se extendía sobre toda la naturaleza, y las perlas del rocío, suspendidas de las telas de araña, brillaban á los primeros rayos del sol. Reinardo no volvió atrás la vista, y caminó rápidamente adelante.

A su espalda la silenciosa quinta iba quedando envuelta más y más en la distancia, y ante sus ojos se extendía el ancho y dilatado muudo.

.....

EL ANCIANO.

La luna no brillaba ya en los cristales de la ventana; todo habia quedado sumido en la oscuridad; pero el anciano continuaba todavía sentado en su butaca con las manos pendientes de los brazos de ésta, y fija la mirada en el espacio de la habitacion. Insensiblemente fué desvaneciéndose ante sus ojos el negro crepúsculo para dar lugar á un extenso y oscuro lago cuyas ondas, sucediéndose una tras otra, cada vez más profundas y distantes, iban á perderse al fin en tal lontananza, que el anciano apenas podia distinguirlas, y encima un blanco lirio de las aguas se mecia solitario entre las anchas hojas.

La puerta de la habitacion se abrió, y penetró al punto por ella el débil resplandor de una luz.

—Muy bien haceis en entrar, Brígida, dijo el anciano. Dejad la luz sobre la mesa.

Entonces acercó á ésta el sillón, cogió uno de los libros abiertos y se sumió en el estudio, en el que en otro tiempo habia gastado el vigor de su juventud.



LA IDEA DE DIOS

EN

LAS SOCIEDADES MODERNAS

III.

Hemos visto hasta aquí, que la idea de Dios en su desenvolvimiento y en sus transformaciones, apenas se separa esencialmente de su origen: la naturaleza la inspira siempre, y la adoracion del mundo material, es constante. Desde aquí la veremos desarrollarse en esfera más elevada. Poco á poco el hombre se fué sintiendo más independiente, más grande y más soberano en medio de este mundo que habia mirado hasta entónces con temerosa supersticion. Las brillantes civilizaciones de Egipto, Babilonia y Grecia, ensanchan el horizonte de la vida de los pueblos antiguos, el comercio los pone en comunicacion, se propagan nuevas ideas, y el tiempo, llevándolas en sus alas invisibles á todas partes, deposita con ellas en el fondo de la conciencia humana los nuevos gérmenes que habian de producir un concepto de la Divinidad más en armonía con las necesidades sociales y más conforme con el espíritu de las nuevas generaciones. Pero de todos los pueblos de la antigüedad, sólo tres, Israel, la India y la Grecia, sienten pasar por ellos, como soplo divino, las nuevas corrientes de la humanidad, y sólo

ellos concurren cada cual por su parte, á realizar en el porvenir el hecho capital de la historia del mundo: la aparicion de Jesus sobre la tierra y el abandono del paganismo por la concepcion de la unidad de Dios. La China, aunque civilizada de antiguo, fué extraña por carácter al entusiasmo religioso de estos pueblos; Babilonia y Egipto, encerrados en el simbolismo natural de sus dioses, tampoco aportan al movimiento nuevo de las ideas, caudal ninguno; pero el pueblo israelita, destrozado por la invasion de los asirios, y el reino de Judá su última esperanza, invadido tambien por los babilonios, afirmó, en tan completa desgracia, la idea de un Dios soberano, único y poderoso, Jehová, su Dios, que si habia permitido la caida de su pueblo por sus pecados, le volveria á levantar despues de su castigo. Su sentimiento religioso se desarrolló vigorosamente. En Israel purificado, volveria á brotar una rama de la familia de Isaí, y la casa de David gobernaria con nueva fuerza divina. Sostenido por esta fe, que mantenian viva por todas partes los profetas que anunciaban la regeneracion de Israel y el Mesías procedente de la casa de David, ya no fué posible que los judíos, áun perdidos entre los otros pueblos perseguidos y dispersos, perdieran su creencia en un Dios soberano y justiciero, en cuya misericordia esperaban.

La India, invadida por los aryas, sufre, al fin, la ley de éstos, y despues de incesantes luchas en que las religiones de vencedores y vencidos se penetran, se modifican y se completan unas con otras, recibe de la casta sacerdotal *las institutas de Manú*, código civil y religioso que arregla de un modo permanente las relaciones de unos y de otros y establece una religion y un culto para todos. Por él se reconoce á Brahma como sér superior, Dios increado, de cuya sustancia emanan los otros dioses y genios, y del cual nacen tambien las cuatro castas que hemos consignado. La nueva ley religiosa arranca la idea de Dios, del mundo material, para concebirlo como sér absoluto, único y soberano del mundo; es en este concepto, un progreso de la conciencia religiosa; pero cruel con la casta inferior á quien reduce á una esclavitud de nacimiento irredimible y eterna y por la trasmigracion de las almas en un círculo sin fin, lleva pronto al pueblo á sufrir fatalmente el doble despo-

tismo civil y religioso, y lo arroja, casi sin esperanzas, á sombrías meditaciones sobre su porvenir y su destino. En todas partes los hombres amaban la vida como un don de los dioses, y se ingeniaban por demostrarse la inmortalidad del alma como un medio de seguir viviendo vida mejor más allá de la tumba; el indio, al contrario, empezó á mirar la vida como una carga insoportable, de la cual no se podía librar ni aún con la muerte, pues despues de muertos empezaba para ellos la interminable serie de transmigraciones y de vidas nuevas, que era lo mismo que volver á nuevas torturas y á padecimientos sin fin. Romper ese círculo fatal de las transmigraciones era el pensamiento constante y el deseo más vehemente de todos los desheredados de la sociedad brahamánica. La ley sólo presentaba como medio de acortarlas, ya que no podían evitarse, el aniquilamiento de la materia por la meditacion y la vida ascética; pero eran difícilísimas sus prácticas y en frente de las concepciones metafísicas en que el brahamanismo apoyaba su sistema se alzaron bien pronto otros sistemas, proponiendo diferentes medios para la liberacion de las almas. Estos sistemas, verdaderos sistemas filosóficos, formaron escuelas que, anteriores á las escuelas de la Grecia, coincidieron en tratar á un mismo tiempo que ellas, las teorías de las relaciones del espíritu con la materia, de la creacion, del origen de las almas, de la eternidad de la materia, y otras, siendo notable la llamada *Sankya*, que, en medio del movimiento general que tenía por único objeto eximirse de la transmigracion y encontrar los medios de alcanzar la dicha eterna, sin pasar por ella, afirma atrevidamente que para llevar al hombre á éste fin, basta la ciencia y excluye todo otro medio. Esta escuela, dando el ejemplo de independencia más absoluta, es, en el fondo, ni más ni ménos que un verdadero ateísmo.

Así como las desgracias del pueblo de Israel le habían llevado á afirmar su creencia en un Dios, y sometido á poderes extraños se habían exaltado sus sentimientos religiosos, confiando su porvenir al triunfo de su creencia, así también las desgracias del pueblo indio, por la triste condicion á que el código Brahamánico le había reducido, le llevaron á meditaciones religiosas, esperando cada día con más fe del triunfo de

las nuevas teorías, la satisfacción de todas sus esperanzas. Las escuelas filosóficas, con sus constantes discusiones, habían preparado los tiempos para una revolución religiosa; el pueblo esperaba, y sólo faltaba un hombre que se hiciese públicamente intérprete de todos y arrostrase el enojo de los poderosos brahmanes. Este hombre vino al fin. Corazón generoso, supo sentir las miserias de sus semejantes; verdadero apóstol de caridad, quiso remediarlas, y con todo el entusiasmo de la juventud y toda la grandeza de su alma, él, hijo de un rey, abandonó los esplendores de la vida régia; llamado por su nacimiento á disfrutar de todas las comodidades y de todos los goces de este mundo, quiso vivir de limosna, y renunciando á todo, cambió hasta de nombre y se retiró á hacer penitencia, esperando encontrar en la soledad y en el reposo la ley inmutable que debía poner término á la serie fatal de las transmigraciones y abrir á todos los hombres las vías de salvación. En su retiro tomó el nombre de Zakyamuní (solitario de la familia de los Zakyas), pero á su muerte se le llamó Budá, es decir, sabio perfecto. Hace cerca de dos mil quinientos años que Zakyamuní predicó su doctrina por la cual todos los hombres se declaraban iguales en su origen, y todos sin distinción eran llamados á salvarse. Las virtudes principales que recomendó fueron la caridad, la limosna y la humildad; no estableció ningun dogma y apenas toleró un culto. Toda su religion era la práctica del bien. El pueblo le siguió por todas partes; en la nueva doctrina, vieron la realización de sus esperanzas y la abrazaron, extendiéndose rápidamente por el centro de la India, y siendo hoy todavía la religion que profesan muchos millones de almas. El buddismo se establecía y se afirmaba como religion distinta del brahmanismo, y esta se vió obligada á reformarse estableciendo el dogma de la Trinidad, compuesta de Brahma, Vixnú y Ziva. En el nuevo símbolo, Vixnú representaba para el pueblo el dios antiguo de la fecundidad y la abundancia, que se encarnaba periódicamente para venir al mundo á castigar á los malos y salvar á los justos; y Ziva era el dios de la población indígena, de los zudras; dioses ámbos no apartados totalmente de la imaginación del pueblo. Con estos elementos, el brahmanismo pudo retener todavía

en su iglesia á los creyentes de cada uno de los términos de esta trinidad, que se resolvía en la unidad de Brahma, el cual, según el dogma, era «la causa omnisciente y omnipotente de la existencia, continuación y disolución del universo.» La noción del alma se afirmó, diciendo que, como emanada de la Divinidad, «era infinita, inmortal, inteligente y sensible.»

Los discípulos de Buddha compusieron también su trinidad con *Budda*, Dios absoluto que existe por sí en la cumbre de la existencia, inmenso, infinito y omnisciente, del cual procede todo lo que existe; de *Dharma*, que representa la ley de las cosas, y de *Sangha*, último término de la trinidad, que se resuelve en la unidad de Buddha, y que abraza para los creyentes á Dios, á la naturaleza y al hombre. Pero el buddismo, engolfándose en esta metafísica inútil, se apartaba de su fundador, y los discípulos de Buddha, en su lucha con el brahmanismo, llevaron la peor parte. La reforma, sin embargo, encerraba en su seno algo esencial que la hacía vivir y tuvo un eco inmenso: su principio de igualdad la salvaba en la conciencia del pueblo; sus doctrinas eran las nuevas corrientes del espíritu humano que empezaban á manifestarse, y que abandonaban el mundo material para remontarse al mundo de las ideas. El sentimiento religioso, impulsado por las teorías filosóficas, experimentaba extrañas conmociones y las almas se sentían como atraídas á nuevos ideales de salvación y de perfección eternas. Por primera vez se presentaban la virtud y el bien como único culto y la perfección moral como el mejor camino del cielo. La concepción de un Dios soberano, único, omnipotente y existiendo por sí de toda eternidad; las ideas sobre el espíritu y la materia, el alma, el infinito, los átomos y las revoluciones de los mundos: estas luces nuevas, que difundían á un tiempo las escuelas de la India y las escuelas de la Grecia; esta renovación del pensamiento humano y este vuelo que le llevaba á entrever todo un mundo moral lleno de encantos y de esperanzas, de orden y de armonía, fueron para la conciencia como una revelación y para el porvenir de la humanidad la base y el impulso poderoso que la había de llevar desde entonces por nuevas vías á la realización de su progreso y de su destino en la tierra.

El pueblo judío, á medida que se alejaba su esperanza de fundar un reino, se echaba con más fe en brazos de su religion, y fundaba en ella su superioridad respecto á los otros pueblos; en frente de los dioses del paganismo, de los dioses de sus señores, mantenía él á su dios Jehová con toda la exageracion de su fe y de su desgracia. Para sostener su desfallecimiento, por la prolongacion de su infortunio, se interpretaba la ley de mil maneras y hombres de espíritu exaltado, anunciaban constantemente que la regeneracion de Israel estaba próxima, que pronto vendría quien los redimiese de sus trabajos y los levantase de sus humillaciones. Por todas partes visiones proféticas mantenían vivas las esperanzas mesiánicas, y el porvenir del mundo, como el porvenir de las almas, eran el alimento constante de todas las inteligencias. Grecia, con su serie de hombres que como Tales, Jenófanes, Sócrates, Platon y Aristóteles, habían de ser luces inextinguibles del cielo de los conocimientos humanos y honras eternas de su patria, propagaba el dogma de la inmortalidad del alma, que no había sido nunca creencia fundamental del pueblo judío, pueblo el más religioso de la tierra; su esperanza era siempre la esperanza de un reino en este mundo; pero el movimiento general le llevaba á pensar en la nueva doctrina, á pesar suyo. Había sufrido bastante para que Dios le abandonase en esta vida, sin que le recompensase su adhesion y su fe en otra vida mejor, y empezaron á oírse acentos de esperanzas tan nuevas como indefinibles. Parecía que algo extraño y próximo iba á cambiar la faz del mundo; el paganismo no satisfacía ya las aspiraciones de las almas, y el Mesías anunciado, el que había de atraer á sí, como centro luminoso, todas aquellas ideas, y fundirlas en su idea, más grande que todas ellas; el que había de poner término á la obra iniciada, marcándola con el sello indeleble de su inmensa superioridad; Jesús, «el hijo del hombre,» que por su grandeza había de ser llamado con justicia «hijo de Dios,» apareció al fin, en medio del movimiento general de su tiempo, y dando al mundo con su palabra divina un nuevo concepto de Dios y de otra vida, puso para siempre los cimientos de la nueva ley de gracia por que el mundo suspiraba. Seis siglos hacia que Budda había predicado en la In-

dia la igualdad de los hombres, y habia exaltado á los humildes, haciendo de la limosna y de la caridad sus virtudes principales; pero Budda no habia roto completamente el dogma de la transmigracion de las almas, tan arraigado en su época; Jesús, con un concepto más elevado, y desarrollándose su doctrina en un medio más propicio, las llamó á todas á gozar de Dios, *su padre*, segun sus obras; las declaró desde luego redimidas por sí, por su amor y por su sangre, y dando al mundo una ley de vida y de esperanzas ciertas, abrió al género humano un período de fe, inextinguible hasta hoy. Méenos feliz que Budda, Jesus no pudo ver el fruto de su doctrina; los poderes de su tiempo segaron en flor aquella sublime vida, llena de amor y grandeza; pero su obra quedó. A pesar de todos los esfuerzos de los poderes interesados en conservarlo, destrozado por el movimiento filosófico, penetrado por la nueva ley de amor y caridad, desacreditado y falto de fuerzas, el paganismo moria, y los dioses de la naturaleza, los dioses del mundo antiguo, desaparecieron al fin, para dejar lugar al Dios único, al Dios espiritual, al Dios del mundo moderno. Jesús, en su corta peregrinacion por la tierra, no estableció ningun dogma, ni prácticas, ni culto; su concepto de *Dios padre*, era toda su religion; la caridad, la humildad y la pobreza, sus virtudes predilectas. Despues de su muerte, sus discípulos recogieron sus palabras y sus discursos y los consignaron en libros. Como los brahmanes y los discípulos de Budda, los discípulos de Jesus formaron tambien la trinidad de la nueva religion, compuesta de Dios, padre, eterno, omnipotente, omnisciente, justo y misericordioso; de Jesús, Dios hijo, redentor y salvador del hombre; y del Espíritu-Santo, Dios inspirador, luz de la conciencia; resolviéndose en la unidad de Dios, sér sin principio ni fin, creador del mundo, del hombre y de las cosas, *visibilium omnium et invisibilium*.

Extraño al objeto de este trabajo, todo lo relativo al establecimiento de la Iglesia de Jesus, despues de su triunfo, sus luchas, los cismas que surgieron de su seno y otras consideraciones, omitiremos su exámen, porque en realidad, el desarrollo de la idea de Dios en el mundo, que es lo que venimos estudiando, termina para nosotros en Jesucristo, Dios-Hombre.

IV.

Si al llegar aquí, examinamos en la breve exposicion que queda hecha, cómo nace y cómo se desenvuelve la idea de Dios desde su origen hasta Jesus, veremos fácilmente que su desarrollo es el propio desarrollo de la humanidad, que vive de su vida, se alimenta, crece y se perfecciona, á medida que el hombre observa, piensa y se perfecciona tambien. Es una idea eminentemente social y en sus transformaciones sigue todos los movimientos de la sociedad que la lleva consigo y la alimenta en su seno; con ella progresa y con ella se detiene, de tal suerte que la historia del progreso humano, podria reducirse á la historia del progreso de la idea de Dios en el mundo. Los pueblos que se estacionan, los que con el espíritu de los tiempos no se renuevan ni á su calor se vivifican, esos tienen una idea de Dios tan primitiva como el progreso en que viven; los que por el contrario avanzan en su perfeccionamiento, renuevan y modifican su concepto de Dios, como renuevan y modifican todos sus conocimientos. Y es que esta idea de Dios, no es más que una incógnita que el hombre se esfuerza constantemente en despejar: la incógnita del origen y el por qué de las cosas que anhela conocer; y va necesariamente teniendo del problema una nocion mejor y más pura, á medida que es mejor y más pura la ciencia ó el saber humano. Desde un principio vemos que la idea que los hombres se forman de Dios en todas partes, no es más que la idea misma que se forman del mundo y sus fenómenos; confunden á Dios con esos fenómenos y se lo representan como viviendo en ellos: Dios toma por esto muchas formas y distintos nombres, porque cada pueblo crea los suyos, segun sus inspiraciones, y cada uno tiene así sus dioses propios y exclusivos á quienes honra y adora, como los dioses tienen tambien así cada uno sus pueblos con quienes viven y cuyos intereses protegen. Es este el horizonte natural de inteligencias y pueblos que nacen; para el reducido círculo en que se mueven, les basta este Dios que vive con ellos y para ellos solamente; pero cuando en la marcha incesante de la humanidad de que for-

man parte, nuevas necesidades de la vida, siempre crecientes, y las guerras mismas, ponen en comunicacion pueblos distintos, entónces la idea de Dios se modifica lentamente al contacto de unas creencias con otras, de un concepto por otro, preparándose así las grandes reformas religiosas de Brahma, Budda y Jesus. En el transcurso de ocho ó nueve siglos, el espíritu humano desarrolla las grandes teorías filosóficas de la India y de la Grecia que producen estas reformas, y las abstracciones metafísicas sustituyen á las inspiraciones del mundo material; pero nótese que la idea de Dios originaria, la idea matriz, por decirlo así, permanece siempre substancialmente en la conciencia, y de aquí la necesidad de relacionar con ella las nuevas teorías, de aquí esas creaciones de la trinidad brahmánica, buddista y cristiana, símbolo extraño á todas las religiones primitivas, producto ya de inteligencias cultivadas.

Con esta idea primitiva de Dios, quedan tambien en la conciencia todas las demas ideas que con ella nacieron: la intervencion constante de la divinidad en la vida y en los sucesos de la vida; la creencia de que todos los acontecimientos eran puramente efecto de la bondad ó del enojo de los dioses, subsistió, siendo el móvil de todo culto, é hizo que hombres y pueblos tomasen á Dios por escudo de su vida y su fortuna en este mundo. Y áun despues de confirmadas las leyes generales que rigen el universo, eternas é inmutables, todavía la humanidad se pone bajo la proteccion divina en todas sus necesidades, y atribuyéndole sus propios movimientos y sus propias inspiraciones, tiene siempre piadosa, palmas y honores para su ídolo, si el éxito es feliz; resignacion y fe, si es desgraciado. Esta ilusion tan poderosa, que llega hasta nosotros sin perder nada de lo que le es esencial, es admirable; pero tiene en realidad una base, en la cual ha venido apoyándose, que no hubiera vivido, sin tenerla, como se la ve vivir en todos los pueblos y en todos los tiempos. Se ha dicho, con razon, al ménos hasta hoy, que más allá de toda ciencia humana hay un vacío del cual la fe se apodera: miéntras que el hombre, en efecto, adquiere penosamente sus conocimientos y se ve obligado á confesar su ignorancia en muchos casos, y sobre todo, en la explicacion del origen y fin de las cosas, vemos á las religio-

nes apoderarse desde el primer momento de los hombres y de las sociedades, y gobernarlos, dándoles atrevidamente en sus dogmas soluciones para todo, lo mismo cuando asentaron afirmaciones groseras, que cuando purificaron sus creencias. En esta insuficiencia del saber humano se fundaron todas las ilusiones religiosas, y por eso se las ve tanto más vivas cuanto más retrocedemos á las primeras edades del mundo.

Las adivinaciones y los oráculos, todo lo que era ó aparecía misterioso, la medicina misma ejercida como arte divino y secreto por los sacerdotes, todo tuvo el mismo origen y se sostuvo por la misma causa: por la atracción misteriosa de lo incomprendible. En aquellos tiempos de juventud para la humanidad, tiempos de encantos y de ilusiones como los de toda juventud, Dios estaba entre los hombres y hablaba con ellos; por boca de sus elegidos eran transmitidos á los demás sus palabras; pero cuando la humanidad ensanchó el horizonte de su vida, se vió precisada á abandonar poco á poco sus ilusiones primeras, y á medida que iba adquiriendo ideas y conocimientos nuevos, eliminaba de la concepción de la divinidad condiciones incompatibles con ellos, atribuyéndole otras más conformes con su razón y con el juicio que se iba formando del mundo y sus fenómenos. Por este trabajo lento, pero constante del progreso de la humanidad, la idea de Dios la vemos elevarse y salir al fin del mundo material para llegar á la concepción de Brahma; hacerse después más bueno y más humano este concepto de Dios en Buddha, y venir por último á terminar en Jesús, Dios-Hombre. En Jesús la evolución de la idea de Dios es completa. Su concepto de *Dios padre* tiene una dulzura y una atracción infinitas. Dios no es ya aquí el Señor exclusivo de cada pueblo, ni el Señor terrible de Israel «cuya mirada mata;» ya no hay elegidos ni privilegiados; Dios es la providencia del mundo; Dios es un padre y todos somos sus hijos. La sencillez sublime de la nueva doctrina, debía atraer y atraía, en efecto, las almas con encanto irresistible; era «la buena nueva,» un nuevo mundo. La reforma de Jesús marcó realmente el límite de dos mundos, el mundo antiguo y el mundo moderno: allí todos los dioses, todos los ídolos; aquí él solo, con su Dios padre y su moral.

Hace diez y nueve siglos que se produjo este hecho grandioso, único en la historia. Jesus infundió á las almas una fe tan irresistible que pudo producir las cruzadas, que sostuvo la supremacia de los Papas, é hizo posible las guerras y las persecuciones religiosas; pero toda religion aceptada de una manera tan íntima por la sociedad, lleva en sí necesariamente una organizacion que tiende á ser, absorbiéndola y dominándola, la organizacion de la sociedad misma en que vive. Así lo vemos realizarse en la antigüedad y particularmente en la India donde la ley religiosa de Manú es toda la ley y toda la vida de aquel pueblo. Por un efecto preciso de esta intimidad, las religiones sufren todos los vaivenes de la sociedad civil, y por eso los brahmanes, tan tolerantes, que permitieron el desarrollo de las escuelas filosóficas que hemos mencionado, no lo fueron con el buddismo, á quien persiguieron cruelmente, porque el buddismo alteraba en su esencia las bases de la sociedad por ellos fundada y á cuya sombra vivian. Por esta razon se produce el mismo efecto en la religion de Jesus, una vez establecida. Desde el siglo v al xv el catolicismo domina en Europa de un modo absoluto y aspira á dominar el mundo; persigue sin tregua y sin descanso toda herejía y todo cisma; ya en el xvi no puede contener el desarrollo de la vida en la sociedad civil, y la reforma, despues de treinta años de guerras, es un hecho. Por ella se emancipa la conciencia, y en los siglos sucesivos las ciencias filosóficas y naturales concluyen por librarla de todas las quimeras y de todas las supersticiones de los siglos anteriores. La ley del progreso de la humanidad, da siempre sus inevitables resultados, porque (es preciso insistir) á medida que el hombre avanza en sus conocimientos tiene que reformar sus ideas y con ellas forzosamente la idea de Dios que las resume todas. Y un dia lo elimina del gobierno del mundo; reconoce que es absurda esa intervencion diaria que le concedió en un principio, y lo admira sólo como autor de leyes á las cuales obedece todo lo que existe; pero fatal y necesariamente. Y otro dia necesitó el hombre su libertad; reconoce el *libre arbitrio* de las acciones humanas y Dios queda tambien eliminado, reservándole, sin embargo, juzgar esas acciones, premiarlas ó castigarlas. Fuera Dios, así del go-

bierno directo del mundo y del gobierno directo del hombre, quedó, como dice el poeta, «morando más allá de los cielos,» inmenso, infinito y omnipotente, pero también impasible ante los acontecimientos, dejando á sus criaturas, como al universo entero, sujetos al cumplimiento de sus eternas leyes. Así el concepto de Dios viene paso á paso reduciéndose á una noción tan vaga y tan oscura, á un ideal tan puro y tan misterioso, á una abstracción tan léjos ya de la naturaleza que lo inspirára, dándole vida y realidad en el mundo, que ha podido negarse y se ha negado su existencia incomprensible, y el hombre, al fin, ve con tristeza y asombro, que después de tantos afanes y sacrificios hechos en pro de su Dios y por su mayor grandeza, ha concluido por reducirlo á la nada á fuerza de perfecciones.

Y el eterno problema reaparece intacto.

V.

Según las afirmaciones de una escuela moderna, el espíritu humano en su laboriosa marcha á través de las edades, se desenvuelve completamente pasando por tres períodos sucesivos: el teológico, el metafísico y el científico. Al terminar este pequeño trabajo, vemos con efecto, que la humanidad empezó por divinizar todas las fuerzas de la naturaleza en la primera época de su vida (teología); transformó después los símbolos que representaban estas fuerzas en abstracciones filosóficas (metafísica); y no será atrevimiento decir que en los tiempos que alcanzamos, la humanidad sale ya de esta segunda época de su desarrollo para entrar resueltamente en el período de las ciencias positivas, cuyos severos estudios y provechosos resultados la librarán para siempre de los sueños de la teología y de las ilusiones metafísicas.

Si miramos en derredor nuestro, veremos marcarse en toda nuestra manera de ser este estado de transición, y concretándonos al objeto que nos ocupa, veremos también que la idea de Dios en las sociedades modernas sufre como consecuencia necesaria extrañas contradicciones. Mientras las distintas religiones extreman sus recursos para sostener sus dogmas y propagar sus doctrinas por todos los medios, las investigaciones

científicas toman incremento, desarrollan sus teorías y proclaman las verdades que confirman sin cuidarse para nada si contradicen ó no los dogmas y las doctrinas de ninguna religion. La sociedad civil sostiene y afirma cada dia más su completa independencia, y el individuo reclama así mismo su libertad religiosa como el primero y más precioso de sus derechos. En lugar de aquella exaltacion que llevaba hombres y pueblos al fanatismo y á las persecuciones, las sociedades modernas muestran la calma más tranquila, y sin pasion ninguna, casi indiferentes, ven establecerse en ellas y vivir unas al lado de otras las distintas cónfesioncs religiosas con sus distintas creencias y sus solas esperanzas. La revolucion, la eterna revolucion de las ideas que, nutriéndose de siglo en siglo, la vemos en los últimos crecer rápidamente, enriquecerse con descubrimientos como el de la imprenta y las Américas y armarse poderosa con la reforma del arte del renacimiento y la reforma religiosa de Lutero, para venir al fin á condensarse y tomar cuerpo en la revolucion francesa como si quisiera descargarse del peso de tantos siglos, esa revolucion, verdadero poder y fuerza del mundo, ha derramado torrentes de luz sobre todas las conciencias; y aquella fe absoluta, intransigente y ciega de otros tiempos, pasó para no volver: ya en éstos no tiene templo.

Hemos entrado realmente en un nuevo período; tenemos un nuevo derecho, y vivimos otra vida. El pensamiento humano penetra en todos los misterios del infinito buscando su luz y sus secretos; pero hoy, libre como nunca de antiguas preocupaciones, los busca tranquilo y reposado, sin más interés que el interés de la ciencia, sin otra fe que la fe del progreso. Deseando la verdad, y nada más que la verdad, las hipótesis que establece un dia las abandona sin pena otro dia, así que un nuevo rayo de la luz de esa verdad deseada le hace ver el error, iluminándolo; la teoría insuficiente es sustituida bien pronto por otra mejor fundada, y así de etapa en etapa va plantando en su camino, como emblemas de su gloria, esos jalones que marcan á cada paso un secreto descubierto, un error desvanecido, vencida una resistencia; y la instruccion y la moral, y el derecho y la justicia, van apareciendo en el mundo con tantos y tantos bienes como el hombre ha conquistado.

Puede ser que despues del camino recorrido estemos todavía léjos de la anhelada verdad: quizá todas estas ideas y todo este movimiento no son más que aurora de un nuevo dia, y esté reservado al sol de otra mañana disipar por completo las nubes que ocultan el porvenir; pero de hecho nos encontramos en plena crisis moral: las antiguas creencias y las viejas doctrinas no son ya muchas, y al abandonarlas, buscamos fuera de ellas otras creencias y otras doctrinas que satisfagan más nuestra razon. Como en las grandes crisis que hemos visto preceder á las reformas religiosas de Budda y de Jesus, sobre todo, nuevas corrientes surcan en estos momentos la conciencia de la humanidad y la disponen á la afirmacion de algo que será su nueva fe, la nueva luz que le guie por el camino de sus nuevas esperanzas. El movimiento intelectual moderno nos ha llevado léjos, muy léjos de todo nuestro pasado. Las ideas y las teorías que por él se propagan y se extienden abren á nuestro entendimiento horizontes desconocidos, y una nueva nocion de la vida y de la causa primera penetra en nuestro espíritu á favor de las nuevas doctrinas. De estas doctrinas y de las consecuencias que entrañan, el mundo se preocupa, porque lo que resulta de ellas, como de todas las escuelas de filosofía modernas, si diferentes en los sistemas que establecen, conformes en las negaciones que hacen, es una proscripcion completa de toda idea de destino futuro, de toda idea de ultratumba. Segun las afirmaciones de estas escuelas, la idea de un Dios creador es reemplazada por la idea de una fuerza única que rige el universo: la vida no es más que la manifestacion de esta fuerza, combinándose y transformándose en el inmenso círculo de la naturaleza. Todos los fenómenos que observamos no son más que movimientos de esta fuerza, variados y combinados hasta el infinito: la vida individual un instante de esta combinacion de movimientos. En ella entramos en cumplimiento de la ley general, y por la misma ley saldremos de ella mañana. El mundo no es ya para el hombre el paso más ó ménos penoso para el destino especial de cada uno, segun sus méritos y la bondad ó la justicia divinas; no es tampoco la obra sublime de un pensamiento creador que ha dado á cada sér su organizacion y su fin determinado, y á cada cosa su lu-

gar y su tiempo; estos son sueños de una filosofía que pasó: en lugar del pensamiento creador y gobernador del mundo, la filosofía moderna pone la necesidad fatal de una ley.

Las teorías filosóficas no son, como pudiera parecer, simples entretenimientos del espíritu; el pensamiento del filósofo al remontarse, como el del poeta, fuera del mundo, buscando en el espacio infinito las leyes que rigen el Universo y la vida, tiene la realidad por objeto, y sus concepciones, por esa misteriosa fuerza de las ideas que tan admirablemente ha descrito Víctor Hugo, llegan tarde ó temprano á las profundidades de la sociedad, removiéndolas y despertándolas de la eterna noche de ignorancia y sufrimientos en que viven. Allí quizá son esperadas, como esperaron los ilotas, los siervos y los esclavos de siempre, la idea salvadora que debia redimirlos; y allí encuentran tambien siempre tierra fecunda donde arraigar, y le es preciso héroes y mártires que la defiendan. Por eso en presencia de las doctrinas y de las conclusiones de las modernas escuelas, que hemos apuntado y que arrancan de nuestra alma frias é impasibles, sus últimas ilusiones, la humanidad se estremecé, como si sintiera que lleva ya en su seno el germen de la idea nueva que ha de cambiar su manera de ser y existir.

Si hay almas todavía que necesitan para comprender la virtud y practicar el bien, vivir bajo la constante mirada de un Dios, juez y testigo al mismo tiempo de sus acciones, de sus deseos y hasta de sus pensamientos, no importa; el mundo no se detendrá por eso, y la verdad que pasará por encima de ellas, tocará algun dia sus frentes, iluminándolas con el resplandor divino de su luz inmortal. Los tiempos presentes no son ya aquellos en que el pensamiento tenia plegadas sus alas y la razon individual apenas se movia, acostumbrados á girar siempre dentro de un estrecho círculo anticipadamente trazado y temiendo á cada instante traspasarlo contrayendo por la infraccion enorme responsabilidad. Aquellos tiempos pasaron y con ellos concluyó la inmovilidad que imponian. El mundo sabe ya que su destino es progresar y marchar siempre adelante, que no hay verdad ni secreto que no le hayan sido revelados por esa razon individual tan poderosa en una conciencia libre; como sabe tambien que no ha habido progreso ni idea

fecunda y por tanto innovadora, que no hayan sido retardados y aún perseguidos por las preocupaciones y las intransigencias de todos los tiempos y de todas clases. Por ellas es ese rastro de sangre y de lágrimas que va dejando en su camino esta pobre humanidad; por ellas han sido sus más crueles dolores y ellas han sacrificado las víctimas más ilustres. El mundo ha visto además aceptadas casi siempre las reformas ó las verdades que proclamaban los perseguidos y las víctimas, y el recuerdo de su inocencia, iluminado por su corona de mártires, ha hecho resaltar más la enormidad de la injusticia que les arrancó la vida. Los ejemplos abundan; la historia está llena de nombres y de hechos; las sociedades modernas inspirándose en ellos no cierran ya, como cerraban las sociedades antiguas, el paso á las ideas nuevas; han aprendido y saben que ellas son el anuncio de la verdad que está próxima, aunque alguna vez no la representen, y que así como no hay vida sin trabajo, arte sin esfuerzo, ni placer sin dejo amargo, tampoco hay verdad sino sacándola de entre las sombras del error, como metal precioso de las entrañas de la tierra que lo esconde.

La idea de Dios está destinada á cambiar y á renovarse, como cambia y se renueva todo el mundo: su concepcion en un tiempo dado, no debe impedir la concepcion de otro tiempo, ni pesar como inmutable sobre la conciencia humana. Lo mismo que la hemos visto cambiar en las sociedades antiguas y por las mismas razones, cambiará en lo sucesivo. El error de los poderes sociales que nos han precedido, fué querer detener el desenvolvimiento de la humanidad encerrándola, inmóvil, entre la idea de Dios inviolable y la inflexibilidad de los dogmas absolutos y sagrados. Y cuando tenemos, entre tantos otros, el ejemplo de Sócrates muriendo víctima de esta doble fatalidad; á Jesus, crucificado, y á Galileo atormentado por lo mismo; cuando tenemos la hecatombe de los Albigenses en Francia y el dolor de la expulsion de los judíos y los moriscos de España; cuando por toda la historia se extienden como fúnebre sudario esas páginas de luto y de horrores que la deshonran, y vemos el que debia ser fácil camino convertido para la triste humanidad en penoso calvario, que sube, pobre mártir, rotos los piés y destrozada el alma; cuando todos estos dolores y

todos estos crímenes se ven y se tocan casi cerca de nosotros, entónces el espíritu moderno se levanta, maldice tanta injusticia, borra rencores y odios y escribe al frente de las modernas sociedades á quienes inspira, la palabra *libertad*.

Libre el pensamiento, libre la conciencia, el hombre podrá al fin vivir dignamente, desarrollar sus facultades y quizá llenar un dia, con la grandeza de sus obras, esta tierra santificada por sus dolores y empapada de su sangre.

JOSÉ HEREDIA Y GARCÍA.



¡VANIDAD!



Érase una hermosa niña,
De blondos cabellos de oro,
Que la vanidad guardaba
De su pecho en lo más hondo.

Érase un gentil mancebo
Con ribetes de Tenorio,
Que ocultaba en sus entrañas
Mucho cieno y mucho lodo.

Por vanidad, por orgullo,
Fijáronse uno en el otro:
Por vencer él á la esquivia,
Ella al doncel veleidoso.

.....

Contáronme ámbos su historia,
Mas ¡de qué distinto modo!
Él con la risa en los labios,
Ella con llanto en los ojos.

ALFREDO FLOREZ Y GONZALEZ.



LA INDAGACION POSITIVA

Y

LA FÍSICA SOCIAL.



e puede decir que es completamente desconocido para la gran mayoría de los economistas el nombre de Augusto Comte. Cuando se dice á ciertos economistas que es Comte el creador de la filosofía del siglo XIX, de esa filosofía que es la única que podrá salvarse del estado de anarquía intelectual, en el cual viven dichos los que rinden culto á las disciplinas sociales, se corre peligro de ser escuchado con la desconfianza que suele oponerse de ordinario á los constructores de artificiosos preámbulos. Y la probabilidad de que sobreviniera esta desfavorable prevención, se aumentaría al añadirse que no pocos escritores, entre los más estimados por los economistas, deben su alto renombre principalmente á haberse apropiado ciertas doctrinas de Comte, sin que muchos de ellos hayan curado de rendirle la debida justicia: al afirmar por ejemplo, que Quetelet tomó del fundador de la filosofía positiva no sólo el concepto inspirador de su obra clásica, sino el título misma de ésta *Física social*; que Carey, economista americano, no ménos ilustre que el estadista belga, debe dos tercios de sus renombrados *Principios de la ciencia social* á la obra del gran positivista francés; que el renombrado historiador de la civilización en Inglaterra, Enrique Tomás Buckle, modeló los más profundos

conceptos de su *historia* sobre los de la sociología comtista; que Herbert Spencer, el sutil impugnador de la clasificación de las ciencias de Comte, escribió su hermosa *Introducción á la ciencia social* sobre los vestigios fundamentales del susodicho maestro; que Stuart Mill, en la obra que yo estimo como su obra maestra, en el *Sistema de lógica*, se inspiró en la mismísima fuente; de la cual, en verdad, hablaba á menudo con entusiasmo inmenso y á la cual remitía con insistencia al lector «para encontrar ejemplos prácticos del estudio que se debe hacer de los fenómenos sociales, según los verdaderos principios del método histórico» (1). Depure la verdad de estos hechos quien quiera: abra el *Curso de filosofía positiva*, y medite; recorra después las obras de los escritores mencionados, y haga la confrontación necesaria; verá entonces la verdad irrecusable de las anteriores observaciones.

A muchos economistas debe coger de improviso la afirmación de que el actual movimiento de los estudios económicos en Alemania tiene su precursor seguro en Augusto Comte. Los tres errores capitales que se dicen indicados en estos últimos años en las doctrinas económicas de la escuela inglesa, ó sean el procedimiento abstracto en la investigación, el absolutismo de la teoría del *Laissez faire*, la doctrina mecánica y negativa del Estado, fueron combatidos cerca de cincuenta años há por Comte, y con razones á las cuales ninguna mejor se ha añadido por los economistas alemanes é italianos. Los últimos economistas ingleses claman mucho contra las quejas movidas por Comte á su escuela, y al combatirle, no digo que alteran, pero sí ciertamente que no exponen exactamente el contenido. Cualquiera de ellos muestra no conocer de otro modo las ideas comtistas que por medio de los resúmenes hechos en versiones infieles: citan otros trozos sacados de todo el resto de la doctrina: ninguno se cuida jamás de indicar los principios en los cuales desaguan; de manera que el espíritu del maestro queda, por estos asaltos poco leales, en dirección torcida. ¿Es obra importante consagrarse á defender á Comte de estos ataques? Yo solamente digo que tal es el blanco de mi

(1) *A system of Logic*, vol. 2, pág. 610, tercera edición, Lóndres 1869.

exámen; por lo demas, á otros está reservado el fallo. Debo añadir ademas, que el trabajo á que quiero dedicarme, ademas de una parte principalmente crítica, que es la primera, contendrá otra, principalmente positiva y reconstructiva, en órden á la mision del Estado. En estos últimos años, se ha discurrido mucho con respecto á este último punto; pero en Italia sobre todo, ¿se ha dicho algo sobre el propósito de los adeptos á la doctrina de la nueva escuela económica? Nada que no sea referirse á unos pocos conceptos sueltos y dogmáticos de los escritores alemanes. No pongo en duda la capacidad de las personas que se contentaron con esas pocas ideas aisladas: digo empero que si se quiere conciliar la atencion de aquellos que á las nuevas doctrinas no se adhirieron, entre los cuales, seria locura negarlo, hay inteligencias de primer órden, no nos parece bien que se trate de esa manera el *punctum saliens* de la cuestion. Inútil es decir que, donde no alcance á exponer la verdadera doctrina del Estado, la culpa será mia exclusivamente, como mia es la demostracion que intentaré hacer de ella. ¿Cuánto tiempo prevaleceria la teoría que se aparta de lo verdadero, si no hubiera quien tuviese la fuerza de restablecerlo?

Antes de exponer las acusaciones hechas por Comte á la economía metafísica de la escuela inglesa, debo resumir, y lo haré con la mayor fidelidad posible, los principios á que se refieren: así, espero que las entenderemos más fácilmente.

A todo el que estudie el desarrollo de la inteligencia humana en las diversas esferas de su actividad, desde sus primeros movimientos hasta nuestros dias, se ha de evidenciar en el proceso de la evolucion histórica una ley fundamental á que hubo de ajustarse por indeclinable necesidad del desarrollo á que aludimos. Consiste esta ley en que cada ramo de nuestros conocimientos ha pasado sucesivamente por tres distintos estados teóricos. En el primero, el espíritu humano, dirigiendo sus investigaciones á la naturaleza íntima de los seres, á las causas primera y finales de todos los efectos, que tanto vale como decir al conocimiento absoluto, concibió los fenómenos como productos de la accion directa y continua de agentes sobrenaturales, más ó ménos numerosos, cuya arbitraria

intervencion debia explicar todas las aparentes anomalías del universo. Este estado primero del conocimiento humano, es llamado por Comte estado *teológico*. No está léjos este nombre de la idea que quiere significar; pero ántes de aceptarla, conviene interpretarla en sentido restrictivo, pues tomándola en absoluto implicaria, como dice Mill, una mayor suma de negacion y condenacion, de la que entra verdaderamente en la creencia positiva. Las principales formas que ha revestido sucesivamente la concepcion teológica del saber, son el fetichismo, el politeismo, y el monoteismo. Del estado teológico, pasó la humana mente al metafísico. En este segundo período, que en el fondo no es otra cosa que una simple modificacion general del primero, fueron sustituidos los agentes sobrenaturales con entidades inherentes á los diversos séres del mundo, que se consideraron capaces de engendrar por sí todos los fenómenos observados y que se explicaron asignando á cada fenómeno una correspondiente entidad. No se habla ya, como se ve, de una voluntad sublunar ó celeste, no se invoca ya á un Dios para explicar los fenómenos, sino á abstracciones que reviste con realidad la fantasía, sino á fuerzas ó cualidades ocultas que se consideran reales é inherentes á los fenómenos que se observan. Nadie negará, como no desconozca la historia del pensamiento, que en gran parte de la antigüedad y en toda la Edad Media la especulacion ha versado sobre el error de tomar por realidades las abstracciones. ¿Cuánto no hicieron, sin embargo, las supuestas tendencias é inclinaciones del sér imaginario Naturaleza, en las ciencias físicas y sociales? Aristóteles afirma la tendencia de la naturaleza á lo mejor, y con este principio forma la teoría de un gran número de fenómenos naturales. La elevacion del agua en las bombas, atribúyese á que la naturaleza tiene horror al vacío; interpretáanse la caída de los graves y la ascension de la llama y del humo, como tentativas hechas por estos fenómenos para obtener sus respectivos puestos *naturales*. De la doctrina de que la naturaleza *no da saltos—non habet saltum*—dedúcese un mundo de suposiciones. En medicina, la fuerza curativa de la naturaleza—*vis medicatrix naturæ*—proporcionaba una explicacion de muchos procesos curativos que nuestros fisiólogos refieren á

otras tantas leyes particulares. Las famosas ideas de Platon no fueron más que el efecto del mismo error que perpetuaron los aristotélicos. La esencia, el sér íntimo de las cosas aceptóse como explicacion natural y suficiente de los fenómenos. Y no sólo las cualidades abstractas, sino tambien los mismos nombres concretos de los géneros y especies, tomáronse por existencias reales. Creíase que existen sustancias generales correspondientes á todas las clases de cosas concretas, y es harto conocida la controversia que sostuvieron en las postrimerías de la Edad Media nominalistas y realistas, acerca de la extraña pretension de la existencia real de las *sustancias universales*.

Veremos más tarde las transformaciones que sufrió con el tiempo el procedimiento metafísico, en qué caracteres es preciso reconocerlo hoy y en qué orden de estudios. Ahora diremos que al estado metafísico sucede históricamente otro que es positivo. En éste, el espíritu humano, renunciando á la investigacion de las nociones absolutas, de las causas íntimas y de las causas finales de los fenómenos, se ocupa únicamente en descubrir, mediante la observacion y el razonamiento que la ilumina, las relaciones invariables de sucesion y semejanza que ligan á los fenómenos á título de antecedentes y consiguientes.

Estas relaciones constantes, siempre las mismas en idénticas circunstancias, son las que en las ciencias positivas se llaman leyes de los fenómenos. Fuera de estas leyes efectivas, reales, susceptibles de verificacion, no ha buscado otras la ciencia desde que se hizo positiva. Inútil sería insistir mucho en explicar este fundamental carácter de la indagacion positiva, pues esto es familiar á cuantos han hecho un estudio severo de las ciencias de observacion. Todos saben, efectivamente, que en nuestras explicaciones positivas, aún en las más perfectas que se han hecho hasta el dia de hoy, no tenemos la menor pretension de exponer las causas *generadoras*, el modo *real* de producirse los fenómenos, sino solamente la de analizar con exactitud las circunstancias de su produccion, anudando un fenómeno con otro por medio de las relaciones normales de sucesion y semejanza. Así, por ejemplo, decimos que los fenómenos generales del Universo se explican, en cuanto pueden ser explicados, por medio de la ley de gravitacion de Newton,

porque, de una parte, la teoría newtoniana nos muestra la inmensa variedad de los hechos astronómicos como un solo y mismo hecho mirado por varios lados: la tendencia constante de las moléculas á atraerse recíprocamente en razon directa de su masa, y en razon inversa del cuadrado de las distancias; y por otra parte, este hecho general se nos presenta como una simple extension de un fenómeno con el que estamos muy familiarizados, y que por esto solo consideramos perfectamente conocido; este es el *peso* de los cuerpos, la fuerza que los hace caer á la superficie del suelo. El físico se detiene aquí: no pregunta lo que son en sí mismos este peso y esta atraccion, ni cuáles son sus causas íntimas. Cuando se ha querido decir algo á este propósito, escritores excelentes han caido en el error de definir el un principio de éstos por el otro, diciendo que la atraccion no es otra cosa que un peso universal, y que el peso consiste simplemente en la atraccion. La misma observacion se podria hacer con respecto á todos los otros fenómenos de más importancia, estudiados por la física desde que entró en la fase positiva. Citaremos otro caso, y nos fijaremos en la teoría del calor. Las más notables y precisas leyes de los fenómenos termológicos, las más elevadas y bellas cuestiones que se dilucidan hoy en este órden de estudios, se tratan sin que ningun científico se preocupe ya con la naturaleza íntima del calor, con la controversia sostenida por los partidarios de la materia calorífera, y los que explican el calor por las vibraciones de un éter universal; y si alguno recuerda en la actualidad esta controversia, lo hace sólo para demostrar su inutilidad.

La época en que con más certeza puede fijarse el origen de esta profunda revolucion en los dominios del humano saber es el siglo xvii, el más grande en la historia de las ciencias. En ese siglo manifiéstase el espíritu de la indagacion positiva, en evidente oposicion con la inutilidad de las anteriores investigaciones. Comte se limita á decir que este gran movimiento, impreso al espíritu humano, fué debido á la accion una de Galileo, Descartes y Bacon. Deseo aclarar un poco este punto, porque creo que se puede asegurar, sin equivocarse, que la fundacion de la época de la ciencia positiva es, sobre todo, una

gloria italiana. Con respecto á Bacon, veremos más adelante, al contestar á Macleod, el lugar que la crítica contemporánea señala al tan decantado mérito del canciller inglés, y es bien estudiar aquí de un modo comparativo la parte que respectivamente tuvieron Galileo y Descartes en esta renovacion de las ciencias. Para los que conocen la historia de los progresos de la filosofía natural, no hay que insistir demasiado. Es un hecho que Galileo precede á Descartes: las obras del célebre italiano eran conocidas del gran filósofo francés. Esto no se discute. Lo que importa hacer notar, es que la concepcion cartesiana de la naturaleza reduce todos los fenómenos á resultados necesarios de las leyes de la extension ó de las del movimiento, lo cual tanto vale como decir que da por base al conocimiento universal de los fenómenos la geometría y la mecánica: *Je ne reçois point, decia, de principes en physique qui ne soient aussi reçus en mathematiques, afin de pouvoir prouver par demonstration tout ce que j'en deduirai.* El mérito de Descartes consiste, por lo tanto, en haber eliminado del campo de la física la intervencion de las entidades caprichosas y de las fuerzas ocultas que por tanto tiempo se habia supuesto que podian modificar arbitrariamente el órden natural de las cosas. De donde resulta que Descartes aceptó en principio la sustitucion de la concepcion metafísica por la positiva en el estudio de los fenómenos de la materia: sustitucion que era ya un hecho, gracias á Galileo. Pero importa tener en cuenta, que mientras aplicaba el análisis matemático á la física celeste, es decir, á la astronomía, bien geométrica, bien mecánica, la indagacion andaba á toda vela, pues los fenómenos astronómicos son los más simples, los más generales y abstractos que presenta la física inorgánica. Mas cuando creyó que este mismo proceso podia servir de idéntica manera en el estudio de aquellos otros fenómenos de la física inorgánica que constituyen el dominio de la física terrestre, abrióse el camino al error. Obsérvanse primeramente en todos los fenómenos de la física terrestre, los generales efectos de la gravitacion universal, y luégo ciertos distintos efectos que les son propios y que modifican los primeros. De aquí, que cuando se analiza un fenómeno terrestre, por simple que sea, así químico como mecánico, se le encuentra siempre de

más complejidad que el fenómeno celeste más complicado. Así, por ejemplo, el simple movimiento de un cuerpo pesado, digamos de un sólido, presenta en realidad, si se tienen en cuenta todas las circunstancias determinantes, un objeto de investigación más complicado que la más difícil cuestión astronómica. Y así, cuando Descartes aplicó vigorosamente á este segundo orden de fenómenos el análisis matemático, llegó no pocas veces á sacrificar su compleja naturaleza á una abstracta simplicidad ó á inventar inconsistentes hipótesis.

Pero el principal error de Descartes consistió en aplicar este mismo método al estudio de la biología. No contento con reducir todo el mundo inorgánico á un sistema de condiciones geométricas, rigurosamente determinadas, ó sea á un puro mecanismo á las veces abstracto, quiso hacer otro tanto con respecto al mundo orgánico, cayendo de esta suerte en los más crasos y repugnantes errores. No puedo profundizar este punto como quisiera sin exajerar demasiado este estudio preliminar. A mayor abundamiento, los más eminentes fisiólogos están acordes en protestar contra los abusos del espíritu matemático en la ciencia que cultivan. Me limitaré á observar, y es esta observacion verificada con hechos incontables y constantes, que cada propiedad, sea la que fuere de un cuerpo orgánico, está sujeta en su aspecto cuantitativo, á inmensas variaciones numéricas de las más irregulares, que se suceden á cortos intervalos bajo el influjo de múltiples circunstancias, así interiores como exteriores, y harto variables. De aquí que toda idea de fijeza numérica, y por consecuencia, de leyes matemáticas á que se pueda aspirar, implica realmente contradicción con la especial naturaleza de esta clase de fenómenos. Por ejemplo, cuando se quiere valuar con precision, así las cualidades más simples de un sér vivo, como su densidad media ó una de sus principales partes constitutivas, su temperatura, la celeridad de su circulacion interna, la proporcion de los elementos inmediatos que componen sus sólidos ó sus flúidos, la cantidad de oxígeno que consume en un determinado tiempo, la masa de sus absorciones ó de sus exhalaciones continuas, etc.; y con más razon, la energía de sus fuerzas musculares, la intensidad de sus impresiones, etc., no

sólo es necesario hacer en cada uno de estos puntos tantas observaciones cuantas son las especies y variedades en cada uno de éstos, sino calcular tambien el importantísimo cambio que cada uno de estos objetos de la indagacion, experimenta cuando se pasa de un individuo á otro; y en cuanto al mismo individuo concierne, fijarse en su edad, en su estado de salud ó enfermedad, en sus disposiciones internas, en las múltiples y harto variables circunstancias, bajo la influencia de las cuales está colocado, como la constitucion atmosférica, etc. Y así fué que la pretension de aplicar á los fenómenos biológicos el análisis matemático condujo á Descartes á hacer de la física orgánica un absurdo mecanismo.

Observemos en cambio á Galileo Galilei:

*Quei che di nuova luce il ciel fa bello
D'astri nuovi ammirabile, immortale
Discopritor novello;
Quei che voló sugli altri voli, é feo
Del ver giudice il guardo, é coi pianeti
Commerci ebbe segreti (1).*



Esta inteligencia divina estaba destinada á cambiar la faz de la civilizacion y la cambió. Una nueva época para la aplicacion del método experimental fué abierta por aquel ilustre italiano como lo atestiguan la maravillosa enseñanza de sus obras y sus inmortales descubrimientos. Admitia la antigüedad una profunda separacion, una oposicion entre los fenómenos celestes y los del mundo sublunar; consideraba la tierra como el centro del mundo, como una excepcion respecto de todo el resto del universo, y evitaba escrupulosamente el confundir nuestro planeta en el sistema de todos los demas. Copérnico, en sus *Revoluciones celestes*, fué el primero que se levantó contra este enorme error; mas estaba reservada á Galileo la gloria de destruirlo por completo, estableciendo la verdadera *idea del Universo*, y colocando á nuestro planeta en el lugar que verdaderamente le corresponde en el comercio de otros innumerables mundos de que está poblado

(1) Vincenzo Filicaja, *In morte di Vincenzo Viviani*, Génova, 1853.

el infinito espacio. El concepto de lo infinito introducido en el estudio del cosmos hace que sea más inteligible y esté en mejor aptitud para servir de fundamento á la ciencia. Transfiguró lo creado emancipándose de los artificiales y fantásticos límites, dentro de los cuales se le encerraba vulgarmente, y supo el hombre de este modo, por primera vez, lo que es el planeta que habita y en qué revolucion le llevan las fuerzas celestes. Mas ¿por medio de qué procedimiento llegó el astrónomo pisano á su ideal fundamental, á la idea de la unidad del mundo? Por medio de la directa exploracion de la naturaleza. El anteojo de larga vista que por sí mismo construyó, fué el principal instrumento de sus gigantescos descubrimientos astronómicos. El 7 de Enero de 1610, habiendo dirigido dicho anteojo hácia Júpiter, vió al lado del planeta, tres puntos luminosos que á primera vista le parecieron estrellas: dos estaban á Oriente y á Poniente el otro. Repitiendo al dia siguiente su exploracion, observó que los tres estaban á Occidente. Este cambio de posicion le hizo suponer que aquellos astros se movian. El 13 de Enero vió cuatro puntos parecidos. Una serie de contínuas exploraciones hechas durante dos meses probáronle que aquellos puntos no son otra cosa más que pequeños planetas, *satélites* que acompañan á Júpiter en su camino como la luna acompaña á la tierra. Poco tiempo despues, observando el gran explorador al planeta Vénus, fué testigo del espectáculo de sus fases; conocimiento que le permitió demostrar el movimiento de traslacion de este planeta alrededor del sol. Exploró luego á Saturno, viendo al lado de éste dos astros que le parecieron inmóviles satélites; mas al observar de nuevo á este astro despues de dos años de observaciones, no le vió ya acompañado de aquellos satélites. Y así anduvo de exploracion en exploracion, y siempre de conquista en conquista. Exploró por vez primera las manchas solares y estudió las variaciones que en número, color y forma experimentan. Ofrecióle la via láctea inmenso número de estrellas pequeñas que la irradiacion confunde en una lista blanca y contínua. Los puntos luminosos que observó allende la línea que separa la parte iluminada de la oscura de la luna, le hizo conocer la existencia y elevacion de las montañas de este planeta, etc.

Un escritor muy competente nos revela en pocas líneas el secreto de los descubrimientos de Galileo en el dominio mismo de la física terrestre: «*Les applications de la mécanique à l'astronomie*, dice Cournot, *à cause de l'extreme précision qu'elles comportent et que les applications de la mécanique terrestre ne comportent pas, étaient indispensables pour donner aux principes de la mécanique physique leur irréfragable certitude, leur vertu imperative et pour en faire le point de départ de toute explication scientifique des phénomènes naturelles* (1).» En efecto; ántes de penetrar en los mecanismos de la física terrestre que son más complicados y especiales, necesitábase conocer los fenómenos cósmicos más generales y simples, ó sea los de la física celeste. Después de haber consignado la portentosa idea de la unidad del universo, en el cual todo se somete al imperio de irrecusables leyes, Galileo demostró que el estudio de aquellas que, entre ellas decimos que tienen mayor generalidad, debia ser el punto de partida del descubrimiento de las ménos generales y más complicadas. De este modo completaba el concepto de la indagacion positiva. Tiene ésta por base la exploracion; la observacion directa, cuidadosa, comprobada, y su símbolo es el anteojo de Galileo: tiene por exclusivo fin el estudio de las *leyes* de los fenómenos. Nunca lo pierde de vista nuestro astrónomo en sus descubrimientos; no aspiraba á más que estas leyes. El secreto de la fecunda continuidad de la indagacion positiva consiste en hacer que preceda el estudio de los fenómenos más simples y generales al de los más especiales y complicados, y este camino fué enseñado más bien que seguido, como ya se ha visto, por aquel grande hombre. En el estudio de los hechos más ordinarios que se presentan á la experiencia comun supo él emplear su método, recogiendo sin cesar estupendos é inmejorables resultados. Asistiendo cierto dia á una ceremonia religiosa en la catedral de Pisa, observó una lámpara de bronce, obra maestra de Benvenuto Cellini, la cual estaba suspensa de una larga cuerda y oscilaba lentamente delante del altar. La amplitud de los movimientos de la lámpara disminuyeron poco á

(1) *Considérations sur la marche des idées*. cap. I, p. 285; Paris 1872.

poco, y vió claramente que al aminorarse esta amplitud hasta un grado bastante inferior, los movimientos de la lámpara tenían todos la misma duracion. En suma, el genio de Galileo se elevó por el método que puso en práctica tanto como por los descubrimientos que hizo y las nuevas doctrinas que enseñó. Papillon, constante favorecedor del análisis cartesiano, y adversario manifiesto de la nueva escuela experimental fundada por Galileo, á que denomina *escuela italiana*, no ha podido ménos de confesarlo (1).

Esta era de lo positivo en la ciencia (*Della positivita scientifica*) inaugurada en Italia, tuvo entre los italianos continuadores eminentes. En 1657, Leopoldo de Médicis, gran duque de Toscana, tuvo la feliz inspiracion de fundar en Florencia una academia de física experimental, intitulándola *Accademia del Cimento*, y llamó para que la compusieran á personas que habian oido, casi todas, al maestro de Pisa. Inspirarse en las ideas y método de su maestro para las ulteriores indagaciones de los fenómenos cósmicos fué el principal fin que se propuso aquella célebre corporacion. Emprendieron sus trabajos los físicos de Florencia con un ardor verdaderamente admirable. En 1667 publicaron, con el título de *Ensayos*, los resultados de sus primeras investigaciones, entre los cuales se encuentra abundante cosecha de experimentos, singular industria para variar sus procesos y aplicaciones, escrupulosa exactitud en la exposicion de las consecuencias inesperadas y previstas, repugnancia por las disputas de palabras y las hipótesis prematuras, un método severo, en fin, el verdadero método de Galileo. Estos experimentos de los académicos de Florencia son clásicos en la ciencia, y constituyen hoy todavía el fundamento de la física experimental. Dice Papillon de aquellos laboriosos naturalistas, que parecia que se ocupaban en la física por amor á la experiencia; y es muy cierto, pues no sugerian verdad alguna que no pasara ántes repetidas veces por el crisol de la experiencia. El experimentalismo más puro, más inteligente

(1) Véase *Histoire de la philosophie moderne dans ses rapports avec le développement des sciences de la nature*, por F. Papillon, vol. I, p. 8; Paris 1876.

y más fecundo es el carácter impreso por Galileo á la indagacion científica y continuado por su escuela.

Desde aquella época se han ido pronunciando cada vez más el movimiento ascendente de la indagacion positiva y el de decadencia de la indagacion metafísica hasta tal punto, que en nuestros dias se ha hecho imposible, al ménos para los pensadores conscientes de las tendencias de su siglo, desconocer que está destinada finalmente la inteligencia humana á los estudios positivos, lo mismo que negarse á reconocer la repugnancia, cada vez mayor, por las varias y litigiosas doctrinas de las sectas metafísicas. ¿Puede ya dudarse, por ventura, que esta profunda revolucion ha de cumplirse necesariamente en toda su extension? ¿Se puede creer sériamente que si alguna gran conquista se ha de hacer aún, que si ha de iniciarse algun ramo principal en el dominio de la inteligencia, dejaria de cumplirse en él la misma transformacion que se ha realizado en los otros? ¿Por qué el espíritu humano, tan inclinado á la indagacion positiva, tendria que conservar indefinidamente para una sola clase de fenómenos su primitiva manera de filosofar, cuando ha llegado, por fortuna, á adoptar para todas las restantes un nuevo proceso científico de carácter absolutamente opuesto? Todo está, pues, reducido á una simple cuestion de hecho: la filosofía positiva que, principalmente desde Galileo, ha ido adquiriendo grandísima extension, abraza hoy dia todos los órdenes de fenómenos. Esta es la cuestion fundamental suscitada por Comte. Es evidente que aún queda una gran empresa científica por realizar para revestir á la filosofía positiva con aquel carácter de universalidad que es indispensable para su definitiva constitucion. No cabe duda, para todo el que comprenda bien la índole de la indagacion positiva, que el estudio de los fenómenos sociales no ha entrado aún en el período de lo positivo en la ciencia, como entraron los estudios astronómicos, físicos, químicos y fisiológicos. El procedimiento metafísico que con respecto á todos los otros géneros de fenómenos no se usa ya por nadie, ejercita aún su predominio en el estudio de los fenómenos sociales, aunque su insuficiencia se deja sentir fuertemente á los más distinguidos escritores, cansados de las vanas é interminables disputas que se empeñan acerca

de los límites mismos y de los conceptos fundamentales de los más importantes ramos de la ciencia social.

Aquel que, deseando cerciorarse de que están todavía las ciencias sociales inficionadas del virus metafísico, se fija en la consideracion de lo que ha sido en tiempos muy remotos la especulacion metafísica, en la Edad Media, por ejemplo, encontrará sin duda hasta cierto punto infundada la acusacion que se hace actualmente á los diversos cultivadores de la ciencia social. Sería una inmensa desgracia para nuestra civilizacion que estuviéramos todavía en las condiciones intelectuales de los tiempos medios. ¿Quién podría atreverse á decir tamaña enormidad? Tambien la metafísica ha sufrido sus evoluciones fatales; y se necesitaria estar ciego para no saber distinguir, en el proceso del tiempo, una evolucion de otra, y no encontrar en la posterior un progreso de forma con respecto á la precedente. Pero, de otra parte, se necesitaria tambien no haber comprendido en modo alguno lo que es la indagacion positiva, para creer de buena fe que el procedimiento que informa actualmente los estudios sociales no es metafísico. Es bien, por tanto, que nos detengamos un momento, para ver en qué caracteres se distingue hoy el espíritu metafísico en este orden de estudios, y en cuáles el de la indagacion científica.

Aquel que, exento de toda prevencion, considere de un modo atento, y con ánimo sinceramente positivo, el presente estado de la ciencia social, no podrá ménos de reconocer, ora en el conjunto del método, ora en el de la doctrina, los caracteres esenciales de la indagacion *a priori*. Estos caracteres consisten principalmente, en cuanto al método, en la fundamental preponderancia de la idealidad sobre la observacion, y en cuanto á la doctrina, en la exclusiva indagacion de las nociones absolutas; de lo cual resulta la inevitable tendencia de los escritores á creer que se puede ejercer sobre los fenómenos sociales una accion indefinida y arbitraria, sin sospechar que este orden de fenómenos está sujeto á un orden peculiar de leyes naturales. Diciendo lo mismo, en otros términos, el espíritu general de la especulacion en este campo de investigaciones, es á un tiempo ideal en el procedimiento, absoluto en el concepto, y arbitrario en las aplicaciones. Inútil sería insistir

mucho en hacer constar estos tres caracteres inherentes á las especulaciones sociales: basta no ser extraño á estas especulaciones para poder observarlas directa y fácilmente. Antes bien creo que los mismos que no estén familiarizados con este género de estudios, pero que estén suficientemente educados en las investigaciones de las ciencias naturales, si observan lo que ha sido hasta hoy la ciencia social, deben sorprenderse grandemente ante el espíritu de absolutismo que domina en los diversos ramos de esta ciencia. ¿A quién podrá ocultarse la tendencia uniforme de los escritores á colaborar cada cual en su esfera, á la construcción de ciertos inmutables tipos, definidos más ó menos vagamente, pero que se conciben siempre de modo que estorben toda modificación regular de los conceptos sociales, según las condiciones eminentemente variables de la humana civilización? Es esto disertar abstractamente sobre tipos ideales, absolutos, inmutables, en el estudio de los diversos aspectos de la vida social, sin pensar en el correlativo estado de la civilización, que no se determina por simples tendencias de la naturaleza humana abstractamente considerada, sino por la acumulada influencia de las generaciones pasadas sobre la presente, y el grado á que actualmente ha llegado la especulación *a priori* en las materias de que se trata. De otra parte, el espíritu de la metafísica se manifiesta, en este orden de estudios, bajo un carácter no menos evidente que los otros, y que es común de la gran mayoría de los escritores, en la conformidad en que están éstos para reconocer como norma suprema de lo justo y de lo injusto, así en la moral como en las instituciones, la imaginaria ley del ser imaginario Naturaleza. ¿Cuántos de estos escritores se han dado cuenta de que el *jus naturæ*, tal como lo conciben, es una quimera, una de las muchas cosas heredadas del viejo arsenal de la escuela de lo *a priori*.

Ahora bien: si, pues, el espíritu humano ha fundado la física celeste, la física terrestre, ya mecánica, ya química; la física orgánica, ya vegetal, ya animal, ¿qué razones hay para que no complete el sistema de las ciencias de observación con la física social? Este es el vacío principal que encontró Comte á su paso, como obstáculo grande para fundar la filosofía positiva, llenándolo, como se verá después, con la maravillosa se-

guridad del genio. Sin abrigar la pretension de dar inmediatamente á la física social el mismo grado de perfeccion de los otros ramos de las ciencias de observacion, por la complicacion incomparablemente mayor de los fenómenos sociales, dió, sin embargo, á esta última clase de nuestros conocimientos, científica positividad, coordinándolos con el sistema general de la filosofía positiva. Oportunidad tendré de mostrar lo que hizo Comte, indicando ahora dos caracteres no mas con que se revelá la positividad de la indagacion científica en los estudios sociales; lo haré brevísimamente.

Todo está dicho con anotar que los tales caracteres son precisamente los opuestos de los de la indagacion metafísica. La filosofía positiva se caracteriza profundamente en cualquier objeto de estudio, por la necesaria y permanente subordinacion de la idealidad á la observacion, y por la exacta coordinacion del conjunto de los hechos observados. Esta tendencia habitual á subordinar siempre las concepciones científicas á los hechos cuyo verdadero enlace están destinados á manifestar, es lo que se necesita introducir ántes que todo en el sistema de los estudios sociales, en los cuales las observaciones vagas y mal circunscritas no han ofrecido hasta hoy ningun fundamento sólido á razonamientos científicos, verdaderamente dignos de este nombre. Por su mayor complicacion, y accesoriamente por su más íntima conexion con las pasiones humanas, los estudios sociales tenian que permanecer, por más tiempo que todos los otros, en la situacion científica que hemos dicho. No debemos, sin embargo, echar en olvido que, hasta no muy remotos tiempos, todos los otros órdenes de conocimientos científicos han presentado análoga perspectiva; librándose de ésto cada uno, tanto más tarde cuanto más complicada y especial era su naturaleza, y no de otro modo que subordinando la concepcion científica á la observacion, la idealidad al hecho y á lo cierto, y mirando únicamente á coordinar los hechos observados, para proceder desde ellos á nuevas exploraciones.

Si en vez de considerar el espíritu general de la indagacion positiva con respecto al modo fundamental de proceder, se le quiere examinar tocante al carácter natural de las concepcio-

nes científicas, fácilmente se reconocerá que esta indagacion se distingue sobre todo de las otras por una constante é irresistible tendencia á la relatividad de todos nuestros conocimientos. Este tránsito inevitable de lo absoluto á lo relativo, constituye uno de los resultados filosóficos más importantes de cada una de las revoluciones intelectuales que han elevado sucesivamente á los diversos órdenes de estudios, de la especulacion *a priori* al estado científico. Se puede considerar esta oposicion, entre lo relativo y lo absoluto, como la manifestacion más decisiva de la fundamental antipatía que separa profundamente á la indagacion moderna de la antigua. Todo estudio de la naturaleza íntima de los séres, de sus causas finales, tiene que conducir por fuerza, al ménos en el presente estado del progreso intelectual, á concepciones absolutas, mientras que toda investigacion de las leyes de los fenómenos tan sólo, es naturalmente relativa, porque supone un continuo progreso de la especulacion subordinado al perfeccionamiento gradual de las observaciones, sin que se pueda llegar nunca en ningun ramo á la realidad plena. Y así, el carácter relativo de las concepciones científicas, es necesariamente inseparable de la verdadera nocion de las leyes naturales; al paso que las quiméricas tendencias al conocimiento absoluto, acompañanse en toda direccion con los estudios *a priori*.

Las dos indicadas disposiciones constituyen ciertamente, la una por el método y la otra por la doctrina, condiciones fundamentales de la sociología positiva, ó sea de la efectiva positividad de la ciencia social. Mas, ellas solas, no son bastante. Necesítase, ademas, distinguir el estudio *estático* del *dinámico* de los fenómenos sociales. La estática social debe coincidir con la teoría positiva del orden; debe, en lo posible, reflejar el permanente acuerdo de las diversas condiciones de existencia de las sociedades humanas. A su vez, debe la dinámica social exponer la teoría positiva del progreso social, debe representar el estado evolutivo de la sociedad, abandonando la loca indagacion de la perfectibilidad absoluta. Mas deben desenvolverse entrambos ramos de la física social, de modo que se facilite su exacta combinacion matemática. El orden y el progreso, que la antigüedad consideraba como esencialmente inconciliables,

constituyen por la fisonomía y necesidades de la civilización moderna, dos condiciones igualmente imperiosas, cuya íntima é indisoluble unión caracteriza en nuestros días la dificultad fundamental y el principal y más eficaz elemento de todo verdadero sistema social. Para expresar por medio de una buena comparación la idea de lo inseparables que son la parte estática y la dinámica de las teorías sociales, puede decirse que estas dos partes deben de estar entre sí en la misma conexión que guardan en fisiología las ideas de organismo y de vida. Detengámonos un poco á aclarar más la respectiva importancia de la estática y de la dinámica sociológicas.

Especie de anatomía social, la sociología estática mira constantemente al estudio positivo de las acciones y reacciones que las diversas partes del organismo social, y por tanto, los respectivos objetos de indagación científica ejercitan mutuamente entre sí, haciendo, en lo posible, abstracción transitoria de la corriente de la evolución social que continuamente las modifica. Este aspecto preliminar de la física social, supone por fuerza que, al contrario de lo que llevan consigo los hábitos filosóficos de la era presente, cada uno de los numerosos elementos sociales no debe considerarse como absoluto é independiente sino en íntima solidaridad con todos los demás. Sea cualquiera el elemento de que queramos partir, fácil nos será reconocer que está siempre en relación, más ó menos inmediata, con todos los otros. La consideración dinámica del desarrollo íntegro y contínuo de la sociedad, permite, sin duda, que se examine más de cerca la trabazón de los fenómenos sociales, mostrando con evidencia la reacción general, real ó próxima, de cada modificación especial. Pero á esta modificación puede preceder una confirmación puramente estática, pues en la física social, como en mecánica, la comunicación de los movimientos supone, naturalmente, la existencia de los vínculos necesarios. Es claro, por tanto, que la estática social está destinada á representarnos la solidaridad de las diversas instituciones sociales y á representárnosla en relación con el estado del desarrollo gradual de las sociedades. En puridad, la conformidad de los fenómenos no es, particular de los estudios sociales, porque es común de todos los fenómenos, aun-

que con grandes diferencias de intensidad y variedad, y por ende de importancia científica. Puede decirse, en efecto, que donde hay sistema, debe haber cierta solidaridad; la misma astronomía, en sus fenómenos, puramente mecánicos, nos ofrece un ejemplo, pues ciertos cambios en la posición de un astro, pueden ejercitar influjo notable en otro, por gravitación modificada. Pero es preciso reconocer que esta concomitancia se hace tanto más intensa y pronunciada, cuanto al aplicarse á fenómenos complejos y poco generales, en los sistemas orgánicos, por ejemplo, y atendida su mayor complejidad, la noción científica de solidaridad y concomitancia, se revela más claramente. Y por ende, en el organismo social, que es de todos el más complicado, su preponderancia es aún mayor; y por tanto, los escritores que vienen haciendo abstracción de esta fundamental solidaridad que existe entre todos los aspectos sociales, tienen que llegar á resultados ideales é insuficientes.

Esta concepción de las relaciones de los fenómenos determina uno de los principales caracteres del método sociológico, aquel con que este método modifica íntimamente el mismo procedimiento positivo aplicado á los fenómenos astronómicos, físicos, químicos y los que son puramente biológicos. Como los fenómenos sociales guardan entre sí una profunda conexión, puede dividirse su estudio real en partes distintas, mas nunca separadas y aisladas unas de otras; de donde resulta para los que cultivan las ciencias sociales permanente obligación de considerar siempre á la par las diversas relaciones de sus respectivos estudios. Todo estudio aislado de los elementos sociales es, por la naturaleza de estos, enteramente irracional y tiene que resultar estéril, á la manera que nuestra economía social. Si la concepción estática del organismo social ha de constituir la primera base positiva de la sociología, la dinámica social debe formar parte importantísima de ella, como que ha de hacer que prevalezca directamente la noción que distingue más á la sociología propiamente dicha de la simple biología, quiero decir, la idea madre del progreso continuo, ó mejor, del desenvolvimiento gradual de la humanidad. Equivócase Littré al decir que *le fait fondamental de la sociologie est l'évolution*, pues al estado evolutivo precede el estático. Es ne-

cesario que exista la sociedad para que pueda haber evolucion; sin el estado anatómico no puede concebirse bien el funcional. Littré, el discípulo más eminente de Augusto Comte y el que acepta sin condiciones la filosofía positiva del maestro, no debe poder ignorarlo (*non deve poterlo ignorare*). ¿Pero en qué consiste el espíritu general de la sociología dinámica? En concebir cada uno de los estados sociales consecutivos como el resultado necesario del anterior y el motor indispensable del siguiente, como reza el bellísimo axioma de Leibnitz: *el presente es hijo del pasado y está preñado de lo porvenir*. La dinámica social tiene, pues, por objeto descubrir las leyes constantes que rigen esta continuidad y que determinan en conjunto el proceso fundamental del desenvolvimiento humano. En otros términos. esta parte esencial de la sociología estudia las leyes de la sucesion de los fenómenos sociales, mientras la estática investiga las de su coexistencia; de modo que la aplicación de la primera nos da, como ya se ha visto, la verdadera teoría del progreso, mientras que la segunda nos da la del orden. Y por ser esta su naturaleza, la dinámica social está destinada á romper de una vez para siempre con la estéril controversia del perfeccionamiento humano, transportándola del campo de la idealidad al de la realidad y restituyendo al perfeccionamiento su valor efectivo, el de la evolucion histórica de los individuos y las naciones. En todo tiempo y lugar el solo curso ordinario de la vida individual, no obstante su brevedad, basta á que se observen ciertas notables modificaciones que se presentan bajo diversos aspectos en el estado social y de que dan espléndido testimonio todos los anales de la humana existencia. Mas ¿están sujetos á leyes precisas los fenómenos sociales? Partiendo del concepto que los escolásticos tenían de las leyes de los fenómenos, sería difícil entender con exactitud cómo pueden obedecer en sus evoluciones los fenómenos sociales á un orden de leyes. Entiéndanse por leyes las relaciones constantes de sucesion y semejanza que entre los hechos se dan, esto es, las relaciones constantes que unen á los hechos en concepto de antecedentes y consiguientes y que constituyen el dominio de la indagacion positiva, y dígase si es posible negar seriamente que el movimiento social en sus evoluciones

obedece á leyes que le son propias. Cualquiera que sea el aspecto bajo el cual se consideren las sucesivas modificaciones de este movimiento, sólo se podrá explicar poniendo por base de los estudios el concepto positivo de las leyes de los fenómenos. Este concepto es la base de la verdadera filosofía de la historia, esto es, de la filosofía positiva de la evolucion humana.

El profundo convencimiento de la sujecion de los fenómenos sociales á leyes determinadas, está destinado á corregir la pretension característica de los metafísicos, que es la de creer que se puede ejercer sobre el conjunto de los fenómenos de que tratamos una accion ilimitada y arbitraria. Procede esta gran ilusion de la ignorancia de las leyes fundamentales del desenvolvimiento humano y denota la íntima union del estado metafísico con el teológico que hemos definido ántes, esto es, con el estado en que la razon humana atribuía á pretendidos agentes sobrenaturales el poder de modificar caprichosamente el desarrollo de los fenómenos astronómicos, físicos, químicos y biológicos. Esta aberracion que há tiempo ya se desterró del dominio de estos diversos ramos de la filosofía natural, ¿por qué habria de seguir imperando en el dominio de la física social, emancipándola así de las leyes del tiempo y del espacio, estos dos inexorables centinelas que tienen la mision de refrenar los arrebatos de nuestra soberbia?

Equivocaríase grandemente el que creyera que la concepcion dinámica de la sociedad excluye toda humana intervencion. Sólo se nos dice que siendo el perfeccionamiento efectivo, resultado de la evolucion gradual de la humanidad, en ningun tiempo puede dejar de ser conforme al conjunto de la situacion. Esta consideracion científica tiende no mas que á hacer que prevalezca en el estudio de los fenómenos sociales pasados ó presentes, aquella sábia indulgencia que dispone el ánimo á realizar con más tino y áun á comprender con más facilidad la verdadera filiacion histórica de los sucesos, sin que excluya en modo alguno, cuando el caso lo exija, ni una severa reprobacion, ni, sobre todo, la libre concepcion directa de una intervencion humana más activa. Dinámica social que no reconociera la posibilidad y tambien la necesidad de voluntarias ó involuntarias aberraciones, no podria constituir una

teoría positiva y humana, porque se colocaria fuera de la historia. Necesítase, no obstante, estudiar lentamente la cuestion de los límites de la accion social para no caer en el absolutismo de la concepcion metafísica del perfeccionamiento. En todo órden de fenómenos, la accion humana es siempre y necesariamente limitada, no comprendiéndose en qué concepto deberian exceptuarse de esta limitacion los fenómenos sociales, siendo ella consecuencia inevitable de la existencia de las leyes naturales. Sean cuales sean las sugeriones del humano orgullo, todo hombre de Estado que tenga bastante práctica de la autoridad política, está, generalmente hablando, convencido por su propia experiencia, de la realidad de los necesarios límites impuestos á la accion política por la totalidad de las influencias sociales, y á las cuales tiene que atribuir frecuentemente el fracaso de la mayor parte de los proyectos que en un principio imaginara.

En resúmen: la física social estudia á cada fenómeno bajo el doble punto de vista de su concordancia con los coexistentes y de su concatenacion con el estado anterior del desenvolvimiento humano, proponiéndose en uno y otro caso descubrir en lo posible las verdaderas relaciones que unen entre sí á todos los hechos sociales. Se considerará explicado á cada uno de éstos, en el sentido positivo de la palabra, desde el punto y hora que se enlace como cumple, bien al conjunto de la correspondiente situacion, bien al del movimiento precedente cuidando de evitar las inaccesibles investigaciones de la naturaleza íntima y modo esencial de producirse de los fenómenos. Desarrollando hasta un alto grado el sentimiento social, esta ciencia nos representará necesariamente de un modo directo y continuo, la masa del género humano como inmensa unidad cuyos diversos órganos individuales y nacionales, unidos por íntima y universal solidaridad, concurren inevitablemente, cada cual segun su grado y modo determinado, á la evolucion fundamental de la humanidad.

Y como quiera que al cabo conduce, como cualquier otra ciencia positiva, aunque con aquel grado de precision que comporta la excesiva complicacion de este órden de fenómenos, á la prevision sistemática de los sucesos que deben resultar de

una situación dada ó del conjunto de los hechos precedentes, la física social proporcionará directamente al hombre de Estado, no sólo la prévia determinacion de las diversas tendencias espontáneas que debe secundar, sino tambien la indicacion general de los principales medios de que debe servirse con objeto de evitar, en lo posible, toda accion nula ó efímera y acaso peligrosa, ó sea todo inútil gasto de fuerzas sociales (1).

Ahora podemos entrar ya en discusion. Fácilmente entenderemos ahora, no sólo el valor de las censuras dirigidas por los fundadores de la física social á la escuela metafísica en economía, sino tambien el valor de las contradicciones de los últimos economistas ingleses. No se han contentado estos con ocuparse únicamente de contestar las acusaciones de Comte, ántes puede decirse que de las tres cuestiones que debian suscitar y discutir, á saber: la del método, la del *Laisser faire* y la de la mision del Estado, ninguna es por ellos examinada ni aun allí donde se levantan contra el acusador. Adviértese á primera vista que su exclusivo propósito ha sido el de atacar la grande obra del filósofo francés; la creacion de la filosofía positiva. Macleod y Mill han trabajado en este sentido de diverso modo, y lo diré sin vacilar, con diversa competencia. El mismo Cairnes trata principalmente de un punto importantísimo de física social. Por manera que, ilustrando los cargos hechos por Comte á los economistas, habré de ocuparme al mismo tiempo en volver por la obra fundamental realizada en la filosofía por aquel célebre pensador. Y en la primera parte de este exámen ha de ser donde la discusion versará, sobre todo, á causa de las indicadas impugnaciones de los economistas ingleses, sobre el porvenir de la filosofía positiva.

R. SCHIATARELLA.

(1) Véase para mayor y más adecuadas aclaraciones, A. Comte, — *Cours de philosophie positive*, vol. I y vol IV. 3.^a edit. Paris, 1869.





INTRODUCCION

A UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO

SOBRE

LA LITERATURA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVIII.



La literatura española ha sufrido siempre iguales crisis, semejantes glorias, que la política, las ciencias y las artes. Ha vivido la misma vida de penalidades y de triunfos que gozó ó padeció la madre patria. Las perturbaciones políticas; las revoluciones económicas acaecidas en España, han coincidido con las decadencias y postraciones, con las preponderancias y esplendores de la literatura. Y es que esta manifestacion de la inteligencia humana ha venido siendo y será infinitamente el regulador de la situacion de los pueblos y el barómetro más exacto del estado de cultura de las naciones.

Ejemplo evidente de estas aseveraciones serán los hechos que en el presente estudio hemos de apuntar, y las consideraciones que á nuestro juicio se desprenden de los mismos.

Trátase del exámen de un período de la literatura española; del período que comprende el siglo XVIII, desde Carlos II *el Hechizado*, hasta Carlos III, sabio monarca, cuyo nombre me hace recordar las páginas de gloria con que enriqueció la historia de este pueblo.

Durante el reinado de Carlos II, atravesaba España una de las épocas más difíciles y angustiosas de su vida. Regidos sus destinos por un hombre, cuyo panegírico más exacto es el haber merecido de la historia el sobrenombre de *imbécil*, su situación era deplorable, y su decadencia política la más vergonzosa. La sociedad española se aniquilaba y disolvía, y los desaciertos y errores del hechizado monarca, llevaron á ser ludibrio y befa de la Europa, al pueblo que asombrara al mundo con sus triunfos en épocas no muy lejanas. En todos los órdenes, en todas aquellas cosas que forman la vida y el organismo de los Estados, se marcaba sensiblemente la huella malhadada del segundo de los Carlos. Las torpezas cometidas en la política; los errores al par que la desmoralización en el orden administrativo; el olvido absoluto á las artes; la enseñanza pública desatendida y despreciada; postrada la ciencia; relajadas las costumbres y perdido el sentimiento moral, causaron la ruina sensible y espantosa de un pueblo, que por cierto no era merecedor de ser regentado tan estúpida y criminalmente.

La dominación austriaca, si bien ha legado á la historia de España páginas gloriosas, también ha tenido la desgracia de marcar uno de sus períodos más decadentes: y como si fuera la última palabra que redondeara el discurso, ó el rasgo final que delineara un carácter, Carlos II dió fin con sus imbecilidades á tantos errores y á una política tan lamentable y funesta como la practicada por los monarcas de la Casa de Austria (1).

Comienza, con la Casa de Borbon, con Felipe V, un momento en la historia de España, de los más penosos y críticos; y si inmediatamente no pudo este monarca verificar una reacción saludable y necesaria á todos los intereses españoles, culpa es de la deplorable herencia que recogió; y sin embargo de esto, á pesar de que la lucha que forzosamente había de acometer era tremenda y titánica; no obstante la necesidad de adoptar una política elevada y altamente discreta, ya para

(1) D. Fernando de Castro, en su *Historia profana general y particular de España*, dice: «Carlos II fué el último monarca de la poderosa Casa de Austria, que contribuyó á la más alta grandeza, así como al mayor decaimiento de la potencia española.»

contrarestar vicios pasados, ya para precaverse de los peligros que le rodeaban, teniendo que moralizar la administracion, dar impulso á las artes, proteger y desarrollar la ciencia y la literatura., en una palabra, devolver la vitalidad y la organizacion á la sociedad española, y hacer de un estado vicioso, corrompido y estúpido, un pueblo virtuoso, ilustrado y potente; no obstante, decíamos, de estar agobiados bajo el terrible peso de los desaciertos de sus antepasados, fueron los fundadores de una era, si bien no exenta de crisis y decadencias, al ménos de restauracion salvadora y plausible.

En tal estado las cosas, los más altos y trascendentales intereses de la nacion expuestos y arriesgados de continuo, la literatura carecia de aquella solicitud y apoyo tan benéficas de parte de los reyes y de las clases elevadas, distraidas entónces por las turbulencias, y sumidas en la debilidad y en el vicio.

No ya la esterilidad ni la infecundidad en el número y en el concepto de los autores, sino la relajacion y depravacion del gusto, hicieron caer en la vergüenza más deplorable la literatura española, un tiempo elevada y gloriosísima con los ingenios de Lope, Calderon y Tirso.

Invadian el parnaso español una pléyade de petulantes escritores, ampulosos, chavacanos, frívolos y metafísicos, llamados *gongorinos*, *culteranos* y *conceptistas*, apóstoles fanáticos y mantenedores de las nunca bastante anatematizadas escuelas que llevaban aquellos denominativos. Implantaron y cultivaban una tan malhadada literatura, que el arte literario español se vió sumido durante los primeros años del reinado de Felipe V en la abyeccion más desconsoladora y detestable, llegando al extremo y á la exajeracion criminal de execrar y escarnecer creaciones tan bellas y sublimes como las de Lope de Vega, Calderon de la Barca, Tirso de Molina, Alarcon y Rojas.

Durante los últimos años del reinado de Cárlos II y los primeros de Felipe V, tomó gran incremento la depravacion del gusto literario, y se multiplicaban los escritores conceptistas, gongorinos y culteranos, que, en una palabra, no eran más que *falsarios*, que habian convertido la pura y clara lengua de Cervantes en una algarabía afectada é ininteligible.

No obstante esta decadencia y relajacion del arte literario, consecuencia, en no poca parte, de la esterilidad que se manifestaba en todos los órdenes, pues que si en literatura habia un género *gongorino*, en arte se disfrutaba de un estilo *churriguesco*, que nada dejaba envidiar á lo antiestético; no obstante, deciamos, de tener al frente enemigo tan terrible, el nieto de Luis XIV trató de impulsar las letras y devolverles su antiguo esplendor, acometiendo la empresa con verdadera fe y entusiasmo.

Educado este príncipe en la córte á la sazón más poderosa de Europa, la córte de Francia, trataba de elevar á un alto rango, del tan bajo que por entónces ocupaba el arte literario español; y esto se manifiesta patentemente con la creacion que llevó á efecto de la Biblioteca Real (hoy Nacional) (1711), de la Academia Española (1714), de la Academia de la Historia (1738), de la Universidad de Cervera, del Seminario de Nobles y otros centros é institutos que tanto habian de contribuir al progreso intelectual de España, y tan benéficos y fecundos frutos habian de rendir á los intereses de la literatura y de las ciencias patrias.

Como era lógico, este paso dado en pro de la restauracion del arte literario comenzó en breve á rendir utilidades, y vemos ya publicarse entre los años de 1726 y 1739 un *Diccionario de la Lengua Castellana*, la *Ortografía* y la *Gramática* (1740), obras todas que, si bien plagadas de defectos y errores, contribuyeron espléndidamente á regenerar la lengua y la literatura española.

Es indudable que Felipe V se inspiraba en los más bondadosos deseos para enaltecer y reanimar el espíritu decaído de la literatura; pero tambien está fuera de toda acción dudosa la lucha que hizo librar durante mucho tiempo á dos elementos totalmente opuestos, lucha que causó una degeneracion literaria lamentable y deplorabilísima.

Reduciáse este pugilato de que hablamos á la influencia francesa que importó Felipe V, manifestada en todo aquello en que ponía las manos, principalmente en el arte literario, y el espíritu nacional, que se oponía á semejante invasion.

Ejercian notable influencia y poder sobre el príncipe ex-

tranjero, á más de su pasión, justa y natural, por la cultura y brillantez del arte y la literatura francesa, que habia contemplado en su juventud, los consejos, y más que consejos, imposiciones de su abuelo Luis XIV, que no se descuidaba un punto de recordar al monarca español que era de sangre francesa, y no se entregara, por tanto, resuelta y totalmente á prescindir de su patria por identificarse con el pueblo que regia, adoptando sus gustos y sus aficiones. Es evidente, pues, y lógico que, al proteger el arte literario español, le imprimiese un carácter afrancesado.

Al propio tiempo que enaltecia y restauraba la literatura, fundaba los cimientos de una época que ha llamado *doctrinal* D. Leopoldo Augusto de Cueto en su *Bosquejo histórico de la poesía castellana en el siglo XVIII* (1).

La escuela francesa y el gusto literario francés se iban inoculando en el arte literario español; y no pasó mucho tiempo sin que apareciesen las primeras y más exactas señales de semejante hecho, cuales son, las traducciones é imitaciones (2).

En 1737 la época *doctrinal* se acentuó más con la aparición del *Diario de los Literatos de España* y la *Poética de Luzán*. Encaminado aquél á hacer cruda guerra á la depravacion literaria y á los errores y mal gusto entronizados en la literatura española, comenzó una campaña vigorosa é inexorable de crítica punzante y despiadada, como convenia, contra los poetas gárrulos y falsarios, y los vicios ya endémicos y abusos incalificables introducidos en aquella, vicios y abusos que tan tristemente habian contribuido á reducirla al más lamentable estado vergonzoso y de postracion. El *Diario de los Literatos*, inspirado en el carácter *doctrinal*, dominante en la actualidad, y en el clasicismo francés, adquirió tal importancia y popularidad, era de tal naturaleza su crítica y censura, que en la historia de la literatura española ha formado época y señala el principio de un nuevo período de la misma (3).

(1) *Biblioteca de Autores Españoles*, t. LXI.

(2) En los primeros años del siglo XVIII se dió ya á la estampa la traduccion de la *Ifigenia*, de Racine, por Cañizares, y luego el *Cinna*, de Corneille, por D. Francisco Pizarro, marqués de San Juan.

(3) El *Diario de los Literatos de España* fué fundado en 1737 por don

La *Poética de Luzan*, que dejamos mencionada, entraña una trascendencia y una importancia de primer orden, no tan sólo por las circunstancias que en ella concurren, de un elevado espíritu de justicia é imparcialidad, áun cuando detracta á muchos de los poetas del siglo de oro, y no siempre con razon, sino por la época azarosa para la literatura, en que vió la luz. En dicha obra se erige Luzan en paladin del buen gusto, y contribuyó, en no poca medida, á la restauracion del arte literario español.

Seguidamente de estas dos manifestaciones literarias, viene la *Sátira contra los malos escritores*, atribuida, no sin fundamento, á D. José Gerardo de Hervás, que se encubrió con el pseudónimo de *Jorge Pitillas*; sátira en que se marcaba áun más que en los trabajos precedentes citados, el espíritu y el gusto francés. Jorge Pitillas, no obstante de ser imitador de Boileau, llegando al extremo de plagiar sus pensamientos, que no parecia, sino su más fiel traductor, dió muestras bien evidentes de ser un inteligente crítico y un versificador estimable, al par que de conocedor profundo de la lengua castellana.

Por lo que sucintamente llevamos expuesto, fácilmente, en nuestro sentir, se comprende el distinto rumbo y giro que tomaba el arte literario, rumbo y giro que hacia abrigar la esperanza de ver cercano el dia de un renacimiento literario, tan necesario; y de otro lado, se viene á probar una vez más, la influencia tan directa que en la literatura española, ejercia la literatura francesa.

Fernando VI, ocupa el trono de España, y la suerte de esta nacion cambia satisfactoriamente.

Guiado el monarca de sus sentimientos nobles, benévolos y de sus aficiones á la tranquilidad y á la paz, trató primeramente de llevar este imponderable beneficio á los pueblos,

Juan Martinez Salafranca y D. Leopoldo Jerónimo Puig, los cuales lo hubieran abandonado, por los muchos é implacables enemigos que se creó, si el secretario del despacho universal de Hacienda, D. José del Campillo, no hubiera mediado y obtenido de Felipe V la proteccion conveniente. Colaboraban en dicha publicacion, á más de otros escritores, Iriarte y Gerardo de Herbás (*Jorge Pitillas*).

como así lo consiguió, siendo el suyo, el único reinado de paz absoluta que ha logrado España.

Su prudente política, aseguró los Estados de Italia á los Borbones de España; el reino de las Dos Sicilias, para su hermano D. Carlos; y los ducados de Parma, Plasencia y Guastala para D. Felipe, su hermano segundo.

Bajo sus consejos y bajo su direccion, se prosiguió la reforma de la Hacienda, que dió tan bondadosos resultados.

La marina se elevó á un alto grado de poder (1).

Las ciencias naturales y exactas, recibieron un grande impulso (2).

Las mejoras introducidas en el comercio y en la agricultura, acrecentaron la riqueza del país.

Las artes se vieron apoyadas y distinguidas por el monarca, á quien se debe la institucion de las *Academias de Bellas Artes*; y la literatura, pudo contar un centro más de cultura é ilustracion, cual la *Academia de Buenas Letras de Sevilla*.

La nacion española, se manifiesta durante el reinado de este prudente y sabio monarca, brillante y vigorosa; y como una prueba más que afirme y garantice mis aseveraciones hechas al comienzo de esta introduccion, la literatura coincide ahora con las restantes manifestaciones de la inteligencia en su desarrollo y prosperidad.

El reinado de Fernando VI, es el prólogo ó prefacio, digámoslo así, al gran período de la historia de España moderna, fecunda en glorias científicas, artísticas y económicas, al período de tiempo que regentó los estados españoles el por tantos títulos glorioso Carlos III; así como tambien ese mismo reinado, es el exordio que prepara á la literatura española un momento de lucidez y esplendor.

La reforma que se venia operando en el arte literario español en el sentido doctrinario, avanza y progresa con rapidez y se desarrolla, ganando en importancia y mejorando visible-

(1) A la muerte de Fernando VI, constaba de cuarenta y nueve navíos de línea y veintiuna fragata en estado de servicio.

Tambien en su tiempo, se crearon los estudios de la marina en Cádiz y en el Ferrol.

(2) Se debe á Fernando VI, la construccion del Jardin Botánico.

mente, al paso que se hace más patente y clara la influencia francesa en la literatura española.

La condesa viuda de Lémos (1), fundó en Madrid á la sazón un instituto, análogo á los que en tiempo de Luis XIII de Francia, se inauguraron en el Hotel de Rambouillet: en la *Academia del Buen gusto*, que este nombre recibieron las veladas literarias que instituyó la hermosa y discreta condesa de Lémos, se congregaban los escritores más notables de la época y nobles de elevada alcurnia (2), que tanto contribuyeron á decidir el éxito en favor de la reforma doctrinal.

El pueblo español y los intereses de su literatura, así como los que atañan á los demas ramos, hubieran recibido beneficios inmensos, si el reinado de Fernando VI no se extinguiera tan prontamente.

Los Estados para vigorizarse, si sufren decadencias, no sólo han menester de la inteligencia, actividad y energía de sus regentes, sino que, por una razon lógica, tienen que elaborar su renacimiento á costa de mucho tiempo; y el predecesor de Carlos III, ocupó el trono de San Fernando por espacio de trece años: período que en la vida de las naciones es un instante, un momento.

Dada la situacion deplorable de España, cuando el hijo de Felipe V comenzó á regir sus destinos y teniendo en cuenta su pasajero reinado, no se le puede censurar de funesto; ántes al contrario, de solícito y celoso de la prosperidad y engrandecimiento de su patria.

No es extraño, pues, que la literatura española no alcanzase durante la época de este monarca mayores glorias y esplendores.

(1) En su *Bosquejo histórico de la poesía en el siglo XVIII*, en el discurso, dice el Sr. Cueto de esta mujer: «Jóven, hermosa, ilustre, rica, discreta é instruida, cautivaba fácilmente la voluntad, y atraia á su sociedad á las personas más distinguidas de la córte en nacimiento y letras. Era aquí como un reflejo de la seductora *Julie D'Angennes*, del Hotel de Rambouillet.»

(2) Tales como Montiano, el conde de Saldueña, Luzan, Nasarre, el conde de Torre Palma, el marqués de la Olmeda, el duque de Béjar, Velazquez, Porcel y otros.

El reinado de Cárlos III es sin duda alguna de los períodos más brillantes de la moderna historia de la nacion hispana. No sólo contaban los pueblos con un monarca activo, asídúo al trabajo y deseoso del acierto, sino que veíanlo rodeado de hombres tan eminentes y afectos á su patria, como Roda, Aranda, Floridablanca y Campomanes. Con hombres de tal naturaleza no podia ménos de verse España próxima á una regeneracion y restauracion plausibles.

Fecundo fué este reinado bajo muchos conceptos y no lo fué ménos en lo que se refiere á los asuntos literarios.

La instruccion pública recibió notables mejoras; los establecimientos de enseñanza se multiplicaban con rapidez; estimulábase á todos al estudio, y las prensas trabajaban con actividad, produciendo un contingente de publicaciones que denunciaban bien á las claras que España progresaba velozmente en su vida intelectual (1).

El arte literario alcanzó, repetimos, dones estimables.

La reforma que con Felipe V se iniciara en la literatura, llegó en este reinado á tomar carta de naturaleza española, rindiendo entónces los ópimos frutos que tanto se deseaban.

La transicion violenta, la influencia tan repentina como directa y potente que obró en la literatura española, la litera-

(1) Durante el reinado de Cárlos III, á más de la multitud de obras que veian la luz pública, aparecieron los siguientes periódicos y revistas:

Gaceta de Madrid.	El Censor.
El Diario noticioso universal.	Correo literario de la Europa.
Mercurio histórico español.	Memorial literario, instructivo y curioso de la córte de Madrid.
El Pensador (literario).	El Apologista Universal (literario).
Aduana Crítica (idem).	Correo de los Ciegos de Madrid.
Correo general, histórico, literario y económico de la Europa.	Diario curioso, económico y comercial.
El Escritor (literario).	El Corresponsal del Censor.
El Hablador (juicioso y crítico imparcial).	Espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa.
La Pensadora Gaditana (literario).	Semanario erudito.
Mercurio histórico y político.	Correo de Madrid.
El Belíanis (literario).	Diario de Madrid.
Semanario económico.	El Teniente del Apologista universal.
El Bufon de la córte (literario).	
Correo general de España.	

Periódicos de Madrid, por D. Eugenio Hartzenbusch.

tura francesa, fué causa de que aquella sufriera la degeneracion lamentabilísima que observamos en el reinado del primero de los monarcas Borbones españoles.

Ajeno y por demas extraño el parnaso español al gusto y carácter francés, necesariamente habia de revolverse contra sus importadores y entablar la lucha con la invasion. En tanto, en cuanto que este gusto, este carácter se estudió, comprendió y admitió; en tanto, en cuanto, y como efecto inmediato é inherente á estas causas, la invasion se ciñó los lauros de la victoria; la literatura española vióse corrompida y débil, pobre y degenerada.

Una vez convenientemente inculcado el espíritu de la escuela francesa clásica en los reformistas y sus impugnadores, las letras castellanas pudieron tornar á sus adelantamientos y glorias; al propio tiempo que deslindados los terrenos, fijadas las doctrinas y los principios de la reforma, la lucha pudo comenzarse bajo más firmes y más seguros auspicios.

Los autores divídense en tres agrupaciones que forman otras tantas escuelas poéticas, que, aunque en su conducta, en su forma y en sus aspiraciones se diferencian, en principio guíalas un mismo fin: robustecer la literatura española, restaurándola y regenerándola.

Forman el primer grupo, ó sea la escuela *reformista* ó *clásico-francesa*, Moratin (padre), Iriarte, Samaniego y Cadalso-el segundo grupo, ó escuela partidaria de la *antigua nacional*, Huerta, Sarmiento, Sedano y otros.

Ambas, fanáticas por sus doctrinas, obcecáanse y alucínanse, incurriendo en extravismos perniciosos que seguramente acarrearán nuevos, numerosos y graves perjuicios á la literatura pátria si al propio tiempo no apareciera la tercera agrupacion denominada *Salmantina*, en que militaban Moratin (hijo), Iglesias, Forner, Cienfuegos, Jovellanos, Melendez Valdés, Quintana y otros no ménos ilustres escritores que partiendo de una fórmula conciliatoria entre las dos banderías citadas, reunieron lo bondadoso de ambas, formando una como síntesis, causa del comienzo de renacimiento que gozaron de allí adelante las letras castellanas.

Grande influencia ejercieron las nuevas escuelas en la poesía

lírca y en general en todos los géneros poéticos, muy señaladamente en el dramático. Empero, esta influencia, donde más se dejó notar fué en la *didáctica* y en su division la *enciclopedia*, importada por los reformadores, y que por entónces se cultivaba con profusion notable allende el Pirineo.

La reforma doctrinal con su crítica produjo una especie de escuela denominada del *prosaismo*, antítesis de la *gongorina*, que ocasionó al arte literario español no ménos daños que esta última (1).

La literatura española, como consignamos al comenzar esta introduccion, ha vivido la misma vida de penalidades y de triunfos que gozó ó padeció la madre patria; y creemos demostrada esta nuestra aseveracion en los sucintos apuntes hechos en el cuadro general que acabamos de trazar de la literatura española en el siglo xviii.

En tres épocas puédese dividir la historia política española en el pasado siglo, épocas que bien pudiéramos llamar respectiva y cronológicamente de *decaimiento*, *lucha* y *restauracion*; así como tambien tres fases nos presenta la historia de la literatura hispana en la misma centuria, fases que debieran recibir iguales nombres que los por nosotros aplicados en el órden político.

La literatura española en el siglo xviii no ha vivido: en los últimos años del reinado del imbécil monarca, el arte literario corrió igual suerte que todos los órdenes, que todos los intereses españoles: al propio tiempo que la sociedad se desmoronaba, enfermaba y desfallecia tristemente la literatura, hundiéndose y confundiéndose entre el polvo de las ruinas pátrias: ¡Qué de ruinas y no más que de ruinas constaba España al fallecer el último monarca español de la poderosa casa de Austria!...

(1) Con esto damos fin á la ojeada general sobre la literatura. Fáltanos sólo algunas consideraciones para terminar la introduccion.

Si aquí analizáramos é investigásemos detalladamente, haríamos un hurto á los trabajos que á éste han de suceder, y en los que, con minuciosidad examinaremos, punto por punto y género por género el arte literario español en el siglo xviii.

¡Funesto período, triste época de la historia de España!

Sombras, tinieblas, tempestades por do quiera; falsos milagros; supersticiones, duendes, brujas, energúmenos y hechizados; las costumbres en todas las clases de la sociedad... una mezcla de impiedad y superchería; vireinatos, gobiernos políticos, tenencias militares... objetos de mercancía en el Estado; no había ni un navío, ni un general, ni un sabio, ni un buen político!...

Esta era España; éste su estado al finar el siglo xvii: ésta la herencia que recogieron los Borbones al subir al trono de Isabel la Católica. Siendo tales los horrores en todas las cosas, no había de librarse el arte literario de la funesta plaga que todo lo aniquilaba é invadía.

A tanto descalabro, á tanta ruina, despues de tan tremenda tempestad, lógicamente sucedió la calma: pues que todo fenecce, todo acaba, así los sufrimientos como los placeres.

Un íris bienhechor se hizo visible con el advenimiento de Felipe V; mas no le es dable á éste despejar en un momento las densas tinieblas que envolvian la nacion española, comenzando entónces la lucha, lucha titánica y gigantesca; la lucha de un pueblo entre su agonía y su lucidez, entre su muerte y su existencia: y en este pugilato poderoso, toma parte la literatura pátria, recibiendo sendos golpes, fuertes empujes, que no puede resistir en su debilidad y que detienen su regeneracion y desarrollo.

El íris bonancible que se percibió con Felipe V y que no fué lo potentemente necesario para desvanecer las tinieblas que rodeaban al pueblo español y empañaban su brillo, adquirió poder bastante en el reino de Fernando VI, y desde esta época extingüense continuada, áun cuando pausadamente, las sombras; renace el espíritu pátrio en todos sus aspectos; se fortalece el organismo de la nacion, y sonriente y próspera vemos vivir á España en la mayor parte del tiempo que regia sus destinos el glorioso monarca Carlos III. La literatura pátria, siguiendo las mismas huellas de la política, se robustece entónces; cultívase gloriosamente y produce ingenios tan notables como los de Quintana, Melendez Valdés, Moratin y otros vates de no menor valía y estima.

No era gratuita nuestra asercion de que el estado del arte literario, regula la cultura y la prosperidad de las naciones; los hechos que dejamos someramente apuntados nos lo demuestran.

Es evidente, que, cuando en un organismo decaen, se corrompen y aniquilan los principales elementos que lo sustentan y mueven, los elementos subsiguientes secundarios, obedecen sistemáticamente á la general descomposicion; así tambien, cuando la máquina de la política y de la administracion se perturban, y las costumbres se relajan y se vician, la literatura refleja la universal catástrofe y denuncia las crisis ó los apogeos gloriosos de los pueblos.

La literatura española, durante el siglo xviii, si bien se ha manifestado á veces degenerada, á veces luchando, últimamente restaurada, su carácter general, ha sido de decadencia, de transicion, sin ideal, sin derrotero, sin aspiracion precisa y concreta.

Y no por esto créase que participamos del criterio en que abundan algunos autores, atribuyendo de insignificancia á la literatura española en el siglo xviii; ántes al contrario, siempre abrigamos el convencimiento de que ésta, en su vida durante la última centuria, entrañaba gran trascendencia, por el solo hecho, por la única causa de pertenecer á una época asaz revuelta y crítica.

Los períodos de la historia de los pueblos que se distinguen por sus revoluciones, son, á nuestro juicio, más dignos de la atencion de los historiógrafos y de los críticos, que los en que las glorias y las victorias se suceden con rapidez. En esos períodos revolucionarios, es donde hallará siempre el hombre provechosa enseñanza; en esos períodos, en esas conmociones, en esas grandes crisis de los pueblos en que las ideas se combaten entre sí, en que las instituciones se derrumban ó se elevan, y en que el carácter general se reforma ó cambia, es donde se han de parar las mientes con espíritu examinador y analítico, con deseo de enseñanza y descubrimiento de la verdad.

El arte literario español en el siglo pasado, repetimos, entraña gran importancia; y esto es así, porque sus vicisitudes y sus alteraciones, nos suministran abundante materia para es-

tudiar las causas que las motivaron, y nos descubren los peligros y escollos para oponer en lo venidero el conveniente correctivo y la necesaria enmienda, con la discrecion y acierto tomados de la experiencia y de los ejemplos pasados. En esa época de agitacion y de crisis latente; en esa época que no es más que la preparacion á la en que vivimos; que no es otra cosa que el introito de las modernas ideas y la voz de alerta del mundo antiguo al mundo moderno; en ese período de lucha titánica, es donde la literatura se muestra más necesitada de investigación y de estudio, de análisis y exámen, creciendo, por tanto, en trascendencia é importancia.

Examinémosla, con madurez y detencion en todos sus géneros; analicemos las causas que motivaron sus decadencias y enfermedades, y con ánimo severo y justo, en cuanto nuestra flaqueza lo consienta, ciñamos el laurel al bueno, y censuremos de los culpables sus desaciertos y extravismos.

DR. FRÉDÉRIC RISTOIRE.

Bruselas, Diciembre 76.—Madrid, Enero 77.



EN UN BAILE



Como esa flor de nítida blancura
En medio de tu negra cabellera,
Tu imágen delicada, encantadora,
Se destaca en el fondo de mis penas.

Contémplate, al pasar, en ese espejo,
Si es que mi brazo por ventura aceptas:
¿No ves la flor espléndida agitarse
Mientras las ondas de ébano la besan?

Pues aún le falta nieve á ese capullo
Para igualar tu mágica belleza,
Y sombra á tu cabello, mucha sombra,
Para igualarse, ingrata, con mis penas.

ALFREDO FLOREZ Y GONZALEZ.



LA CIENCIA ESPAÑOLA

BAJO LA INQUISICION.



Bepetidas veces nos ha hablado en estas páginas nuestro compañero D. M. de la Revilla, de la especie de sociedad de socorros mutuos establecida por nuestros neos y ultramontanos para sacar á flote obras dramáticas de poquísimo valer y que concluyen á las tres ó cuatro noches de representacion por irse á pique y desaparecer de las tablas. Hasta ahora sólo habíamos visto funcionar la sociedad con las obras escénicas; pero de hoy más tenemos que señalar que su ramificacion es muy vasta y que se extiende á los campos todos de la cultura.

Hace algun tiempo que el Sr. Menendez Pelayo, se entretenia desde su provincia dirigiendo cartas al Sr. Laverde, en las que deliberadamente buscaba ocasion de entrar en controversia con personas, unas muy conocidas, otras ménos, en el mundo de las letras, atacándolas de una manera algo más que inconveniente en quien buscaba ser sacado á pila por cualquiera de ellas: fueron estas personas, sino recuerdo mal, los Sres. Salmeron, Revilla, Azcárate, Montoro, Giner y el que estas cuartillas está escribiendo. Ninguno se dió ni pudo darse por aludido, pues en los ataques del Sr. Menendez no se vislumbraba idea alguna á no ser el deseo de entrar en polémica. Sólo nuestro amigo Revilla (que tiene para mí la gran desgracia de no ser la mitad de travieso de lo que se le cree, por lo inexorable de su severidad en la crítica de libros y teatros), cayó como vulgarmente se dice, en el garlito. Con-

testó en serio al ataque en el núm. 17 de esta REVISTA, con motivo del tema de si habia ó no filosofía española, dejando la cuestion resuelta de un modo que no podia dar lugar á dudas. Abierto el cielo para el Sr. Menendez volvió de nuevo al ataque tergiversando los puntos que el Sr. Revilla señaló, y deseoso de seguir á toda costa polémica con persona tan distinguida y respetada. Pero al fin y aunque tarde advirtió el Sr. Revilla la treta, y nada más que en dos líneas cortó la discusion á que tan inocentemente le habia llevado el señor Menendez.

Puesta la cuestion en ese estado, todo el mundo comprendió en vista del artículo del Sr. Revilla y de la réplica del Sr. Menendez, la justicia con que nuestro compañero procedió. Pero pasan los meses y el Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, en dos artículos laudatorios al Sr. Menendez publicados en la *España* el 17 y 24 de Marzo del corriente, hace suyas las afirmaciones del Sr. Menendez (1) y vuelve á la carga contra todos nosotros, cacareando por supuesto victoria en toda la línea.

Muñidor el Sr. Pidal de triunfos que no ha alcanzado su escuela, no podemos contener nuestra pluma ante el espectáculo que nos da, y á fuer de pecar de pesados repitiendo lo que todo el mundo sabe, queremos dejar demostrado y de un modo concluyente y decisivo:

- 1.º Que no existe una escuela filosófica que propiamente pueda llamarse española.
- 2.º Que la inquisicion paralizó todo el movimiento científico de nuestro pueblo.

I.

La filosofía tiene siempre en su historia problemas que presenta al espíritu humano y que determinan las diferentes épocas filosóficas; así, por ejemplo, en la antigüedad hallamos á los filósofos jónicos y pitagóricos ocupados con la materia del

(1) Los dos artículos del Sr. Pidal difieren notablemente uno de otro. En el curso de estos apuntes tendrá ocasion el lector de notar las notables contradicciones que en ellos existen.

mundo y su orden, á los eleatas y Heráclito con su proceso; á Empédocles, Anaxágoras y los atomistas con su explicacion; á los sofistas con la imposibilidad del conocimiento y con su demostracion á Sócrates, Platon y Aristóteles, etc., etc.

Toda época filosófica tiene, pues, su problema. La era moderna, por lo tanto, tiene el propio y adecuado á las necesidades de la vida de sus tiempos. La filosofía habia llegado al punto en que rompiendo con toda autoridad necesitaba ponerse en contacto inmediato con las cosas mismas sin intervencion de ninguna clase. Nada rebaja más el espíritu humano, decia nuestro Vives—«que la costumbre de pensar por otro y de conceder á la autoridad lo que sólo á la razon corresponde.» Así, el problema que plantea la filosofía moderna es el conocimiento de las cosas sólo mediante nuestras propias facultades.

Quiere la filosofía obtener de este modo un conocimiento de las cosas tales como son, y no como nos dicen que son. Ni un momento se pára á meditar en si es posible al hombre conocer las cosas tales como son, es decir, *en sí*, sino que al punto da por supuesta esta posibilidad. No tiene ninguna otra suposicion; pero la hecha es suficiente para decir que al dar su primer paso, es la filosofía moderna *dogmática*. Este es, pues, su primer rasgo.

Al establecer la filosofía esta suposicion, establece tambien el doble carácter con que nace, mejor dicho, las dos direcciones con que se desarrolla, siempre tratando de alcanzar su objeto: el conocimiento verdadero de las cosas.

Este conocimiento verdadero é infalible tiene que ser *uno*; por consiguiente, no puede haber tampoco más que *una* facultad que nos permita hacer esa clase de conocimientos. Pero en el espíritu humano hay dos facultades: sensibilidad y razon; es, pues, de toda ley que si una sirve, la otra no sirva. De aquí las dos direcciones opuestas.

¿Qué cosa conocemos de un modo cierto que no dé pié á dudas, ni permita la entrada á la ilusion y al engaño? Las que nos da la experiencia: el único conocimiento verdadero, es, pues, la experiencia.

¿Qué facultad puede conocer las cosas tales como son é inde-

pendientes de nuestros instrumentos sensibles de percepción? El pensamiento.

Hé ahí las bases lógicas de las dos direcciones: empírica la primera é ideal ó metafísica la segunda; ambas dogmáticas y una á la otra necesaria de todo punto. Por eso nacen al mismo tiempo casi y con tanta fuerza y vigor una como otra; la empírica con Bacon de Verulam en Inglaterra, y la racional con René Descartes en Francia.

Este es en pocas palabras el origen lógico de las dos direcciones opuestas que conocemos; ambas nacen con igual propósito, y ninguna con menor derecho ó razón, porque el ser de la una presupone la existencia de la otra. Nacieron en su debido tiempo y con la misma justicia: de ahí la fuerza con que las dos se combaten para concluir á lo último encontrándose en un mismo punto.

Apuntemos brevemente la vida lógica y la real de estas dos direcciones hasta el momento en que llegan á encontrarse en un nuevo problema que ninguna de las dos puede resolver.

Casi no debia ésto ser necesario, y á más de no molestar al lector repitiéndole lo que ya sabe, me evitaria yo este trabajo; pero andan tan flacos de memoria nuestros impugnadores, que bueno es insistir en esta cuestión para demostrarles que es imposible que la historia de la filosofía en ese período sea de otro modo que el que vamos á señalar, porque el proceso que se advierte es perfecto, acabado, y no cabe un punto más.

En los trabajos de la crítica y de la historia están tan designados todos los matices que el pensamiento toma en ese proceso, es éste tan dialéctico, que no cabe ya cualquier otro grado que se quiera añadir. Estamos en un punto en que la historia lógica y la real concuerdan perfectamente. Y si no, á la prueba.

Ya hemos visto la necesidad de la filosofía que sigue la dirección empírica, es decir, la que Bacon inicia. No hay más conocimiento verdadero que la experiencia sensible. Todo conocimiento tiene que ser experimental; por consiguiente, objetos de conocimiento sólo son los de la naturaleza, los *naturales*; mas hay objetos que no son naturales, los sobrenaturales; pero éstos no se dan en nuestra experiencia, luego son in-

cognoscibles. Con el entendimiento puro no se conocen las cosas. Todo conocimiento, pues, tiene que ser experimental, natural; la metafísica, por lo tanto, es una parte de la filosofía natural. Resultado: Todo lo cognoscible es natural, un complemento de la física: su objeto debía ser explicar por medio de las causas finales las cosas que la física había explicado con las eficientes; su utilidad es muy dudosa, pero había que separar los campos de la física y la metafísica. La metafísica no es, pues, ciencia sobrenatural; pero se ocupa con las causas finales que la física rechazó y que, como las monjas, son santas, pero estériles.

Hobbes desarrolla este principio, y dice no ya como Bacon: lo cognoscible es natural, sino que todo es *natural*; moral, política y religion.

Locke dice como Bacon: el conocimiento es la experiencia; pero experiencia es percepción, y ésta tiene dos modos de ser, externa é interna, ó sea sensación y reflexión. La experiencia no es ya en Locke, el conocimiento de las cosas naturales, sino de las perceptibles. Lo sobrenatural no podemos percibirlo, luego no es posible que exista ciencia de lo sobrenatural. Habrá tal vez cosas suprasensibles, pero nunca serán conocidas. Nosotros sólo conocemos cosas sensibles.

Berkeley parte de que nuestro conocimiento no es más que de cosas sensibles. Prosigue el razonamiento, y ve que las cosas sensibles no son más que impresiones que tienen lugar dentro de nosotros, que por tanto, no tenemos más que imágenes de esas cosas, ó siguiendo la terminología de la época, *ideas*; por consiguiente, las cosas sensibles son ideas en nosotros. Nada hay en las cosas que no sea sensible, y si abstraemos esto, nada de ellas nos queda; por lo tanto, ¿qué cosas existen? sólo ideas. El mundo todo se compone de ideas y espíritus.

El proceso es claro. Bacon: no hay conocimiento sobrenatural. Locke: no hay conocimiento suprasensible. Berkeley: no hay más conocimientos que el de nuestras impresiones sensibles. Viene ahora Hume, y asintiendo con los anteriores, añade: nuestros conocimientos son representaciones, es decir, copia de impresiones. Los objetos están fuera de nosotros, y no

tenemos con ellos más contacto que el de las representaciones que nos formamos; de modo, que nuestro conocimiento no es más que un enlace de representaciones, unidas entre sí por la causalidad. Este principio no es exterior, porque la representación, es decir, el conocimiento, es cosa interior. Consecuencia: no hay conocimientos objetivos, éstos son subjetivos y están fundados en la causalidad que simplemente es una *creencia*, producto de un *sentimiento*, éste de un *hábito*, que por su lado no es más que una experiencia repetida. Hé aquí el escepticismo.

En pocas palabras, este es el proceso lógico de la escuela de Bacon. ¿Quién será tan insensato que pretenda introducir en su evolución un nuevo aspecto, una nueva forma? Imposible. Además, ahí está la historia *real* que tampoco lo permite.

No es ménos dialéctico el desarrollo del pensamiento en la dirección idealista. En contraposición á los empíricos, ya hemos visto cómo reconocen cual fuente única para el conocimiento verdadero, al pensamiento puro. El hombre, por raciocinio puro se pone en contacto con la esencia íntima de las cosas: pero el hombre no se compone sólo de espíritu; no es todo él puro pensar, porque al propio tiempo le vemos constituido de una naturaleza física, distinta de la espiritual. No es posible, por lo tanto, que el pensar sea propiedad exclusiva ni universal de todas las cosas, pues los cuerpos no piensan, y su ley fundamental es la extensión; la extensión es la antítesis del pensamiento. Mas la realidad se compone de espíritus y cuerpos: es ley de los primeros el pensar, y de los segundos, la extensión. Luego existe en el mundo un dualismo insoluble; espíritu y cuerpo, regidos cada uno por principios opuestos. Hé aquí, en breves palabras, el resultado del sistema cartesiano. Veamos ahora su proceso lógico y su desarrollo histórico.

Espíritus y cuerpos son conceptos de naturaleza antitética, y si de algún modo los vemos reunidos en un sér, su unión natural no puede tener una explicación natural, ni tampoco causas naturales que puedan darla, sino sobrenaturales, es decir, la causalidad divina. La unión de espíritu y cuerpo es evidente en el hombre y en el conocimiento; es un hecho que todos palpamos. ¿Cómo explicarlo? Ni el espíritu por sí, ni los cuerpos,

ni ambos juntos, pueden hacerlo. Sólo por Dios puede alcanzarse la explicación. La impresión sensible no es la causa eficiente de la idea, sino la causa ocasional; ni el pensamiento y voluntad las eficientes del movimiento corpóreo. La única causa *efficientis* es Dios. Este es el ocasionalismo de Geulincx. El conocimiento de las cosas, pues, sólo por Dios lo tenemos; la idea de la extensión, sólo en Dios es posible; por consiguiente, el conocimiento de los cuerpos, lo alcanzamos sólo por intervención divina. Este es el de Malebranche.

La unión, empero, de espíritu y cuerpo, es efectiva, real, natural, y es menester, por consiguiente, que sea también explicable. Espíritu y cuerpo son de naturaleza opuesta; pero están unidos en un ser, y ellos no son seres, sino propiedades, atributos de un ser primero fundamental, que es sustancia universal de todas las cosas; espíritu y cuerpo no son sustancias, sino modos de una sustancia divina, causa de sí propia y de todas las cosas é idéntica al ser íntimo y esencial de la naturaleza: *Deus sive natura*. Las cosas todas son, al propio tiempo, como manifestaciones de Dios, modos del pensar y de la extensión, espíritus y cuerpos. El dualismo viene á resolverse en la unidad de la sustancia. Esta solución es la del sistema de Spinoza.

De la universalidad de la sustancia, se desprende que los seres todos dependen de ella, que todos son *modi* y que no existen seres individuales; ni los espíritus, ni el humano. Esto es imposible y prueba la necesidad de un concepto de sustancia que, conformando con la sustantividad del espíritu humano, lejos de destruir la individualidad de los seres particulares, la funde y demuestre. De aquí nace la monadología de Leibnitz. En el mundo, en vez de una sustancia única, existe una serie gradual de mónadas, principios propios y activos que se encadenan y combinan, dando forma á la existencia de cosas y seres y que explican el universo todo.

Las fases todas, desde Descartes á Leibnitz, son necesarias, y la evolución es perfecta y acabada. Poco tendríamos que añadir para con Wolf poner la filosofía en el punto de que no podía pasar. El concepto que todo lo explicaba es el de la causalidad.

Mas la causalidad es un hábito, y con Hume vienen abajo las armazones todas fundadas en aquel concepto. Se combate y refuta á Hume, pero el escepticismo zapó los cimientos de la filosofía dogmática, y su desmoronamiento fué general.

Las escuelas sucesivas de Bacon, Hobbes y Locke en Inglaterra; la sensualista trasplantada á Francia por Voltaire; la materialista que de ella se desarrolla, de La Mettrie y Holbach; los que siguen á Descartes, Malebranche, Spinoza y Leibnitz; los wolfianos, todos mortalmente heridos por los golpes del escepticismo van á sucumbir á manos del criticismo de Kant.

Hasta entónces fué la filosofía moderna dogmática. Y esta no es otra cosa que la preparacion gradual de la filosofía crítica. Por eso, el mismo Kant pasa por las evoluciones todas de la filosofía dogmática. Tanto, que en términos hegelianos, puede decirse, que Kant fué la involucion de la evolucion de la filosofía.

Si el espacio nos lo permitiera señalaríamos ahora cómo la filosofía dogmática cumplió su mision y llenó los grados de toda existencia: cómo nace, crece y decrece, y cómo de su seno salieron otras. Hablaríamos tambien del singular curso topográfico que describe de Inglaterra, pasando por Francia á Alemania, y de Francia por Holanda á Alemania, porque en sus dos direcciones va siempre mediatamente seguida de místicos y escépticos; y la razon por la cual á los Descartes y Spinoza siguen Malebranche, Pascal y Bayle; á Bacon y Locke, Berkeley y Hume; á Leibnitz y Wolf, Hamann y Jacobi, y á Condillac y Holbach, J. J. Rousseau, y por último; el encadenamiento y trabazon que existen entre la filosofía dogmática y la crítica.

Pero para nuestro objeto basta señalar el punto capital de la filosofía crítica, puesta en contraposicion á la dogmática. Quería ésta dar la explicacion de las cosas: aquella, la explicacion del conocimiento. La dogmática piensa en las cosas, pero no en el conocimiento; la crítica en el conocimiento sin preocuparse de las cosas (1). Es que la dogmática tiene por cosa

(1) Error harto vulgar es confundir criticismo con escepticismo. La diferencia es tan capital, que el escéptico dice: el conocimiento es im-

hecha la posibilidad del conocimiento, mientras que la crítica estudia las condiciones del conocimiento: por eso en la anterior nace la filosofía siendo ya metafísica ó experiencia, cuando estas dos cosas son propiamente los objetos más inmediatos de la crítica.

Kant no es por eso un simple creador de un sistema, sino el creador de una escuela, de un período histórico. Individualmente comparado con todos los que le antecedieron desde Bacon y Descartes es superior á todos ellos, porque en él se funden las dos direcciones en que venia dividida la filosofía: él abarca todo su conjunto, todo el desarrollo que en las dos direcciones habia tenido é inicia un nuevo período, período el más grande, el más brillante que se conoce en la historia del pensamiento humano, y en el cual basta citar nombres como los de Hegel y Schopenhauer para desistir de buscarlos semejantes en ninguna otra época de la humanidad. Ni en Grecia ni en Oriente hallaremos nada igual á las portentosas revoluciones del pensamiento que desde Kant se manifiestan en la historia de la filosofía, en que el espíritu del hombre parece por su extraordinaria fecundidad que sale de madre. De Kant, como de la filosofía misma, arrancan multitud de direcciones: la idealista de Fichte, Schelling y Hegel; la pesimista de Schopenhauer y Hartmann; la realista de Herbart; la experimental de Grote y Beneke, y todas las que hoy llamamos neo-kantianas (que proceden en vista del desarrollo total de las direcciones que arrancan de Kant), positivistas, naturalistas, etc., etc.

En la historia de la filosofía no se ven todos los dias hombres como Kant, pues sólo los que inician un período pueden producir creaciones tan aparentemente opuestas, pero que se explican y resuelven con facilidad retrocediendo á la fuente madre de sus diferentes cursos.

posible; mientras que la mision del crítico no es otra que demostrar la posibilidad del conocimiento.

II.

Después de apuntado el movimiento que traza la filosofía desde Bacon y Descartes, en que es imposible introduzcan los que hablan de filosofía española algo que á esta pertenezca, vamos por nuestra parte á hacer algunas consideraciones sobre la verdadera importancia y significacion que tiene nuestra patria filosofía.

La filosofía, las matemáticas, la astronomía, las ciencias todas, en una palabra, tienen una vida análoga en nuestra historia. Comienzan en época más ó menos remota, los árabes las impulsan extraordinariamente, se introducen por ellos en la cultura castellana que las mantiene á gran elevacion, siendo España en las más de ellas la que marcha á la cabeza de los demás pueblos, hasta que las persecuciones de la Inquisicion van ahogando toda la iniciativa, toda la espontaneidad de nuestro carácter, requisitos indispensables para el progreso y adelanto de las ciencias.

A consecuencia del movimiento religioso que al terminar la Edad Media estalló en Europa, la Inquisicion, efecto de una medida defensiva que históricamente tiene su justificacion, aunque nada envidiable, comenzó á extirpar todo lo que en los territorios en que dominaba pudiera oponerse á su propósito. Atacando primeramente á lo que sólo con el dogma contendiera, terminó por último ensañándose en sus persecuciones con toda clase de hechos que en algo manifestaran actividad é independencia, encontrando en todo pensador ú hombre científico, un hereje contaminado con los sacrilegios que por el mundo se estaban propagando.

Hasta que la Inquisicion alcanzó todo su poderío, vemos en España constantemente talentos de primer orden, marchando á la cabeza de la civilizacion, no habiendo ciencia europea en que al lado de los nombres extranjeros más ilustres no se puedan colocar los nuestros, y en los más de los casos con extraordinaria superioridad por nuestra parte. Pero desde el acontecimiento que señalamos, según su poder aumenta, disminuyen nuestros nombres, efecto de la cruda guerra que á su nombre se hacia contra todo lo que era ciencia, investi-

gacion, libertad del pensamiento humano. No hay más que recorrer las páginas del sangriento libro del martirologio español para advertir cómo al primer paso de un talento extraordinario, á la primera creacion de un espíritu reflexivo, acudía presurosa la Inquisicion á extinguir con el fuego de sus hogueras toda su obra, y con los tormentos á descubrir los vestigios que todavía pudieran quedar; ¡cuántos y cuántos hombres ilustres, dignos sucesores de sus antepasados, tuvieron que sucumbir hasta que el Santo Oficio no tuvo que entretenerse más que con brujos y endemoniados! Larga sería la lista de hombres de mérito científico que perecieron en las hogueras de la Inquisicion; muchos de indisputable notoriedad, y no pocos que á haber vivido en otras condiciones hubieran mantenido á la altura debida nuestras tradiciones científicas. Al fin todo calló, y el silencio de las tumbas reinó en nuestro movimiento científico é intelectual.

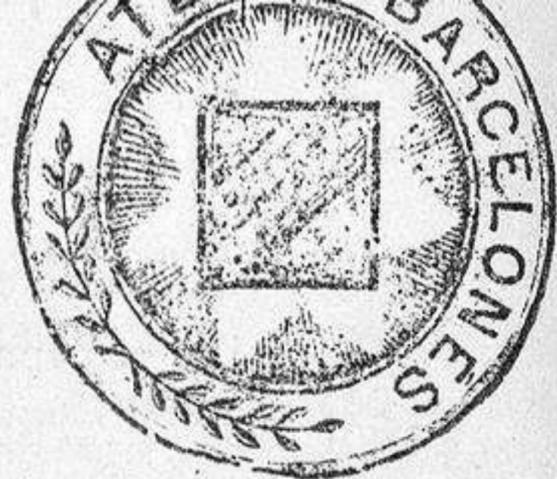
Estos hechos que todos conocemos y sabemos, en nuestros propios dias sin embargo tratan de negarlos los Sres. Pidal, Laverde y Menendez. Al intento de estos señores, ninguna réplica más elocuente que la historia de las ciencias más importantes en los dos períodos que queremos señalar: ántes de la Inquisicion y durante el dominio de ésta en España.

Los modernos defensores de la Inquisicion limitaban su defensa á la filosofía sin comprender que de las ciencias es la que más libertad é independendencia há menester y que no podía hallarse durante ese período en un estado floreciente cuando las restantes, que no están tan íntimamente ligadas con aquellas condiciones, sufren sin embargo el efecto de la causa comun.

Ya se ve; la causa que produjo nuestra decadencia no es una causa parcial; su índole y naturaleza hacen que sus efectos alcancen á las manifestaciones todas del espíritu: así, ciencias, artes, literatura, armas y política, siguen todas una misma y fatal carrera, con mayor ó menor celeridad.

«No existe una creacion filosófica española que haya formado una verdadera escuela original de influencia en el pensamiento europeo, comparable con las producidas en otros países (1).»

(1) Revilla, REVISTA CONTEMPORÁNEA, núm. 17.



III.

¿Es por lo tanto sostenible que hayamos tenido filosofía española en ese período? Hace un momento que hemos trazado todo el desarrollo de la filosofía desde Bacon y Descartes hasta Kant, tiempo próximamente el mismo del dominio de la Inquisición, y no creemos haya en el entendimiento humano coyuntura de poner algo nuevo dentro de su evolución. Pero ¿y antes de ese período?

Ya lo hemos dicho: en todas las ciencias está España antes de la Inquisición á la altura de las demás naciones, cuando no á la cabeza. El caso vale también para la filosofía. Mas digamos algo sobre su existencia en España.

Como carecemos por completo de tradición filosófica, pues no hay entre nuestros filósofos proceso alguno del pensamiento y son en su mayor parte comentadores y divulgadores de escuelas, no se puede desde uno cualquiera, ascendiendo ó descendiendo históricamente, apuntar los pasos todos de la filosofía española, y es de todo punto necesario tomar como regla clasificadora el período más importante, aunque sea heterogéneo, pero que sirve para señalar bien las separaciones unas de otras. Ese período ó punto de separación creemos hallarlo con los árabes, y dividimos así la historia de la filosofía en España:

1.º Grupo en que comprendemos cristianos y paganos. San Isidoro, Séneca, Columela.

2.º Arabes y hebreos.

3.º Escolásticos y neoplatónicos.

El Sr. Revilla había sostenido con no poca razón que carecíamos de una filosofía propia que á tenor de la alemana y francesa, fuera por su solo adjetivo de *española* conocida en el mundo entero. Con no poca extrañeza vimos entonces al señor Menendez replicarle en tono tan ágrío como autoritario, que á la verdad no sé cuantas revelaciones me esperaba al empezar á leer las primeras líneas de su carta al Sr. Laverde. Casi llegamos á creer que poseía dicho señor manuscritos ó documentos de todos ignorados. Ojalá que así hubiera sido, y segu-

ramente que no nos hubieran ganado en batir palmas esos que se llaman *desenterradores* de la filosofía española.

Aun dado ese caso feliz, no hubiéramos, sin embargo, cometido la imprudencia de decir: tenemos una filosofía; hubiéramos dicho, y no era poco: *tendremos* una filosofía. Porque quiero suponer que mañana ú otro día, un afortunado mortal tenga la suerte de hallar en una aldea un legajo de manuscritos que contiene toda una serie de sistemas filosóficos, distintos de los que conocemos en la historia de la filosofía. Como la filosofía, hasta la época en que nos encontramos, ha tenido una marcha sistemática, invariable, que es como debe ser y es imposible sea de otro modo, sencillamente porque es un hecho, una cosa que ha sido, nada que se encuentre distinto á lo que ya existió puede perturbar su antiguo modo de ser. Por consecuencia, eso descubierto y diferente, es lo mismo que si nunca hubiera existido. Si en un rincón de la Montaña, por ejemplo, vivió, no digo cuarenta años ántes que Kant, ciento, quinientos, mil, un pensador que planteó el problema crítico del conocimiento, y tan bien ó mejor que aquél, para la historia de la filosofía lo mismo da que nunca hubiera nacido, de igual suerte que no han vivido, aunque hayan nacido, los Newton y Copérnico del siglo xv, los Morse y Watt del xvii.

En la filosofía, además, hay que tener en cuenta que su historia no es meramente *real*, efectiva, y que no se cumple porque á ciegas y á locas se inventen y presenten sistemas y opiniones. La filosofía en su historia, es el mismo pensamiento humano que se desenvuelve de un modo *lógico* y necesario, y no da en su seno cabida al arbitrio ni al capricho. Su única ley es la dialéctica.

Todo esto, que son consideraciones bien elementales, nos hubiera obligado á decir ante el nuevo descubrimiento, *tendremos* una filosofía, lo que no era poco decir; porque suponía nada ménos que nosotros, en virtud de la influencia que recibiríamos de ese nuevo sistema, modificaríamos nuestro pensamiento histórico y le haríamos entrar dentro de las ideas reinantes, lo cual es mucho más de lo que á primera vista parece.

Pero ¡oh sorpresa! se nos viene el Sr. Menendez con Vives

Lulio, Suarez, Gomez Pereira, Foxo Morcillo, etc., etc.

¿Pero qué creen los Sres. Pidal, Laverde y Menendez? ¡Citar á derecha é izquierda, en horrible confusion, nombres que todos conocemos! No son nombres los que pedia el señor Revilla, sino sistemas filosóficos.

No basta decir *lulismo*, *vivismo*, *suarismo*, etc., etc., para demostrar que existen sistemas que deben llevar esos nombres.

Mas dejemos estas consideraciones sobre las que volveremos despues y sigamos señalando la vida de la filosofía en España.

Ya hemos dicho que en nuestro sentir el período más importante es el arábigo-hebreo. Los nombres de Maimonides, Averroes, Avicena, Hai-Ebne-Jocdon, Al-Gozel y Abu-Becre, están en la memoria de los que cultivan la materia de la filosofía, y su importancia es tan grande y significativa que basta decir que por su intervencion resucita en Europa el pensamiento filosófico, aunque no en todo el sentido de la palabra. De todos ellos, el que en nuestro concepto parece el más original es Abu-Becre, á pesar de las preferencias que Averroes suele tener, porque en su célebre novela filosófica plantea algo completamente nuevo, mientras que la obra de Averroes es casi toda ella obra de erudicion; no negaremos empero que históricamente considerada es mucho mayor la importancia de este último.

Como no es el período arábigo-hebreo el que ha producido la cuestion que se sustenta, le pasamos por alto, aunque no queremos desaprovechar la ocasion de recomendar á los que puedan hacerlo el estudio de ese período como lo han hecho los alemanes Kayserling, Graetz y Hefferisch, á fin de que nos señalen cuestiones de gran transcendencia para la historia de nuestra cultura, algunas, como el verdadero origen de nuestra mística.

En el tercer grupo figuran pensadores de muy distinta índole. Excusamos decir que de ningun modo estamos conformes con las erróneas clasificaciones hechas por los Sres. Laverde y Menendez, en que sin razon ni criterio mezclan en horrible confusion partidarios de sistemas contrarios y reúnen agrupaciones alrededor de un nombre, al que añaden un

cómo creyendo inocentemente haber con eso establecido la existencia de sistemas filosóficos. En todos los que ponemos en este grupo no existe *uno* creador de una escuela filosófica, es decir, que haya causado una modificación en el modo de ser general del pensamiento. Porque, que Raimundo Lulio discurre sobre la combinación infinita de nombres de que tanto se habla, no es decir que fundara un sistema filosófico, pues no hay en él nada que fundamentalmente se separe del *realismo* de la época, y es más que pueril compararlo como han hecho algunos con Santo Tomás de Aquino; lo cual no es negar su mérito ni echar en olvido que tuvo discípulos, y entre ellos algunos muy distinguidos.

Señalan despues como fundadores de sistemas los Sres. Laverde y Menendez, á Huarte, Suarez, Gomez Pereira, Francisco Sanchez y Foxo Morcillo (de Vives hablaremos en seguida). Estamos aquí en el mismo caso de ántes, y creemos que cuando en polémica se sostiene lo que nadie cree, es preciso dar una demostracion, y por si más tarde quieren dárnosla, no simplemente poniendo las coletillas al apellido, sino exponiendo las bases de ese sistema, su diferencia de los otros y su necesidad en la historia de la filosofía.

Insistimos, pues, en que no fundaron ninguna escuela filosófica, ni Foxo Morcillo con su armonía, entre Aristóteles y Platon, cuestion nada nueva como creen dichos señores, y que por el contrario, fué tema muy general, en el que sobre todos se distinguió Bessarion, sin que con él pueda compararse nuestro filósofo; ni Francisco Sanchez con su escepticismo, general efecto de la destruccion de la escolástica; ni doña Oliva con el sensualismo que no es tal, ni Gomez Pereira con el *co-gito*, que ni es base del sistema cartesiano, ni pretendió su fundador haber sido él quien primero hizo el argumento. (San Agustin y otros padres de la Iglesia lo habian dicho muchos siglos ántes.)

Por cima de todos estos están dos que no comprendo no hayan citado dichos señores: Raymundo Sabonde y Baltasar Gracian, el primero sobre todo, que aunque no es fundador de un sistema, sin embargo, es entre nuestros filósofos de los que más remontan el pensamiento, de los más decididos y atrevidos.

Su filiación filosófica está en Santo Tomás y San Agustín (1)

Ni por los nombrados, ni por siete ú ocho más, puede fundarse la opinión de que tenemos una filosofía. Ya hemos dicho lo que para el caso es necesario. Si aplicamos el criterio amplísimo de establecer escuelas donde hay filósofos de mayor ó menor mérito, no sabemos por qué cuando se dice *filosofía alemana* se entiende solo de Leibnitz á nuestros días y no el período en que vivieron los nuestros arriba mencionados, y en que los suyos valen tanto ó más: recuérdese entre muchos á Eckhart, Jacob Boehme, Nicolás von Eues, Reuchlin, Agricola, Sturm, Scherb, Nicolás von Cusa, Schegk, Martin, Conring, Olden, Porp, Biel y otros muchos, que como los nuestros siguieron las diferentes direcciones de la época, exceptuando los dos primeros, superiores sin duda alguna á todos, los nuestros comprendidos. ¿E Italia? Esta con doble razón. ¿Iguala ninguno de los nuestros á Breno, Campanella, Telesio ó Mirandola? Además existen allí los Vanini, Ficinius, Gemistus, Pletho y Patricius.

En lo que parecen tener más empeño los Sres. Laverde y Menendez, es en lo que ellos llaman *vivismo*, ó sea el sistema de Juan Vives del Vergel, el cual adoptan con tanto entusiasmo como D. Juan Pablo Forner, que aplaudía y admiraba las obras todas de Vives, sin advertir que las hay con dos tendencias opuestísimas.

Vives es seguramente el más importante, el más agudo de nuestros pensadores, y por su inmenso saber es antorcha de la ciencia y gloria de nuestra patria. Esto se puede ser, sin embargo, sin haber fundado escuela filosófica, como realmente sucede con nuestro ilustre valenciano. Es un filósofo muy notable, pero de ningún modo fué fundador de ninguna filosofía.

Su pensamiento tuvo dos períodos: el primero, escolástico entusiasta; el segundo, influido por la tendencia de la época, contrario al primero, anti-escolástico y neo-platónico.

No creemos que los Sres. Laverde y Menendez estarán en

(1) Su obra conocida es *Theologia naturalis, sive liber creaturarum*. La primera edición es de Deventer en 1487 y no de 1496 como muchos creen. Esta es la de Estrasburgo.

el mismo caso que Forner; pero bueno sería que al llamarse *vivistas* y elogiar sus obras, no lo hicieran—filosóficamente hablando se entiende—lo mismo con unas que con otras. De otro modo, vamos á deducir que son á un tiempo dos cosas contrarias.

Pero la verdadera importancia de Vives está en que, á la manera de sus amigos Charron y Erasmo, es un precursor del libre exámen. Él es de los que más enérgicamente combaten en su época el imperio de la autoridad. En este respecto es un precursor de la nueva era.

Méritos que le sobran tiene Vives para ser orgullo de nuestra patria, y no comprendemos la necesidad de engalanarlo con otros, que á fuerza de exagerados pecan de falsos y hasta de inconvenientes. ¿En qué es Vives *precedente histórico* de Bacon? Sin detenernos á explicar los precedentes de Bacon, que son Occam y Scot, casualmente ingleses los dos, ¿cómo puede deducirse de Vives neo-platónico, Bacon experimentalista? ¿Dónde está, ni es posible que esté, en Bacon la razon universal, llave de la filosofía seguida por Vives?

Los Sres Laverde y Menendez, en su entusiasmo *a priori* por Vives, van todavía más allá. Vives «sustituyó con un sistema completo al *antiguo*,» siendo punto de partida «*de un movimiento tan poderoso como el que arranca de Descartes*,» siendo fruto del *Vivismo*, el «*peripatetismo clásico*, ó aristotelismo puro sin mezcla de averroismo ni escolasticismo;» «el *Ramismo español*, tendencia de oposicion *dura y sistemática* á Aristóteles;» «el *Onto-psicologismo* de Foxo Morcillo,» «defensor de las *ideas innatas*;» «el *Cartesianismo anti-Cartesiano* profesado por el famoso *hereje conquense Juan de Valdés*,» «el *escepticismo* de Sanchez,» «el *empirismo sensualista* de Huarte y doña Oliva» «y *pensadores independientes y ciudadanos libres de la república de las letras*,» y cuya influencia traspasó los límites de la patria, y de la cual «*nacieron la filosofía de Bacon*,» «el *Cartesianismo*» y «*la filosofía escocesa*,» debiendo por lo tanto colocarse su nombre «*más arriba que los de Descartes, Kant y Hegel*, porque se ha bautizado con los pomposos nombres de *Baconismo, Cartesianismo y escuela escocesa*, diversos *girones del manto de Vives*.»

Ante error tan estupendo, ante engendro tan sobrenatural exclama el Sr. Menendez: «¡Qué útil fuera una resurreccion de la doctrina vivista en esta época de anarquía filosófica!»

¿Con que nos decis que estamos rodeados del caos y de la contradiccion, y quereis sustituirlos con un caos y una contradiccion aun mayores?

¿Pues si somos los hijos de ese sistema, á qué resucitarlo? ¿No llevamos adelante la obra del gran maestro? ¿No somos sus nietos legítimos, segun vosotros? ¿A qué entónces vuestras excomuniones?

El Sr. Pidal y Mon, hombre mucho más serio que los señores Laverde y Menendez, consagrado de todo corazon al estudio, como lo prueban obras de verdadero mérito, y cuyo único defecto consiste en prodigar alabanzas á cosas y personas que están muy léjos de merecerlas, es el ultramontano español que más admiro y respeto, porque es al que tengo por más genial y más sincero. El Sr. Pidal posee la soberbia que su sistema infunde; pero en medio de sus arrebatos es siempre espontáneo y leal. Sin hablar de bibliotecas y librajos anda más entre ellos que los que siempre los tienen en los labios, y cuando le hablan de una cosa su lúcida inteligencia sabe apreciar los puntos á que le es dado alcanzar. Así, al leer las tantísimas consecuencias que de Vives sacan sus dos *fáciles* admiradores no puede ménos de decir,—confesando de pasada que no ha leído á Vives y que sólo por los datos ¡valientes datos! de esos señores habla,—que le admira sí, pero que no quiere resucitar su sistema. «Si al árbol, añade, se le conoce por sus frutos, como dice el Evangelio, ¿qué deberemos pensar de un árbol cuya fruta son el *empirismo baconiano*, la *duda cartesiana*, el *psicologismo escocés*, el *aristotelismo no purificado por los escolásticos*, el *anti-aristotelismo*, las *ideas innatas* y hasta el *escepticismo* y el *sensualismo*?»

Razon que le sobra tiene el Sr. Pidal, y esas líneas debian haber hecho que su pluma, retrocediendo, tachara los ditirambos inoportunos con que ensalza á gentes que hablan de filosofía y sin embargo olvidan la lógica á cada paso.

¡Oh Vives, ilustre pensador! ¡Tú, que al soplo del Renacimiento en Paris y Lóndres fuiste de los primeros que chasquea-

ron el látigo vengador de la razon en el rostro de los antecesores del moderno ultramontanismo! ¡Tú, que con Charron y Gassendi minaste los cimientos de la *autoridad!* ¿qué pensarias, si resucitaras, al ver como se erige tu nombre en baluarte de la intolerancia y como se te llama maestro sin igual, al par que engendrador de cosas tan opuestas y contrarias? ¿Qué diria Gassendi, despues de aquellas frases del prólogo de su obra, si viera que aquel Vives, que le inculcó el principio de que *para pensar* es preciso *no temer*, es hoy bandera de los que él tanto temia?

Estamos, como todo el mundo, acostumbrados á leer cosas buenas y cosas malas; pero podemos asegurar que no hemos visto en nuestra vida contradicciones más grandes en letras de molde.

Ahora vamos á otra cuestion, y dejemos á un lado la contradiccion tan grande en que hemos cogido á los Sres. Laverde y Menendez, y de la cual se sale con sumo tacto el señor Pidal, aún sin haber leído las obras de Vives, y guiándose sólo por sus amigos. Pecado sería en el talento del Sr. Pidal, aún sin leerlas, caer en semejante error: pero ¿qué decir cuando á tanta contradiccion se une el echar en cara á los demás que no las han leído, cual hacen sus amigos?

Invitamos á nuestros adversarios á que sin subterfugios de ningun género, nos prueben, texto á mano, con citas del mismo Vives, que fué á un tiempo peripatético y ramista, escéptico y partidario de las ideas innatas, cartesiano y sensualista.

*
* *

El Sr. Pidal, ya lo hemos dicho, se sale con gran tino de esta cuestion; y tanto más hábilmente, cuanto que en su primer artículo estaba tambien cogido de lleno en los errores de sus dos amigos. Sea su claro entendimiento, sea la causa que se quiera, abandona la bandera de la filosofía española, tal como ellos la sustentan. El Sr. Revilla dijo que no existia filosofía española; y que sólo habiamos tenido escolásticos y místicos. Al leer ésto, rompió el Sr. Menendez en declamaciones á cual más estentóreas, y apoyado en el Sr. Laverde, salió á la palestra con los nombres que ya hemos dicho. El señor Pidal, dominado por el entusiasmo, exclamó:

«Vedlos ahí; ahora pasan, con su genio profundo y filosófico verdaderamente español, con su erudicion, con sus verdades. ¿No os asombráis, racionalistas? Lo comprendo; pero prosternaos ahora y adorad, porque pasan también con sus errores.

»Con sus errores, si, con esos errores que el buen sentido nacional dejó morir sobre el para ellos estéril suelo de la patria, y que vosotros adoráis, hoy que os los presentan con papel dorado y con etiqueta francesa ó alemana, como las novísimas revelaciones de lo absoluto.

»Ahí los teneis, la duda de Cartesio, el escepticismo de Hume, el sensualismo de Locke, el empirismo de Bacon, el panteísmo de Espinosa, Pereira, Sanchez, Huarte, Servet, os los presentan; inscribid sus nombres en las lápidas del templo que el día que se realice el *ideal de la humanidad* en el archipiélago de la Oceania, elevareis á la *lenteja*.»

¿Como compaginar ésto con lo que á continuacion extractamos de su segundo artículo, en que no sólo contradice todo lo anterior, sino que toma nuestra causa y dice las mismísimas palabras del Sr. Revilla?

«¿Hay *filosofía española*? ¿Fué esta la mayor manifestacion de nuestro génio? En la ruina de toda verdadera filosofía á que asistimos, ¿debemos volver los ojos, para reparar tanto daño, á la filosofía española?

«Hé aquí, con la mayor claridad que es dado á nuestra tosca pluma, planteados los tres problemas más fundamentales relativos á la *existencia*, *importancia* y *valía* de la *ciencia española* en su parte filosófica ó especulativa.

«Procedamos con método y procuremos fijar bien los términos de cada cuestion. ¿Hay filosofía española? Si por filosofía entendemos aquel conocimiento de verdades relativas á Dios, el mundo y el hombre, que con determinadas limitaciones nos da la ciencia filosófica, claro está que no puede haber filosofía española, ni alemana, ni francesa, porque ni la verdad tiene patria, ni los conceptos de Dios, del hombre y del mundo se pueden encerrar en los estrechos límites de una nacionalidad cualquiera.

«Si en vez de considerar la filosofía bajo el punto de vista de

su organismo científico, la consideramos bajo el punto de vista de su desarrollo histórico, claro es que allí donde haya habido filósofos habrá habido filosofía.

«Pero la existencia de filósofos en un país, ¿autoriza para bautizar con su nombre á un organismo científico, cuando no se considera el aspecto histórico de la ciencia? Más claro: ¿se puede decir, en lenguaje técnico, *filosofía alemana* y *filosofía española*? Distingo: si los caracteres generales ó dominantes de todos los filósofos de aquel país coinciden en una nota característica, sí; si no, no. El término *filosofía alemana*, en rigor, es malo (siempre bajo el punto de vista filosófico, no histórico) porque comprende bajo una comun denominación filosofías tan distintas y aún opuestas, como las de *Leibnitz* y *Hegel*; y sólo se le admite en cuanto, bajo este nombre, comprendemos el conjunto de los sistemas que, á partir de Kant y hasta Krause, vienen más ó ménos informados por la nota comun y característica del idealismo panteista.

«En este sentido, propiamente hablando, no se puede decir que hay *filosofía española*; pues la única nota característica de gran importancia que une á casi todos nuestros filósofos y sistemas, es la del catolicismo; pero esta nota, considerada sólo, por decirlo así, negativamente, es muy vaga y no basta para dar carácter á una filosofía.

«Así, pues, podremos decir, contra lo que creen los racionalistas (1), que en España hubo filósofos ilustres y originales, fundadores de sistemas tan célebres como el *senequismo*, el *isidorianismo*, el *averroismo*, el *maimonismo*, y principalmente, el *lulismo* (no admitimos el *suarismo*, como sistema filosófico distinto del *tomismo*), y el *vivismo*; podremos decir que estos últimos sistemas representan las tendencias del genio nacional en dos momentos distintos de su historia; podremos decir que sería incompletísima toda historia de la filosofía que no tuviese en cuenta estos y los anteriores sistemas que florecieron en España, pero no podemos decir que, con nombrar la *filosofía española*, hemos indicado una tendencia importante, ya porque

(1) A la lealtad del Sr. Pidal nos dirigimos, suplicándole nos diga quién ha sostenido semejante cosa.

fuese comun á los filósofos, como cuando al decir *alemana* nos referimos al idealismo panteista, que en su momento más importante, domina; ya porque fuera única, y universalmente reconocida su trascendencia, como cuando decimos *francesa* nos referimos al *cartesianismo*, única y trascendental, aunque con bien infausta trascendencia, filosofía original y propia que poseen los franceses.»

¿A qué entónces debe darse el nombre de filosofía española? Oigamos al Sr. Pidal:

«Si alguna filosofía merece el nombre de filosofía en absoluto, el nombre de *perennis philosophia* que dijo Leibnitz y el nombre de *filosofía española* en particular, no es otra que la grande y sublime filosofía escolástica, tal como la fijó la diestra inmortal del doctor angélico santo Tomás de Aquino.

»La filosofía *escolástica*, esta filosofía á la que Leibnitz llamaba *filosofía española*, no tenía nombre particular, porque no era una idea ni sistema parcial, una invencion particular; era la verdad toda, y completada por la teología que explicaba á su vez, formaba un todo vivo y compacto, un verdadero organismo científico, al que venia estrecho el nombre de filosofía, y al que hubiera sido menoscabar bautizarle con un nombre particular que no fuera el de filosofía del Angel de las Escuelas.

»Y no porque no tuviera nombre indígena como el *vivismo* ó el *lulismo*, ni pudiera llamarse á secas *filosofía*, dado que estaba completada con la *teología*, formando completo y acabado organismo, hemos de negarle el carácter de *filosofía española*, dado que la profesaron nuestros mayores sabios, se enseñó en nuestras más célebres Universidades, y se informó con ella nuestra literatura, nuestro derecho y hasta nuestras artes.»

Ahora sólo nos permitimos dirigir un ruego al Sr. Pidal; que vuelva á leer los artículos del Sr. Revilla y no se admirará poco, cuando vea que por decir mucho ménos le salió al encuentro el Sr. Menendez.

Compárese sino lo que acabamos de leer del Sr. Pidal con lo dicho por el Sr. Revilla en el núm. 17 de esta REVISTA:

«Vamos por partes. Cuando hemos dicho que la filosofía es-

pañola es un mito, no hemos querido decir que no hay filósofos españoles, sino que no existe una creación filosófica española que haya formado una verdadera escuela original, de influencia en el pensamiento europeo, comparable con las producidas en otros países. Repetimos aquí nuestro anterior argumento: una cosa es que haya filósofos y otra que haya filosofía; como una cosa es que haya pintores ó músicos y otra que haya pintura ó música, en el sentido de filosofía, pintura y música que constituyan escuela y tradición en un determinado país. ¿Ha oído hablar alguna vez el Sr. Menendez de la filosofía polaca, de la música danesa ó de la pintura rusa, como oirá hablar de filosofía alemana, música italiana y pintura española? Ciertamente que no. ¿Y quiere esto decir, ni puede creerlo el Sr. Menendez, que no haya habido polacos que filosofen, daneses que toquen y canten y compongan piezas de música, y rusos que pinten? Luego no basta que haya filósofos, músicos ó pintores en un país para que pueda decirse que hay en él una filosofía, una música y una pintura nacionales.

«En cuanto á que hayamos incurrido en contradicción al negar la existencia de la filosofía española y al encomiar, por otra parte, los méritos de nuestros escolásticos y místicos, es muy fácil la contestación. Poseer buenos expositores de una filosofía extraña, no basta para que haya una filosofía nacional. Por eso el insigne nombre de Suarez no contradice nuestro aserto. En cuanto al misticismo, no es posible identificarlo con la filosofía. Sin duda que puede haber una filosofía mística, pero lo que propiamente se llama misticismo, es cosa muy distinta de la ciencia, y por ende de la filosofía. Nadie ha sostenido nunca que Santa Teresa sea una filósofa, como lo era Hipatia, ni que lo sean Fray Luis de Leon ó San Juan de la Cruz. Luego no hay contradicción en decir que no hay filosofía en España y encomiar el misticismo, que para el Sr. Menendez es más que la filosofía, con lo cual él propio declara que no es filosofía.»

¿Qué le parece al Sr. Pidal? Díganos ahora si tenemos ó no derecho para contarle entre los nuestros en esta ocasión, y si el silencio ulterior del Sr. Revilla puede seguir atribuyéndolo á derrota en la contienda.

Basta ya de apuntes y recortes, y démonos la enhorabuena de que el adversario de verdadera importancia, el único de los tres, que por su saber é inteligencia es digno de ser temido, venga á concluir con nosotros corroborando los puntos todos que tanto le habian escandalizado.

Es cierto que el autor del segundo artículo no parece el del primero, pero á nosotros esto nada nos importa. Por el último nos regimos. No queremos decir con esto que lo contrario nos hubiera asustado, nada de ello; pero creemos que ya no cabe la indicacion que cuando conociamos solamente el primer artículo, iba á dirigir al Sr. Pidal, para que sacara de Vives, Gomez Pereira, Sanchez, Huarte, y Servet, á Descartes, Hume, Bacon, Locke, y Espinosa.

Hubiéramos querido tambien haber recordado al Sr. Pidal que no fué el libre exámen, como en ese mismo artículo dice, quien quemó á Servet, sino la escuela que él tanto defiende, la de *la intolerancia religiosa*; y que si Calvino lo quemó, fué con aplauso de la Inquisicion, que otro tanto hubiera hecho á no haber logrado fugarse el insigne pensador español; y por último, le hubiéramos tambien recordado que la acusacion de Ginebra en nada difiere de la de Viena, y que allí le quemaron por los motivos que en este último lugar quisieron hacerlo.

Damos ya por terminada esta cuestion, y vamos á otra muy capital, en que el Sr. Pidal, siguiendo á su escuela, hace causa comun con los Laverde y Menendez, y que es la segunda de que dijimos al empezar este artículo que nos proponiamos hablar. La mejor demostracion de nuestra tesis se ha de ver en el siguiente bosquejo de la historia de las ciencias durante los períodos de que se trata en esta polémica.

IV.

Astronomía.—En esta ciencia debemos detenernos con particular predileccion. Dirijamos una mirada retrospectiva á su historia y apuntemos ligeramente lo que España contribuyó con sus hijos ántes de la Inquisicion y lo que durante el do-

minio de esta hizo. Triste en verdad es el cuadro que vamos á contemplar, y más de una vez ha de embargarnos el dolor al advertir que nosotros los que en Europa introdujimos esos estudios, los que revelamos á nuestros hermanos de Occidente los arcanos del espacio y con nuestro saber educamos á los extranjeros que acudian á nuestras escuelas y observatorios, fuimos despues apartándonos de nuestras propias enseñanzas hasta el punto de renunciarlas y maldecirlas, y concluimos por perseguir y quemar á nuestros compatriotas que apoyaban las doctrinas que de aquellas se fueron formando.

La Astronomía española, como todas las ciencias que han florecido en nuestro suelo, tiene su abolengo en la arábica. Digamos algunas palabras, pues, sobre su origen. De muy antiguo cultivaron los árabes el estudio de los astros, su curso y posición. En la primera embajada árabe que á Carlo-Magno envió en 807 Harum-al-Raschid, cuéntase que entre los presentes que éste hizo se hallaban varios instrumentos y aparatos, por los que se manifiesta el estado en que entónces esa ciencia se hallaba, el cual ciertamente no ha de suponerse muy adelantado, dada la época en que aquel hecho tuvo lugar, ni era tampoco el que más tarde alcanzó al desenvolverse el agudo y penetrante ingenio del pueblo árabe, cuando á una marcharon sus triunfos bélicos y los científicos.

No es nuestro propósito seguir paso á paso toda la marcha que en Arabia siguió la Astronomía: basta que indiquemos, que merced á Al-Mamun, fundador de escuelas y observatorios especiales, adquiere gran progreso y asegura la inmortalidad de los Abatenius, Alfergani, Alkendi y Albumazar; y que por Al-Hakem, fundador del observatorio del Cairo y donde tanto brillaron Abul-Wefa é Ibn-Younis, alcanza todo su apogeo. Bagdad y Cairo: hé ahí el nombre de las dos ilustres escuelas que con sus hijas de España son las únicas en el mundo que mantienen vivas las ciencias astronómicas. En Occidente, á excepcion de España, reinaba crasísima ignorancia sobre estas materias, y sólo despues de mucho tiempo empezó una verdadera emigracion de ilustres sabios, entre los que basta citar á Alberto el Grande y Gerardo de Cremona, que acudian á nuestras escuelas de Sevilla, Córdoba,

Múrcia y Toledo (1), que no tardaron en adelantarse á las de Bagdad y Cairo. Entre los que más se distinguieron en nuestras escuelas, citaremos á Arzachel, hebreo de Toledo, que dió las famosas Tablas toledanas (2), inventó su *Shafiah* é hizo aquellos famosísimos relojes que tanto admiraban á sus contemporáneos; Geber, de Sevilla, comenta y corrige el *Almagesta* de Ptolomeo (3); Averroes (Aben-Roched), Alptrarga y otros, no ménos notorios, pero que sería prolijo enumerar.

Aunque es verdad que todas estas escuelas y todos estos nombres, son de árabes y hebreos, sin embargo, nuestros los hacemos y nuestros llegaron á ser, introduciéndose hasta lo más íntimo y fundamental de nuestra cultura. Si, á semejanza de otros, tan exajerados quisiéramos ser que estableciéramos profunda y radical separacion entre nuestros antecesores árabes y cristianos, ¿qué ibamos á dejar á estos últimos que propiamente les perteneciera? Nada, á no ser su fe cristiana. Los hechos además no permiten esa pueril distincion y prueba para la ciencia de que ahora estamos tratando, la encontramos clara, elocuente é irrefutable en Alfonso X.

No es el principal mérito de este ilustre monarca su saber ni su talento: su gran cualidad, la que le hizo descollar entre sus contemporáneos y para siempre alcanzar fama universal como sabio y como rey, fué su carácter: hombre perseverante y de indomable voluntad, profundo en sus planes, sereno y despreocupado hasta el punto de decir que á pedirle Dios consejo no hubiera hecho el mundo tal cual era; amante de su ley y de su pueblo, reúne cuantos elementos eran necesarios para dar término á la obra que de muy atras estaba iniciada, pero que tal vez hubiera seguido incompleta por espacio de

(1) El resto de Occidente empezó á tener noticia de los estudios de astronomía, merced á estos viajes: de ellos salieron las traducciones del árabe de Rudolfo de Bruges, Plato Teburtinus, el tratado de Astronomía de Albategni, las *Esféricas* de Trípoli, y otros trabajos de Almanzor, Abualcasin y otros.

(2) Estas tablas y las de Albategni son las que sirvieron de base á las alfonsinas. Arzachel vivió por los años de 1080.

(3) Este trabajo fué traducido al latin por Gerardo de Cremona, bajo el título de *Gebri filii affa Hispalensis De Astronomia, libri IX, etc.*

muchos siglos: la infiltración del saber semítico en el pueblo castellano. Esto, ni más ni menos, significan las *Tablas Alfonsinas* y los *Libros del Saber* de astronomía.

Para resumir toda la ciencia arábiga y hebrea en estas materias, convocó el Sabio Rey en Toledo á todas las celebridades de la época y bajo la dirección del hebreo Isaac-ben-Said, reunió entre otros sabios á Alcabitius, Ibn-Monsa, Joseph Ben-Alí, Jacob Abuena, Abu-Ragel, Samuel y Jehuda El-Coneso. Después de cuatro años largos, terminó al fin sus tareas en 1252, dando los famosos trabajos en que no sólo quedaban fijados todos los adelantos hasta la sazón obtenidos, sino que se consignaban nuevos y muy importantes descubrimientos.

Hicieron en la historia de la astronomía tan memorable época las *Tablas Alfonsinas*, que por espacio de muchos años después, es su estudio el tema principal de los astrónomos; de tal suerte, que hasta la aparición de Copérnico puede adelantarse, sin temor de parecer paradójicos, que todos los que en esa ciencia alcanzaron alguna notoriedad, como Ascoli, Albano, Juan de Sajonia, Enrique de Hesse, Purbach, y hasta el mismo Regiomontanus, son comentadores ó refutadores de las famosas *Tablas*. Fueron estas á los doctos de Occidente lo que el *Almagesta* á los de Oriente.

Orgullo da recorrer las páginas de nuestra historia científica en estos siglos, y difícil nos es separar de ellas nuestra vista para tenderla á las de otros períodos. ¡Qué esplendor en la patria querida! ¡Qué grado en nuestro saber científico! ¡Cuán grande la herencia que á siglos posteriores legaron nuestros antepasados de aquellos tiempos!

No puedo entretenerme citando los nombres mil que tanto ilustraron al mundo en aquellos venturosos siglos. Basta con los más culminantes hechos para arrancar las quejas de todo pecho amante de la patria y de la ciencia, cuando nos vemos sumidos en la época que tanto bendicen los Pidal, Laverde y adláteres.

Resumiendo: en astronomía fuimos lo que materialmente puede llamarse los maestros de Europa. Con ser difícil mantener *ab æterno* esa posición, pues las ciencias no se casan con ningún pueblo, y no siempre habíamos de guiar al mun-

do ¿cómo explicar nuestra temible decadencia, dadas nuestra tradicion científica y las condiciones de nuestro suelo? (1). ¿Fué esto debido á nuestra *mala estrella* (2), como dice Zarco del Valle; á la *mala fortuna* (3), como opina Colmeiro, ó al fanatismo segun cree Echegaray? (4)

Estalla la Reforma y efecto de la terrible maldicion que pesó sobre nosotros, todo aquel vigor, toda aquella rica savia los extingue el fuego, y en vez de seguir caminando por nuestros antiguos senderos tomamos el camino que nos condujo al abismo. Léjos de pensar nosotros, martirizamos y chamuscamos á los que piensan. No sólo no da nuestro suelo Copérnicos ni Galileos, sino que somos de los que al oír al primero *cum tali opinione clament*, y más tarde condenan su obra *donec corrigatur*, de los que procesan al segundo (5) y de los que ensalzan á los Riccioli y comparsa.

¿A qué atribuir cambio tan brusco? ¿A qué, direccion tan inesperada?

Pero sigamos la historia. Desde la Reforma hasta el siglo XIX, es decir, durante el período en que en España la Inquisicion ejerció su verdadero y *eficaz* ministerio, la astronomía, aunque otra cosa creyeran nuestros inquisidores, ha seguido progresando, y la historia de sus progresos y adelantos en todo este tiempo se compone de estos nombres:

Copérnico (1473), Rheticus (1514), Reinhold (1511), Moestlin (1550), Tycho-Brahe (1546), Kepler (1571), Galileo (1564),

(1) Inútil nos parece encarecer las ventajas materiales de nuestra posicion geográfica para el adelanto de las ciencias. Donde detenida y profundamente tratadas pueden estudiarse es en el notable trabajo de don R. Zarco del Valle. Memorias de la Academia de Ciencias. Año 1853. Véase tambien el discurso de entrada de D. Antonio Aguilar y Vela. (Idem, idem. 1855).

(2) Memorias de la Academia de Ciencias. 1855.

(3) Discurso pronunciado en la inauguracion del año académico de 1859 á 1860. Madrid 1859.

(4) Discurso de recepcion en la Academia de Ciencias exactas. Madrid 1866.

(5) Sobre el proceso de Galileo ha publicado Domenico Berti un curioso trabajo: *Il processo originale di Galileo Galilei*, en donde quedan claros muchos puntos que nuestros adversarios han querido oscurecer. Véase tambien el trabajo de L. Ferri publicado en el núm. 21 de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.

Simon Marius (1579), Gassendi (1592), Newton (1642), Cassini (1625), Roemer (1644), Gregory (1638), Hamstead (1646), Halley (1656), Bradley (1692), Maupertuis (1698), Dollond (1706), Boscovich (1711), W. Herschel (1738), Mayer (1723), Delambre (1749), Kant (1724), Laplace (1749), Arago (1786).

Fué mi propósito ir señalando el lugar del nacimiento de cada uno de los astrónomos que he consignado; pero dí, lector, ¿no te dan tus labios el más elocuente y á la vez más triste testimonio de que no son de tu habla ni de tu suelo? (1)

La historia y la tradicion no nos permiten creer incapaces á nuestros antepasados de los siglos xvii y xviii; vosotros, los que echais de ménos á la mil veces maldita Inquisicion, dadnos cuenta de nuestras glorias pasadas, de nuestro saber; decid qué habeis hecho con nuestra tradicion; qué con nuestra ciencia, y á ser ingenuos, confesareis vuestra torpeza, que á más de no

(1) Demasiado advierto la manera con que tratarán de escapar de este aprieto nuestros adversarios, y para que no la empleen quiero desde luego, pararles el golpe.

No basta que alguno que otro, *rara avis*, supiera un poco de lo mucho que fuera de nuestras tierras se estaba estudiando, porque para que en la historia de esta ciencia debidamente figuren nombres de compatriotas nuestros, menester es que esa ciencia les deba algun trabajo importante ó un nuevo descubrimiento, que con sus esfuerzos é investigaciones hayan reformado las corrientes que en su curso iba señalando, ó que constantemente al ménos hubiera existido entre nosotros el reflejo de lo que en el extranjero á la sazón se hacia. A los nombres ántes apuntados inútil es añadir otros nuevos, y si el patriotismo nos trae á la memoria nombres como los de Jorge Juan, Antonio Ulloa, Mendoza, Rodriguez Ferrer y Sanchez Cerquero ¿quién puede nombrarlos al hacer la historia general de la astronomía? ¿Son siquiera astrónomos propiamente dichos? Y si lo son, ¿qué ley, hecho ó principio la ciencia les debe? Ninguno, absolutamente ninguno.

Contestamos, pues, desde ahora á lo que seguramente iban á replicar esos señores eruditos citando sin conocimiento nombres cuya historia é importancia son ellos los primeros en ignorar, y deseamos si insisten en mentarlos ó dar otros nombres en son de réplica, que nos digan lo que hicieron, descubrieron é inventaron y no nos citen sus nombres á secas, que á mi ver es lo único que suelen saber, y no siempre del todo bien (a).

(a) Si en breve espacio y con poco trabajo quieren esos señores estudiar lo que en España ha sido la astronomía en el malhadado período de que estamos tratando, recorran las páginas de una muy notable memoria sobre este objeto debida á la pluma de D. Antonio Aguilar y Vila. (Memorias de la Academia de Ciencias, 1855.)

poderla negar persona de mediano sentido comun, lavareis así el borron que sobre nuestra dignidad pesa.

Matemáticas. Para apuntar ligeramente la historia de estas ciencias en España, partiremos, como en las precedentes de la época árabe, prescindiendo de lo hecho en épocas anteriores por Boecio é Isidoro de Sevilla (1).

Si los árabes, en muchas ciencias fueron los que al mundo de la Edad Media hicieron conocer las del antiguo, en las matemáticas no se limitaron á traducir á los grandes maestros helénicos, como vemos ya en tiempos de Almamun á Euclides, Apolonio, Teodosio y otros, sino que contribuyeron notablemente con su propio ingenio al progreso y adelanto de estas ciencias. En el siglo ix sustituyeron los senos á las cuerdas, y con la aplicacion de las tangentes simplificaron la expresion de las relaciones circulares (2).

Basta apuntar estos hechos para comprender todo el desarrollo que bien pronto adquirió entre los árabes estas ciencias. Sin hacer minucioso detalle de todos sus pasos y adelantos, recordaremos, entre los que tanto se señalaron, á Albategni, que como astrónomo hemos mencionado ya, y á quien se llama el Ptolomeo árabe, no sólo porque siguió las enseñanzas de éste, sino que le sobrepujó, introduciendo reformas de trascendental importancia (3), á Abul-Wefa, primero que trató de las fórmulas de las tangentes y cotangentes, de las secantes y cosecantes; á Alkhowarezmi, que compuso los famosos *Al-gebr we'l mukabala* (4), á Thebit-ben-Korra, Hassan-ben-Haithen, á nuestros Arzachel y Alkalzadi, célebre comentador

(1) Los trece capítulos primeros del lib. III de la *Etymologiae* de San Isidoro, es un resumen completo de lo que en aquella época se sabia de aritmética y geometría. Véase *Corpus grammaticorum latinorum veterum de Lindemann*. Tomo III, Leipzig 1833.

(2) Véase Sedillot, *Materiaux pour servir a l'histoire des sciences mathematiques chez les Grecs et les Orientaux*.

(3) Albategni es seguramente quien por vez primera sustituyó con los senos las cuerdas. Véase su *Ciencia de los astros*, publicada por Regiomontanus en latin.—Bolonia 1537.

(4) En árabe *al-gebr* (de *gabar* restablecer) significa completar una negacion y *almokaba*, oposicion, confrontacion. Véase Rosen, *The algebra of Mohamed-Ben-Musa*.—Londres 1831.

del *Talkhys* de Ibn Albanna, y cuyos trabajos no hace muchos años han sido traducidos (1).

Inútil me parece recordar todo lo que las matemáticas de Occidente deben á nuestros antepasados árabes, hebreos y castellanos. Todos los que de ciencias españolas hablan y escriben, saben ó deben saber lo que Gerbet nos debe, de donde tomó Bernelinus su *Liber abaci*, el por qué las sumas se hacen de derecha á izquierda, y quiénes fueron y qué significaron los rabinos *cabalistas*, los *algoritmistas*, *abacistas* y *algebristas*. Ellos conocerán á Juan de Sevilla (2), Josef, el obispo Aiton, y tantos otros que ilustraron los anales científicos de la España matemática.

Seguir en Occidente el progreso de las matemáticas hasta los tiempos de Tartaglia y Cardano, y hablar de Leonardo de Pisa, Gerardo de Cremona, de Nemorianus, Adelardo, Luca di Borgo, Leonardo de Vinci, Regiomontanus, y Purbach, casi equivale á seguir la propagacion por Occidente de conocimientos que en esta península poseiamos.

Pero desde que salen á la escena Tartaglia y Cardano, brota el Renacimiento, describe su movimiento la Reforma, y Vieti, el Copérnico de las matemáticas, publica su célebre *Isagoge in artem analyticam*, se esterilizan por completo estos suelos, ántes tan fértiles y fecundos. Desde esa época, en que la Inquisicion y el fanatismo se apoderaron de toda nuestra sávia intelectual, se agosta nuestra exuberancia antigua y caemos, cada vez á pasos mayores, en el atraso científico.

No os holgueis de vuestra obra, admiradores de la Inquisicion, que si guardásteis nuestra fe, nos hicísteis en cambio toscos é incultos, y á haberla guardado verdaderamente, sin mezcla de intereses perversos y mezquinos, no nos hubiérais llevado

(1) El traductor de Alkalcadi es Woepke, quien en el tomo XII (1859 de *Nuovi Lincei*, y en un tomo separado en 1864, ha publicado hojas y extractos de su tratado de aritmética.

(2) Juan de Sevilla ó de Luna, rabino converso, sirve de enlace entre las matemáticas árabes y las castellanas. Tradujo á este idioma un sinnúmero de obras árabes, originales unas y traducciones otras del griego. Su obra principal es su *Liber algorismi*, en que existe un procedimiento de extraccion de raíces cuadradas por fracciones decimales, que Cardano más tarde presentó como nuevo.

á la vergüenza y á la ignominia. No es, no puede ser fe verdadera la que á tales cosas conduce.

Pordóneme el lector que rompa en estos apropósitos al hablar de ciencias durante los siglos xvii y xviii; pero al seguir su progreso y apuntar tantos y tantos nombres extranjeros, y ninguno que suene bien en nuestro oído, estallo de indignacion y siento que sube á mis mejillas el calor.

El hecho es, sin embargo, claro, evidente, y es imposible sostener un solo momento la duda. La verdad se abre camino á toda prisa. Recorre, lector, atentamente las hojas de la historia de las ciencias en esos siglos; advierte lo que durante ellos nuestra patria es; el celo y ardor con que á científicos y pensadores se persigue; mira cómo se destierran de nuestros lares el hábito del estudio y la independenciam de la razon; cómo se extirpan los restos de nuestra antigua facundia, y no tardarás en señalar la sola y aborrecible causa de nuestro atraso y descrédito.

De lo contrario, habria que convenir en que somos incapaces de elevarnos á las lucubraciones abstractas de estas ciencias. Y entónces, ¿por qué lo son alemanes é italianos, franceses é ingleses, daneses y suecos? ¿Es serio admitir inferioridad de la raza española?

Dos hechos nos lo impiden, á más de que nuestra conciencia de hombres y nuestra dignidad nacional lo rechazan en absoluto. Esos dos hechos, son un testimonio elocuentísimo: los matemáticos españoles que existieron y que la Inquisicion no pudo alcanzar, como Josef, Juan de Sevilla, Hugo Omerique, etc., y los que hoy todos conocemos, hijos de nuestro siglo.

Veamos ahora los matemáticos que han existido desde Vieti (1), quien, como hemos dicho, encauza estas ciencias en nuevos caminos, y las da distinto derrotero del que hasta entónces habian seguido.

Son estos:

Riese, 1489.—Stifel, 1486.—Pretorius, 1537.—Van Roo-

(1) Otra obra muy importante de Vieti, la principal seguramente, pues en ella explanó todo su nuevo método, y que debemos señalar, es: *Æquationum recognitione et enmendatione*.

men, 1561.—Van Colen, 1839.—Metins, 1571.—Harriot, 1568.—Anderson, 1570.—Rhetiens, 1514.—Keplero, 1571.—Byrge, 1549.—Stevin, 1548.—Snellius, 1591.—Werner, 1750.—Rico, 1546.—Wethchius Ursus, 1560.—Neper, 1550.—Briggs, 1556.—Galileo, 1564.—Cavalieri, 1598.—Guldin, 1577.—Descartes, 1596.—Pascal, 1623.—Fermat, 1601.—Desargues, 1593.—Roberval, 1602.—Mydarge, 1585.—Saint-Vincent, 1584.—Viviani, 1622.—Ricci, 1619.—Wallis, 1619.—Brouneker, 1620.—Neil, 1630.—Wren, 1632.—Barrow, 1630.—Schotten, 1661.—Hudde, 1633.—Sluze, 1623.—Huygens, 1629.—Mercator, 1620.—Tschirnhausen, 1631.—Leibnitz, 1646.—Newton, 1642.—Bernnouilli, 1636.—Rolle, 1652.—Parent, 1666.—Rolle, 1685.—Cotes, 1682.—Riccate, 1676.—Moivre, 1661.—Maclaurin, 1693.—Nicole, 1683.—Cramer, 1704.—Euler, 1717.—Clairaut, 1717.—Setewart, 1717.—D'Alembert, 1716.—Cousin, 1739.—Lagrange, 1736.—Beyont, 1736.—Lambert, 1728.—Gua, 1713.—Nieuport, 1746.—Porro, 1729 (de Bensaçon).—Condorcet, 1743.—Los Trembley (mediados de siglo).—Laplace, 1749.—Mascheroni, 1750.—Fagnano, 1746.—Monge, 1740.—Carnot, 1753.—Legendre, 1752.

Si á la lectura de nombres tan extraños y malsonantes, desconfiamos de la veracidad de estos datos, atribuyéndolos á ese fantasma llamado *extranjerismo*, con que no pocas veces tapamos muchas de nuestras flaquezas, y tan absurdo, que creemos que sólo con nosotros son injustos y parciales los extranjeros y á nuestras propias historias acudimos, ¿qué es lo que encontramos? Echegaray, voto de excepcional autoridad, os dirá lo que en caso semejante y ante igual preocupacion hubo de pasarle: dice el insigne matemático español (á quien por cierto ya hubiera arreglado muy buenas cuentas el Santo Tribunal): «*Abro la Biblioteca hispana de D. Nicolás Antonio, y en los dos últimos tomos, que comprenden de 1500 á 1700, tras muchas hojas llenas de títulos de libros teológicos y de místicas disertaciones sobre casos de conciencia, hallo al fin una página, una sola, y página menguada, que á tener vida, de vergüenza se enrojeciera, como de vergüenza y de despecho se enrojece la frente del que, murmurando todavía los nombres de Fer-*

mat, de Descartes, de Newton, de Leibnitz, busca allí algo grande que admirar, y sólo halla libros de cuentas y geometrías de sastres» (1).

Cuidado, pues, eruditos de lomos de libros, con los matemáticos que nos traigais á colacion, no vayan á ser sus matemáticas malas cuentas de zapatero de portal.

Química.—La historia de la química en España nos ofrece un cuadro muy semejante al de la astronomía. Su origen el mismo; la misma oscuridad en el resto de Europa; en España el mismo florecimiento entre los árabes. Todavía mayor es, si cabe, el brillo de la química, y mayor asimismo la importancia que con los árabes adquiere la historia general de esta ciencia, pues ellos fueron los que la hicieron realizar dos grandes transiciones, que son otros tantos fundamentales períodos de su progreso, y son éstos nada ménos que la transformacion en alquimia del *arte sagrado*, con lo que se abandonaron las puras especulaciones y místicas alegorías, extrañas á las necesidades de la vida, y la alianza con la química práctica, por donde se trazaron las vías firmes y seguras de la experiencia sobre las que en lo futuro habia de marchar.

En primera línea debemos citar á Djajar ó *Geber*, cuyos preceptos solamente bastaron para producir una verdadera revolucion en el método de indagacion hasta entónces seguido; ademas, sus obras son en extremo importantes (2) y contienen un sinnúmero de descubrimientos y de nuevas observaciones. Son despues, de notoria celebridad, Rhasés, Avicena, Colid, Artephius Bubacar, y Alchid Bechir, verdadero descubridor del fósforo.

Como propiamente españoles, é imbuidos por supuesto en los trabajos de los árabes españoles, siempre en ciencias nuestros primeros maestros, se destacan: el Rey Sábio, á quien se atribuye un opúsculo sumamente curioso, y llamado *Llave de*

(1) J. Echegaray.—*Discurso de recepcion en la Academia de Ciencias exactas.*—Madrid 1866.

(2) Todos sus escritos referentes á la química, están publicados en latin en 1668 bajo el título *Gebri arabis chimia sive Traditio summæ perfectionis*, etc.

la *sabiduría* (1); A. de Villanueva, célebre médico, y Raymundo Lulio, descubridor del ácido nítrico alcoholizado.

Desde éste hasta Perez de Vargas, el último de nuestras glorias químicas, seguimos, como en la ciencia astronómica, á la altura de todo lo que en Europa se hace. Y si es verdad que Lulio, Alfonso y Villanueva y los que á éstos siguieron, no sacaron siempre todo el fruto que de las sábias enseñanzas de Geber se desprende, y principalmente tendieron á la alquimia, con preferencia á la química práctica, no le sacaron mejor tampoco Alberto el Grande, R. Bacon y Santo Tomás, discípulos tambien de nuestros propios maestros.

De un modo ó de otro, el hecho positivo es que los españoles químicos ó alquimistas marchaban á la cabeza de la cultura europea en este ramo.

Pero desde Perez de Vargas, que publicó su célebre obra de *Re Metallica*, ¿qué ley, causa ó razon pueden darse que expliquen el estancamiento de esta ciencia en nuestra patria? ¿Por qué nuestra química fenece? ¿Dónde está ese espíritu de nuestra raza, atrevido hasta el punto que en el siglo XIII traza con la mayor temeridad por boca del Rey Sábio las bases de una *fisiología mineral*, aunque erróneas y desacertadas? Decidnos, pues, ¿qué fué de nuestro ardor científico, de nuestra inventiva y de nuestra pasmosa actividad?

La química moderna huyó de nuestros lares, merced á halagos de los vuestros, ilustres partidarios de la Inquisicion, y la historia patria ni os perdona, ni lo olvida.

Segun aumentaban los rigores de la Inquisicion, nuestro pueblo se sumia más y más en terrible postracion, y el fenómeno que ántes hemos señalado, otra vez se repite en esta ciencia, como para no permitir un momento la duda sobre la única y verdadera causa de nuestra general decadencia.

Miéntras la Inquisicion siguió ejerciendo su fatal dominio, para la química tambien concluyen los españoles, y la historia de sus progresos durante ese período se debe sólo y exclusivamente á Paracelso (*Hohenheim*), 1493.—Agricola (Land-

(1) *Clavis sapientiæ*. Está contenido este opúsculo en el tomo V del *Theatrum Chemicum*.

mann), 1494.—Bizingucio, 1498.—Cesalpino, 1519.—Bernardo Palissy, 1499.—G. Cardan, 1501.—J. B. Porta, 1540.—Vigenere, 1522.—Van Helmont, 1577.—R. Fludd, 1554.—R. Boyle, 1626.—Glauber, 1604.—Kunckel, 1630.—Angelo Sala, 1640.—Otto Tacken, 1601.—J. Becher, 1635.—N. Lefevre, 1610.—Glaser, 1612.—Lemery, 1645.—Homborg, 1652.—Wray, 1634.—Mayow, 1645.—J. Bernouilli, 1667.—Hoffmann, 1660.—Jean Rey, Moitrel d'Element, 1680.—Hales, 1677.—Black, 1728.—Stahl, 1660.—Meyer, 1714.—Geoffroy, 1672.—Geoffroy, 1685.—Boulduc, 1675.—Hellot, 1685.—Rouelle, 1703.—Baron, 1715.—Duhamel de Monceau, 1700.—Grosse, 1706.—Macquer, 1718.—Tillet, 1720.—Pott, 1692.—Reaumur, 1683.—Lassone, 1717.—Buquet, 1746.—Marggraf, 1709.—Brandt, 1694.—Cronstedt, 1722.—Faggot, hácia 1700.—Funck, la misma fecha.—Bergmann, 1735.—Prieshey, 1733.—Schcele, 1742.—Lavoisier, 1743.—Morveau, 1737.—Berthollet, 1748.—Fourcroy, 1755.—Goetting, 1755.—Girtaner, 1760.—Snebier, 1742.—Humphroy Davy, 1778.—Vauquelin, 1763.—Gay Lussac, 1778.—The-nard, 1777.—Berzelius, 1779.—Doebereiner, 1780.—Dumas, 1800.—Mitscherlich, 1794.—Rose, 1795.—Wollaston, 1766.—Dalton, 1766.

Física.—Esta ciencia, formada de aluvion, por decirlo así, y nacida á principios de la era moderna, debe sus progresos á infinidad de colaboradores de todas partes. Basta, por lo tanto, una breve indicacion de los principales nombres que en su historia figuran.

Gilbert, 1540, de Inglaterra.—J. B. Porta, 1540, italiano.—Richer, 1560, francés.—Bacon, 1561, inglés.—Dubbel, 1572, holandés.—Scheiner, 1575, aleman.—Mersenne, 1588, francés.—Snellius, 1591, holandés.—Descartes, 1596, francés.—Hodierna, 1597, italiano.—Bartholin, 1601, dinamarqués.—Guericke, 1602, aleman.—Kircher, 1602, aleman.—Schott, 1608, belga.—Torricelli, 1608, italiano.—Borelli, 1608, italiano.—Viviani, 1622, italiano.—Pascal, 1623, francés.—Duhamel, 1624, francés.—Cassini, 1625, italiano.—Boyle, 1626, inglés.—Grew, 1628, inglés.—Huyghens, 1629, holandés.—Marcotte, 1636, francés.—Leuwenhoelz, 1632, holandés.—Hooke,

1638, inglés.—Lana, 1640, italiano.—Papin, 1647, francés.—Homberg, 1652, holandés.—Halley, 1656, inglés.—Hartsoecker, 1656, holandés.—Amontons, 1663, Paris.—Maraldi, 1665, italiano.—Wheatston, 1667, inglés.—Celsius, 1670, sueco.—Reamur, 1683, francés.—Desaguliers, 1683, francés.—Gravesande, 1688, holandés.—Klingenshiema, 1689, alemán.—Fahrenheit, 1690, alemán.—Musschembroek (físico), 1692, holandés.—Hausen, 1697, alemán.—Dufay, 1688, francés.—Bouguer, 1698, francés.—Trembley, 1700, italiano.—Nollet (físico), 1700, francés.—Franklin, 1706, Estados-Unidos.—Euler, 1707, suizo.—Richman, 1711, alemán.—Leiberkulm, 1711, alemán.—Lemonnier, 1715, francés.—Sauveur, 1716, francés.—Baker, 1721, inglés.—Sulzer, 1722, suizo.—Varignon, 1722, francés.—Brisson (físico), 1723, francés.—Apinus, 1724, ruso.—Berthom, 1725, suizo.—De Luc, 1727, italiano.—Zimmerman (médico), 1728, suizo.—Forster, 1729, alemán.—Fontana (físico), 1730, italiano.—Legend de Laford, 1730, francés.—B. Saussevre, 1734, francés.—Ramsden, 1735, inglés.—Wat, 1736, inglés.—Coulomb, 1736, francés.—Galvani, 1737, italiano.—Herschel, 1738, inglés.—Montgolfier, 1740, francés.—Lictemberg, 1742, alemán.—Lavoisier (químico), 1743, francés.—Laplace, 1743, francés.—Volta, 1745, italiano.—Atwood, 1746, inglés.—Crowford, 1749, inglés.—Rumford, 1753, inglés.—Soemmering (médico), 1755, alemán.—Fulton, 1765, Estados-Unidos.—Wollaston, 1766, inglés.—Dalton, 1766, inglés.—Leslie, 1766, francés.—A. Humbold, 1767, alemán.—Young, 1773, inglés.—Bist, 1774, francés.—Koenig, 1755, alemán.—Malus, 1775, francés.—A. M. Ampère, 1755, francés.—Lambert, 1777, francés.—Ærsted, 1777, danés.—Latour, 1777, francés.—Gay Lussae, 1778, francés.—Humphry Davy, 1778, inglés.—Laennec (médico), 1781, francés.—Arago, 1786, francés.—Fraunhofer, 1787, bávaro.—Fresnel, 1788, francés.—Daguerre, 1789, francés.—Parry, 1790, inglés.—Petit, 1791, francés.—Fareday, 1791, inglés.—Morse, 1791, americano.—Despretz, 1792, francés.—Melloni, 1801, italiano.—Magmies, 1802.—Sturm, 1804, genovés.

Zoología. No obstante lo poquísimo que durante la Edad Media se hizo en toda Europa en estos estudios, nuestro puesto

es muy señalado. Si empezamos por los tiempos más remotos, hallamos á San Isidoro de Sevilla, que en su enciclopedia, trata extensamente de los animales. La zoología que allí encontramos, es todo lo que á la sazón, y aún durante siglos después, se supo. Si pasamos luego al siglo XII, tenemos á Benjamin de Tudela, hebreo español, que en su famoso *Itinerario* describe por vez primera animales hasta entónces desconocidos.

Pocos son los que cultivaron estas ciencias en aquella época; pero no podrá mentarse nombre alguno, como Federico II, Alberto el Grande, ó Beauvais, sin advertir la procedencia de muchas de las observaciones por éstos apuntadas.

De suerte que desde los primeros pasos de esta ciencia nuestros zoólogos son tan importantes, ó más, que los que poseen los otros pueblos de Occidente. Díganlo, si no, San Isidoro, Benjamin de Tudela y Gonzalez Clavijo.

Al verificarse el descubrimiento del Nuevo-Mundo, ábrese una nueva era para la zoología. Fundados los progresos de esta ciencia en la mayor cantidad de faunas bien conocidas y observadas, obtiene, con nuestros primeros expedicionarios, datos de un inmenso valor. Parece que la fortuna se empeñaba siempre en ponerse de parte nuestra, y el curso de los hechos se combina de modo, que somos en todas las ciencias los primeros favorecidos. Así, en las especulativas tenemos á nuestros invasores los árabes, que se convierten en nuestros maestros y nos legan todo el tesoro de su sabiduría; ellos también son los que nos ponen en contacto con la civilización helénica en zoología y hace el destino que nuestro pueblo sea el descubridor y explorador de todo un mundo desconocido y tan importante como el antiguo, para que los Oviedo, Acosta, Hernandez, Garcilaso de la Vega, á la par que reveladores del mundo americano, sean glorias de la zoología española.

El descubrimiento del Nuevo Mundo no dió, empero, al progreso de la ciencia todos los frutos que podían esperarse.

La misma causa que hace languidecer al principio todo movimiento progresivo en las otras ciencias y termina después aniquilándolo por completo, alcanza con sus terribles resultados á la zoología. Poco á poco van concluyendo nues-

tros viajeros observadores hasta el punto que la tradición fundada por los Oviedo, Acosta y otros, no encuentra proseguidores entre sus compatriotas, y van á hallárlas en los extranjeros Ahevet, Levy, Laet, Pison, Leyde, Marcgraf y otros.

Dolor causa señalar cosas tan tristes para nuestra cultura, y cuando tan claros y evidentes vemos las causas que á tanto mal nos llevaron, se aleja de nuestro pecho hasta el más pequeño sentimiento de piedad para con los que tanto dañaron á nuestra patria y á nuestras ciencias. ¡Oh! ilustres inquisidores modernos, ¡qué egoísmo tan enorme el de vuestras pretensiones! ¡Cuánto teneis que andar para llegar al arrepentimiento, y cuán inútil ha de ser éste entónces! ¡Y todavía sois vosotros los que llamais *extranjeros* á los que no queremos se hunda otra vez nuestra cultura!

Lo que en las demas ciencias observamos en la zoolo-
gía moderna: un verdadero fárrago de nombres procedentes de todos los países, ménos del nuestro. Hé aquí una breve indicacion de los principales zoólogos:

Rondelet, 1507, francés.—Salviani, 1514, italiano.—Gesner, 1516, suizo.—Aldrovande, 1522, italiano.—Colonna, 1596, idem.—Olina, id.—Monfet, 1556, inglés.—Jonston, 1603, polaco.—Ray, 1678, francés.—Goedart, 1620, holandés.—Swammerdan, 1637, idem.—Redi, 1626, italiano.—Leuwenhoek aleman, 1632.—Bonanni, 1638, italiano.—Maria-Sibila Merian, 1647, alemana.—Anderson, aleman.—Kolbe, 1675, aleman.—Saparrman, 1747, sueco.—Frisch, 1700, aleman.—Catesby, 1680, inglés.—Brisson, 1723, francés.—Dufay, 1694, francés.—Roesel, hácia 1700, aleman.—Laurenti, 1710, francés.—Brougniart, 1740, francés.—Schneider, 1750, aleman.—Dauclin, 1774, francés.—Artedi, 1705, sueco.—Gronovius, hácia 1740, holandés.—Scopoli, id., italiano.—Lacépède, 1756, francés.—Pallos, 1741, aleman.—Fabricius, 1743, aleman.—Müller, 1730, noruego.—Reaumur, 1683, francés.—De Geer, 1720, sueco.—Panzer, 1755, aleman.—Latreille, 1762, francés.—Peyssonnel, 1694, francés.—A. Trembley, 1700, suizo.—Linneo, 1707.—Klein, 1785, aleman.—G. Edwards, 1693, inglés.—Buffon, 1707, francés.—Bonnet, 1720, suizo.—Lamarck, 1744, francés.—Cuvier, 1769, francés,

—Levaillant, 1753, holandés.—Duvernoy, 1777, francés.—Rudolfi, 1771, sueco.—Dumeril, 1774, francés.—Valencien- nes, 1794, francés.—Flourens, 1794, francés.—E. Geoffroy, St. Hilaire, 1772, francés.—Blainville, 1777, francés.—Oken, 1779, aleman.—Ehrenberg, 1795, aleman.—Milne-Edwards, 1800, francés.

Aquí daremos fin á nuestro desconsolador pero indispensable trabajo. Mucho más podríamos decir, pero este artículo ha resultado extensísimo y no queremos abusar de la paciencia del lector. Hora es ya de que se vean las cosas como son y de hablar con franqueza, y aunque estas verdades parezcan amargas, nos quedará la seguridad de que los pueblos viriles y progresivos, son aquellos que no se dejan adormecer en una ciega confianza y saben darse razon de sus defectos y desdichas para corregir los unos y compensar las otras. Abrigamos el profundo convencimiento de que esto se conseguirá sólo cuando á los halagos de una reaccion que en todos los terrenos se está intentando á nuestra vista, contestemos con el enérgico propósito de preparar á la patria más altos destinos, consagrando nuestras fuerzas á útiles trabajos bajo los auspicios de la libertad.

JOSÉ DEL PEROJO.



CORRESPONDENCIA DE ALEMANIA.

BODENSTEDT.—MIRZA-SCHAFY Y HAFIS.—ESPINOSA.

Federico Bodenstedt, el poeta alemán que tiene el sentimiento más delicado de la poesía oriental y de sus sentencias de oro y que les da reforma poética en la lengua germana; el vate cuyos ritmos tan alegres y anacreónticos conocidos por el nombre de *Mirza-Schafy*, el maestro de Fiffis, se hicieron desde hace años nuestros compañeros indispensables, acaba de verter sobre nuestro camino las rosas de Schiras, los cantos del vate persa *Hafis*, el de los labios de azúcar, que, siendo contemporáneo del Dante, no tenía como éste un evangelio abundante de ira y de lágrimas, sino un evangelio de la alegría, una filosofía serena, el culto de las damas, y fué enterrado bajo rosas. Desde que Goethe publicó su *Divan oest oriental*; los alemanes ilustrados conocieron el nombre de *Hafis*, cuyas poesías habían traducido al alemán José de Hammer-Purgstall y Vicente de Rosenzweig, pero ni el bardo olímpico de Weimar, ni Rückert, el patriarca de Neuss, ni Daumer, lograron con sus versiones alemanas popularizar entre nosotros, de la misma manera que se hicieron nuestros Homero y Shakspeare, al poeta de Schiras, cuya gloria ha sobrevivido ya quinientos años; no lo lograron, porque no pudieron perseguir por la autopsia las huellas del inmortal persa. Si *Hafis*, que vivía cuando en Alemania resonaron las postreras canciones de los Minnesaenger, hubiese usado de la lengua germánica, ¿cómo habría hablado? ¿Como Goethe? No lo creo. ¿Como Daumer? No. ¿Como Rückert? Quizás. ¿Como Bodenstedt? Seguro.

El *Hafis* de Bodenstedt, no parece sino el hermano gemelo del *Mirza-Schafy* del mismo poeta alemán, siendo el uno el complemento del otro. Nadie tenía las condiciones que Bodenstedt para unir su espíritu con el del vate persa y para ofrecernos, como fruto sabroso de aquel comercio, poesías tan semejantes al original, como aquellos anillos maravillosos de la fábula referida por Nathan el sabio en el drama de Lessing. Pues Bodenstedt, que es á la par orientalista y artista, había empezado por hacer una verdadera ma-

ravilla literaria: conociendo el amor de los alemanes á lo extranjero, á lo exótico, habia entretendido en su obra *Mil y un dias en el Oriente*, una coleccion de poesías orientales, atribuyendo aquellas perlas preciosísimas á un vecino de Fíflis, Mirza-Schaffy que habia sido su preceptor en la lengua tártara. Y aunque José de Hammer-Purgstall, decia sonriendo: «No existe, ninguna vate de nombre de Mirza-Schaffy, pues éste es el mismo Bodenstedt,» se creian productos del cantor de Fíflis aquellas poesías deliciosas que, demostrando que los goces de la vida, del vino y del canto se anidan tambien bajo el turbante, embellecian desde hace cinco lustros nuestro paso por este valle de lágrimas. Pero el autor de aquellas composiciones, que respiraban los perfumes del Oriente, no era sino el hijo de un pueblecillo del reino de Hannover, nuestro Federico Bodenstedt, que vió la luz en Peime en 22 de Abril de 1819. Ya desde su octavo año tenia aspiraciones artísticas: empezaba á dibujar y á pintar. Pero nadie apreció tales talentos en aquel pueblecillo. Y esta fué la época en que el espíritu del vate Grabbe se encontraba nublado por la demencia, y poeta y artista parecieron para los compatriotas de Bodenstedt, sinónimos de vagabundo ó de loco, y el jóven Federico concluyó avergonzándose de su vocacion de poeta, y se dedicó al estudio de las lenguas. Despues llegó al Oriente, dirigiendo en Tiflis un establecimiento pedagógico y dando despues lecciones en el gimnasio de la misma localidad, y allí trató á Mirza-Schaffy, que le explicó los cantos del poeta Hafis y que se hizo su preceptor en la lengua tártara, que aprendia á causa de una obra etnográfico-histórica que se propuso escribir bajo el título de *Los pueblos del Cáucaso*. Salió aquella obra, que contenia ya algunas poesías originales de su autor, en 1848, pero al verla impresa la detestó de tal modo, que él mismo la confiscó comprando todos los ejemplares.

En Viena, donde Bodenstedt vivia en 1848, nacieron muchas canciones suyas, llamadas *Mirza-Schaffy*, que, formando un ramillete bellísimo, hicieron una fortuna extraordinaria y le acreditaron cual sabio orientalista que habia sabido sacar un tesoro tan precioso como la literatura oriental, y segun la opinion general, cual excelente traductor. Así durante veinticinco años, la gloria de haber creado aquellas estrofas orientales que en su tejido rítmico recuerdan los motivos de las decoraciones con que la arquitectura árabe, repitiéndolas siempre, adorna las paredes y los frisos, recaia en una persona extraña, Mirza-Schaffy, mientras el autor verdadero, el trovador aleman de cuyo pecho habian brotado aquellas canciones tan frescas que se tradujeron hasta al hebreo, ruso y bohemio, se contentaba con el papel modesto de traductor. Pero sin aquella estratagema de sustituir á su nombre el de su maestro tártaro, Bodenstedt no hubiera alcanzado reputacion tan grande, pues sucedia que las poesías firmadas por él mismo, hallaron sólo juicios críticos como el siguiente: «Bodenstedt es un hombre de talento, pero jamás alcanzará la genialidad de su maestro Mirza-Schaffy.» Por fin, un consejero de Estado ruso y distinguido orientalista, el Sr. Berger, que estaba al frente del gobierno de Tiflis, hizo una excursion por Alemania donde por do quier oia encomiar los versos inimitables de Mirza-Schaffy. «¿Quién es? ¿Es el preceptor del gimnasio de Tiflis?»—preguntó el viajero.—«Sí.»—«Pero aquel preceptor no ha escrito en su vida poesía alguna, que yo sepa.»—Y despues de haber vuelto á Tiflis, pidió á todos los literatos de su gobierno le comunicasen si existian composiciones poéticas de dicho profesor. Las investigaciones tenian por resultado el demos-

trar que habia sólo tres poesías, pero tales, que Bodenstedt no hubiera podido aprovecharlas para su libro.

Mirza-Schaffy, pues, el tan célebre vate oriental, es aleman, Federico Bodenstedt, que se complacia en disfrazarse de oriental. Y hoy, el mismo poeta teutónico que por tantos años fué considerado sólo cual traductor, preséntase como tal en la version de Hafis, y al oír aquellos acentos alemanes, con los cuales están en armonía completa, cual sonidos de un mismo instrumento, las tradiciones todas que ha dejado tras sí la vida del poeta persa, pudiera exclamar éste: «Si no fuese Hafis, quisiera ser Bodenstedt.»

Hafis, el dervis, no cantaba sólo en poesías ditirámbicas el vino cual oro flúido, cual bebida tan roja como el rubí, sino que lo bebia tambien en los círculos de confianza. Ama la vida, pero sabe resignarse tambien con la voluntad divina. Es pesimista, sí, pero su pesimismo es el de los espíritus nobles que, conociendo las dolencias del género humano y las imperfecciones terrenas, han de aspirar á un estado ideal detrás de la cortina del mundo. Es el cantor inspirado de la amistad y llora por aquellos de quienes les separa el espacio, casi como si hubiesen muerto; despues dice: «Oí una palabra hermosa que pronunciaba el anciano Canaan (1), diciendo: No hay nada que pueda expresar el dolor de la ausencia. Hasta los horrores del juicio supremo que pinta el predicador, no son más que una parábola pálida, comparada con el dolor de la ausencia para la verdadera amistad.»

Para caracterizar al Mirza-Schaffy de Bodenstedt y á Hafis, diremos que el primero se contenta con la dicha terrenal, con las guirnaldas del vergel de la tierra, mientras el segundo, á pesar del amor y del vino, á pesar de las gallardas rosas y de los albos azahares, á pesar de los dulces ruiseñores, no se siente en la tierra sino cual peregrino pasajero; y en las poesías del vate que todos los dias, en su casa de Schiras, recitaba de memoria anté sus discípulos el Coran y á la tarde se alegraba con el cántaro hirviente, no haciendo nada que redundase en detrimento de sus prójimos, se refleja una vida rica en experiencias y pruebas amargas. Los fanáticos ascéticos que habian perseguido al cantor de Schiras durante su paso por la tierra, querian negarle hasta un entierro honroso. Segun el uso de aquel país, al surgir una contienda como ésta, ha de decidir el Coran, al que se debe traspasar con una aguja, para que se aplique el verso que la aguja toque por último. Pero entónces querian que aquel procedimiento no se verificase en el Coran, sino en el libro de cantos del mismo Hafis, y ¿quien pinta su sorpresa al ver que la aguja toca la *gacela* más alegre y más arrogante de éste; pero que concluye con las palabras: «No obstante todos sus pecados, Hafis entrará en el paraiso?»

Decidió aquella conclusion de la suerte de los restos mortales del poeta, y, en vez del padron que le habian destinado sus enemigos, le fué erigido un magnífico monumento en un arrabal de Schiras.

Pasemos de este monumento á otros dos que se han levantado en nuestros dias, el uno al filósofo Herbart, el otro á Espinosa.

En los tiempos antiguos, en la juventud de la cultura humana, se erigieron monumentos visibles á lo léjos, que habían de anunciar el lugar donde cavaron un pozo, y se entonaron cantos sublimes para celebrar la nueva fuente de agua viva. Los héroes del espíritu ¿qué han hecho sino cavar pozos del conocimiento? Nos cumple,

(1) Alude á lo que decia Jacob al encontrarse separado de Josef.

pues, celebrarlos y levantar en honra de su memoria monumentos, como señales de aquellos pozos del saber.

Celebraba Alemania la memoria de uno de estos héroes al levantarse en Oldenburgo, el 4 de Mayo de 1876, la estatua del filósofo Juan Federico Herbart, con motivo del primer centenario de su nacimiento. El profesor Lázarus, encargado de pronunciar el discurso en honor de aquel ilustre hijo de Oldenburgo, que para buscar en bien de todos la verdad armónica, tomaba sobre sí la carga pesada de los problemas, trabajos y penas del pensador, y que, después de haber sido catedrático en Koenigsberg y Goettinga, murió el 14 de Agosto de 1841, le pintaba cual aristócrata de la inteligencia, de cuyos libros brotaba la palabra llena de gracia prodigiosa; cual filósofo distante lo mismo del calor que del frío, pulsando en su espíritu un calor de vida siempre igual y templado, y ostentando en sus escritos una quietud olímpica; cual maestro, que volvía á los Kant y Leibnitz; cual sucesor de Fichte, colocado al lado de los Schelling y Hegel en el período clásico de Alemania, en medio de una pléyade de poetas productivos y de pensadores fecundos; cual filósofo, que de la psicología hacia una ciencia; cual pedagogo, que mostraba como fin más noble y más puro de la educación, formar el carácter, corroborar la voluntad moral, ensanchar los intereses del hombre, dar al espíritu nutrición sabrosa y movimiento verdadero, producir en el ánimo calor y profundidad, ennoblecer el alma por el conocimiento de la verdad eterna, y santificarla por la verdad del infinito.

El mismo Herbart decía, al hablar del gran Kant: «Ocuparse constantemente de las obras de un grande hombre; hé aquí el género de honores que debe tributársele. Todos los otros lo excusa.» Eso diremos también respecto del filósofo cuyos rasgados ojos se atrevieron á sumergirse en los abismos del infinito, conociendo todo ser pasajero y fugaz sólo como manifestación de la sustancia eterna é infinita, y que encendió primero la antorcha que asieron después los Leibnitz, Kant y Schopenhauer. Eso diremos respecto á Benito de Espinosa, en cuyo honor, con motivo del segundo centenario de su muerte, se verificaron en 21 de Febrero de 1877, en el Haya, diferentes actos, habiéndose colocado también la primera piedra de su estatua, á la cual contribuyeron con sus recursos hombres de todos los países cultos.

Es cosa *espinosa* hablar del filósofo que lleva el mismo nombre de Espinosa, y que han llamado «el príncipe de los ateos;» pero apoyándome en el testimonio de tantos genios eminentes, acometeré empresa tan árdua.

Había transcurrido casi un siglo entero después de la muerte de este filósofo tan desconocido y tantas veces ultrajado, hasta que el inmortal Lessing pronunció las palabras: «No hay más filosofía que la de Espinosa.» Y sabido es también que el espíritu de Goethe halló su grandiosa tranquilidad en las ideas de Espinosa, mostrándole en la variedad del mundo de las apariciones la unidad y la eternidad del *Dios-Naturaleza*; y sabido es que á Espinosa le debía Herder grandísimos impulsos; que Schleiermacher no podía menos de admirar su grandeza espiritual y moral; que Schelling ensalzaba su genio feliz; que Hegel le proclamaba cual padre del pensamiento moderno, y que Novalis llamaba «ébrio de Dios» á quien ántes se había creído ateo. Hé aquí lo que de él decía Schleiermacher en un momento de verdadera inspiración: «Penetrábale el gran espíritu universal; el infinito era su principio y su fin; el universo era su único, su eterno amor. Estaba lleno de religión, lleno del Es-

píritu-Santo, y por eso está solo y sin rival, maestro en su arte, descollando sobre el gremio profano, sin discípulos y sin naturaleza alguna.» Pero ésta se la da la Holanda elevando su estatua, que será como el punto que une su genio á la tierra, y la imagen del dulce y apacible filósofo, el modesto cuanto esforzado Espinosa, que no buscaba la gloria, estando seguro de que la gloria le buscaría á él, y á quien ni las promesas más brillantes, ni el anatema lanzado contra él por la sinagoga, pudieron detenerle para que no confesase lo que habia reconocido cual verdad sirviendo para siempre como modelo hermoso de las almas que abrazan la causa de la humanidad, y que, renunciando á todo reconocimiento temporal y personal, aspiran sólo á ver aumentado el reino del Eterno. Por lo tanto, España que no ha perdido el precioso tesoro de sus creencias—por lo cual la felicito con todo mi corazón,—aunque no seguirá el atrevido vuelo del filósofo, á quien algunos consideran como el genio que con su peregrino don de profeta ha determinado por anticipacion, el trabajo del espíritu de las generaciones venideras, buscando ia fórmula libertadora, la llave mágica que abrirá el mundo de la unidad del espíritu y de la naturaleza; España, digo, consagrará siquiera un recuerdo al pensador que, encontrándose á la edad de 24 años separado de la comunidad y de su familia, prefería continuar su libre investigacion, y sustentar su vida puliendo lunetas, ántes que aceptar una pension que le impusiera el deber de encerrar en sí propio el resultado de sus estudios; España no podrá menos de recordar á aquél que, procediendo de la raza hebráica que tan alta significacion obtiene en la historia intelectual de la Península, de la raza cuya historia social, política y religiosa escribió mi amigo D. José Amador de los Rios, representaba la divinidad de la manera más poderosa, más majestuosa, más sublime, como la condicion de toda existencia y de todo pensamiento; y que al decir eso se inspiraba quizás en la antigua sabiduría de los hebreos.

Segun dice su contemporáneo Colero, Espinosa era delgado de cuerpo, de estatura mediana, de fisonomía regular, de tez morena, de cabellos y cejas negras; siendo el tipo de un judío español. Para su vocacion, consagrada á las más sublimes aspiraciones humanas, preparóse en el mayor retiro, y sin embargo, ó quizás por eso, el cuento ha rodeado su solitaria existencia de adornos románticos. Su amor apócrifo lo refiere Bertoldo Auerbach, en su novela *Espinosa, una vida de pensador*; y llamamos apócrifo aquel amor, porque su objeto, la hija del Sr. Van den Ende, tenía entonces apenas 11 años. Quizás tan poco fundamento como aquella aventura amorosa, tiene la tradicion de que un judío atentase contra la vida del filósofo á la puerta de la sinagoga, pues no es probable que Espinosa haya visitado el templo durante su conflicto con la comunidad judía.

Benito de Espinosa nació á 24 de Noviembre de 1632 en Amsterdam, capital de la jóven república neerlandesa, y era hijo de acomodado mercader judío. Los hebreos de origen español, siguiendo una tradicion constante que se extiende hasta la época de Carlo-Magno, cifraban su orgullo, áun despues de su expulsion de la Península, en ocuparse con la literatura rabínico teológica de la Edad Media, y en participar con la cultura científica de su tiempo, y aunque su nueva patria, los Países-Bajos, les ofrecia una atmósfera más libre, continuaban profesando amor á las costumbres y la lengua de su patria antigua. Así Benito, teniendo una educacion del todo hebráica, se ocupó ya en edad temprana

de la literatura bíblica del Antiguo Testamento, del estudio del Talmud y de la literatura hebraico-teológica de la Edad Media, ofreciéndole ésta, en su aplicación de la filosofía aristotélica á los problemas teológicos, poderosos impulsos al pensar filosófico. Ya entonces habia aprendido las lenguas clásicas, en las cuales, despues se perfeccionaba, gracias á las lecciones del médico ilustradísimo Sr. Van den Ende, que habia despertado en el joven pensador el interes por las ciencias naturales, que le acompañó toda su vida, segun demuestra su correspondencia con distinguidos naturalistas y su conocimiento del arte de pulir lunetas, que está en la conexión más íntima con los grandes descubrimientos que desde principios del siglo xvii ensancharon la esfera de la astronomía, «ese código de millares de mundos y de millones de edades, que viven en el espacio y se continúan en el tiempo,» y es probable que aquel arte, que más tarde habia de servirle para sustentar su vida, lo aprendió en edad temprana.

Ya, cual escolar de la Academia rabínica, dudó de la autoridad del Talmud, y se hizo el terror de sus compañeros por su atrevida crítica de la Biblia, y sus estudios de las matemáticas y de la física le separaron tanto de las doctrinas de la Sinagoga, que en 1656 fué excomulgado. «Aquella excomunion, dijo el orador que en 21 de Febrero último, ante una asamblea escogida de admiradores del filósofo reunidos en el Palacio de las Artes y Ciencias del Haya, con asistencia del príncipe Alejandro, hijo del rey de los Países-Bajos, pronunciaba un discurso en honor de Espinosa, aquella excomunion fué como si el huevo acusase de ingratitud al pájaro por haber salido de él: el huevo habia sido necesario á su hora; pero despues fué un estorbo, y debió romperse.» Y el mismo orador añadió: «Excomulgado por la Sinagoga de Amsterdam, se vió obligado á crearse una mansion espiritual fuera de la morada que le rechazaba. Inspiró las mayores simpatías el cristianismo; pero temió su disciplina, y por eso no abrazó la religion cristiana.»

Su contemplación del mundo verificase en medio de la lucha que á la sazón se habia encendido, sobre todo en los Países-Bajos, entre los representantes de la escolástica científica y eclesiástica y los partidarios de la filosofía cartesiana, y por eso se explica la polémica, á veces apasionada, que se encuentra en sus escritos; pero pronto le vemos alcanzar aquella libertad del espíritu y aquella tranquilidad del alma que hasta muchos adversarios suyos no podian ménos de encomiar. Desde 1656 hasta su muerte, es decir, durante más de veinte años, consagróse á la filosofía, retirándose á la soledad de la resignación y haciendo la vida de un sabio y de un santo, ora en Rhinsburgo (cerca de Leyde), ora en Vooburgo (próximo al Haya), ora en el Haya. Estudió la filosofía cartesiana, cuyos principios expuso en un libro que en 1663 publicó en Amsterdam su amigo el médico Luis Meyer. Pero su *Tratado acerca de Dios, el hombre y la bienaventuranza*, que se descubrió en 1862, demuestra que Espinosa no fué jamás cartesiano, y por lo tanto que no desarrolló su propia contemplación filosófica desde el sistema cartesiano, sino que se valió de los ensayos de aquel filósofo sólo para dar á su propio pensar la forma científica comprensible para su tiempo. No tenia aún 30 años cuando trazó el plan del *Tratado* mencionado, que no es más que su primer ensayo de presentar el sistema del mundo bajo el sistema de una ética. Pero su obra principal, titulada *La Ética*, guardó la inédita hasta su muerte, adviniendo la explosión que habia de producir. Por amor á la quietud, porque temia que la actividad académica le arrastrase á las lu-

chas de los teólogos, quitándole el ocio y la fuerza necesarios para consagrarse á la libre investigacion de la verdad, y quizás tambien por miedo de que el resto de su vida apénas bastara para llevar á cabo su obra cardinal, rechazó la cátedra de la Universidad de Heidelberg, que le ofreció en 1673 el Elector del Palatinado, Cárlos Luis. Guardando su noble y altiva independendencia, fijó su residencia en 1670 en el Haya, donde su dulce y tranquila existencia de filósofo, que gastaba cada dia sólo un real, y que meses enteros no abandonó su cuarto de estudio, se parecia á un idilio, deslizándose en una casa situada en el *Pavilioengragt*, tan silenciosa, que apénas se oyó su último suspiro.

En cuanto á sus obras, se limitó á publicar anónimo en 1670 su *Tratado Teológico-político*. Su *Ética* la publicó en 1677 su amigo Luis Meyer despues de la muerte del autor, y según éste lo habia mandado, poniendo en la portada del libro sólo las iniciales de su nombre. *La Ética* de Espinosa no es sólo una enseñanza para vivir una vida moral y filosófica, sino que contiene tambien las doctrinas del filósofo relativas al mundo. Comprender el universo en su grandeza inalterable, en sus leyes constantes, hé aquí la verdadera satisfaccion de que, según él, puede participar el hombre. Deriva cuanto en el mundo aparece de una causa primera que todo lo abraza y que todo lo conserva, la divinidad, sustancia infinita que tiene atributos infinitos, de los cuales el hombre no puede conocer sino dos, el pensar y la extension. Respecto de aquella sustancia dice Espinosa: «Es propio de su naturaleza desarrollarse por una infinidad de atributos modificados de una manera infinita.» Lo finito es una limitada modificacion de los atributos de Dios, siendo los cuerpos una modificacion del atributo de la extension, y los espíritus una modificacion del atributo del pensar. Así como el mar está produciendo siempre ondas nuevas, que pronto nacen y perecen, preséntase Dios perpetuamente en nuevas apariciones fugaces. El espinosista se considera, pues, cual miembro pobre y humilde, y sin embargo, cual miembro necesario de la Divinidad eterna. Puesto que todo depende del Eterno, aquel poder que está por encima de todo lo pasajero, la salud verdadera de la vida no consiste sino en la inclinacion hácia la Divinidad, inclinacion que Espinosa llama «amor á Dios,» y que es sujecion absoluta á la necesidad. La Divinidad de nuestro filósofo no es la de la dogmática teológica, y el sentimiento de comunidad del ánimo humano con aquella Divinidad ha de quedar sin ser correspondido, porque el individuo no es nada en comparacion con la causa divina, y el sér infinito no entra en relaciones limitantes con lo individual. Y sin embargo, éste halla ya en la comprension de lo divino una fuente de verdadera bienaventuranza, según lo demuestra la vida del mismo Espinosa. Aquel mayor bien, dice el filósofo de Amsterdam, se alcanza sólo por la ciencia, cuyo órgano es la razon. Las cosas deben ser comprendidas según su esencia eterna, sin atender á su utilidad ni á su significacion para el hombre, ni á su estimacion como buenas ó malas, ni se las debe sonreir ni llorar, sino comprender, como si se tratase de líneas, triángulos ó círculos. Así aplica Espinosa á su *Ética* el método geométrico, el género de especulacion que reina en las matemáticas, y haciendo eso, pagaba un tributo al carácter científico de su edad, pues á la sazón estaba el peso del conocimiento en las matemáticas.

A primera vista parece dura la tésis de Espinosa al negar la diferencia entre lo bueno y lo malo como cualidades morales, pero se mitiga aquella dureza cuando en vez de ideas teológicas po-

nemos ideas derivadas de la noción de la naturaleza. Según Espinosa, es bueno, respecto de las cosas de la naturaleza, todo lo que pertenece á su esencia; y respecto del hombre todo lo que mejora su sér, su verdadera naturaleza, y malo lo que la estorba. Consiste la verdadera naturaleza del hombre en el último grado de su desarrollo en conocer el Universo; y por lo tanto es bueno cuanto contribuye á elevarle á aquel último grado. Y de aquel conocimiento cumplido del Universo se deriva también una moralidad, una ética que forma el asunto de un sistema especulativo. Pero si, la naturaleza toda es una manifestación de la esencia divina ¿cómo podría el hombre, siendo una parte de la naturaleza, pretender para sí la libertad de la voluntad, puesto que está sujeto á las leyes de la naturaleza? Hé aquí la contestación de Espinosa: cada sér está sujeto á una doble legislación, la de la naturaleza general y la de su naturaleza propia. En cuanto el hombre obra según las leyes de su naturaleza propia, se hace libre, siendo libre tanto más cuanto desarrollando su conocimiento alcanza una independencia siempre más grande de influencias perturbadoras. El desarrollo de nuestro conocimiento tiene, según éste, sentido moral, y pues la contemplación del mundo tiene, según Espinosa, por corona un hecho moral, bien pudo llamarla *Ética*.

El lector puede ver una crítica del sistema de Espinosa en un libro que el Sr. Teodoro Camerer acaba de publicar en Stuttgart 1877, bajo el título de *La doctrina de Espinosa*.

Voy á citar á continuación algunos párrafos del discurso pronunciado en 21 de Febrero en el Haya: «Para él, lo mismo que para Descartes, el Universo no era sino extensión y pensamiento; la química y la fisiología faltaban á esta grande escuela demasiado geométrica y mecánica. Ajeno á la idea de la vida y á las nociones relativas á la constitución de los cuerpos que había de revelar la química, y encerrándose aún demasiado en las expresiones escolásticas de sustancia y de atributos, Espinosa no llegaba á este infinito vivo y fecundo que nos muestra la ciencia de la naturaleza y de la historia presidiendo en el espacio sin límites á un desarrollo siempre más intenso... Espinosa no veía de un modo claro el progreso universal; el mundo, según él lo comprende, parece cristalizado, como si dijéramos, en una materia que es la extensión incorruptible, en un alma que es el pensamiento inmutable; encontrándose perpétuamente en frente del infinito, no percibía bastante cuánto de divino se oculta en las manifestaciones relativas; pero mejor que nadie veía la identidad eterna que sirve de fundamento á todas las evoluciones pasajeras. Todo lo que es limitado le parecía fútil é indigno de ocupar á un filósofo. En su vuelo atrevido alcanzaba las cumbres más sublimes cubiertas de nieve, sin tener siquiera una mirada para la flor de vida lozana que se cria en el declive de la montaña. A la altura donde cualquier pecho, menos el suyo, empieza á jadear, él vive, él goza, como lo hace el comun de los mortales en las blandas regiones templadas. Lo que él necesita es la atmósfera de los bancos de hielo, con su rudeza penetrante. No quiere que se le siga á aquellas cumbres; es como Moisés, á quien se revelan en las alturas de la montaña secretos desconocidos para el vulgo; fué el vidente de su edad y á su hora ha visto del modo más profundo á Dios.

Mas el que tan solitario vivía en aquellas cumbres cubiertas de nieve, bajaba también á la sociedad humana para aplicar á ella sus principios. Así lo hizo en su *Tratado teológico* en que determinaba de una parte los límites entre la ciencia y la religión, de otra los lí-

mites entre ésta y el Estado. Según Espinosa, la verdadera unidad de religión es la tolerancia. El Estado ha de amparar los derechos de todos, y forma parte del goce de la vida que las leyes aseguren también á cada cual el derecho de usar su propio juicio. La misma libertad que se requiere para la actividad científica, es indispensable en la religión.

Estas son las teorías de Benito de Espinosa. Habrá errado en los pormenores de su filosofía, pero se formó una idea tan sublime de la Divinidad, que no puede negarse que ésta le llenaba, le penetraba y le inspiraba.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 21 de Marzo de 1877.



REVISTA CRÍTICA.

Si todos los conservadores fuesen como el Sr. Pelayo Cuesta, mucho habria ganado la causa de la libertad. Tiempo hacia que deseábamos ver un conservador verdadero, un conservador á la inglesa, y por más que recorriamos todos los partidos españoles que con tal nombre se decoran, no nos era posible descubrir lo que buscábamos. El Ateneo nos ofrecia como modelo de conservadores liberales al Sr. Moreno Nieto; pero el señor Moreno Nieto no es otra cosa que un doctrinario, que tiene el sentimiento, pero no la idea de la libertad. Por fin hemos hallado nuestra ave fénix en el Sr. Pelayo Cuesta.

Es el Sr. Pelayo Cuesta un espíritu sério y reflexivo, de clara razon, penetrante entendimiento y notable sentido político, muy versado en la historia de Roma é Inglaterra, muy entusiasta por las instituciones inglesas y defensor sincero y convencido de la monarquía constitucional. Inglés por las ideas, por las aficiones, por los sentimientos y hasta por la figura, el Sr. Pelayo Cuesta no ve en la política el resultado de una concepcion metafísica abstracta ó de una pasión acalorada, sino el arte prudente, delicado y sensato que, sin perder de vista el ideal, procura atenerse ante todo á lo práctico, á lo positivo y á lo posible y realizar en cada momento lo que exigen la conveniencia y los intereses del país y lo que cabe dentro de la realidad. Poco aficionado á grandes frases y recursos oratorios, piensa con madurez, expone con claridad, discute sin calor, pero con habilidad é ingenio, y habla natural y sencillamente, sin pretensiones de orador, pero con la correccion necesaria para hacerse oír con gusto del auditorio.

En la última sesion de la seccion de Ciencias morales y políticas del Ateneo, mostró cumplidamente el Sr. Pelayo Cuesta tan relevantes dotes, planteando con gran claridad las cuestiones que son objeto del debate, revelando sus profundos conocimientos en cuanto á Inglaterra se refiere, y sosteniendo con elevado criterio, recto sentido, tacto extraordinario y notable templanza los verdaderos principios monárquico-constitucionales, bajo el punto de vista conservador.

No se remontó á las alturas ni revolvió cielo y tierra para exponer los principios á que á su juicio debe someterse la política; ántes al contrario, huyó cuidadosamente de toda especulacion metafísica y se atuvo sólo á la experiencia y al buen sentido. No esmaltó su discurso con pomposas defensas del orden social, de los intereses fundamentales, de las santas tradiciones, ni con acerbos y declamatorias críticas contra la demagogia, la revolucion y el socialismo. Nada declamatorio ni sentimental hubo en su discurso; sólo se veia en él la obra de un entendimiento penetrante, de un ánimo tranquilo y desapasionado y de una voluntad recta.

Conciliador y tolerante, señaló el terreno comun en que conservadores y liberales debian moverse, que era, en su opinion, el reconocimiento franco y explícito de los derechos individuales, perfectamente compatibles con el órden social y el principio de autoridad y aceptados sin reserva por los conservadores en todos los países libres. Defendió la libertad religiosa, combatiendo la llamada tolerancia, á la cual preferia, como más consecuente y respetable la doctrina de los partidarios de la unidad religiosa, y sostuvo la necesidad y conveniencia de que el Estado siguiera unido con la religion profesada por la mayoría del país. Hizo elocuentemente la causa del Jurado, en el cual vió un poderoso medio de educacion y moralizacion de las clases populares. Combatió con sólidos razonamientos el sufragio universal y el censo, optando por un sistema amplio, basado en la reunion de todos los criterios de capacidad. Afirmó que era necesario dar en las elecciones una representacion especial á los grandes centros de poblacion, impedir que ningun distrito votara ménos de dos diputados (con objeto de asegurar su legítima representacion á las minorías) y abogó por el voto público, si bien reconociendo la imposibilidad de establecerlo en España. Por último, defendió la monarquía constitucional y atacó la forma republicana con una templanza muy poco frecuente en sus correligionarios, y terminó encomiando la necesidad de que los conservadores sean francamente liberales y se inspiren en el ejemplo de los *torys* de Inglaterra.

Excusado es decir que los conservadores ni se muestran dispuestos á seguir tales consejos ni tuvieron el buen gusto de aplaudir al Sr. Pelayo Cuesta. Es natural; en España nunca tiene éxito el orador que ademas de no halagar las pasiones de los partidos, se atreve á decirles la verdad. Tener sentido comun en España es la mayor desgracia que le puede ocurrir á un hombre.

Y sin embargo, ¡cuánto tendrían que aprender en el discurso del Sr. Pelayo Cuesta conservadores y radicales y cuánto bien podrian hacer al país si obedecieran sus indicaciones! Si los primeros aceptaran de corazon la libertad y otorgaran á los segundos condiciones de vida y éstos renunciaran á exclusivismos, intransigencias y temerarias aventuras; si aprendieran, los unos á ser verdaderos conservadores, los otros á ser verdaderos liberales; si de una vez para siempre aboliéramos el idealismo aventurero y el vacío filosofismo por una parte, el egoismo y el espíritu reaccionario por otra; si fuéramos en política positivistas y hombres prácticos y no perdiéramos lo posible por correr tras lo utópico; si atendiéramos ante todo á crear costumbres públicas y á educar á los partidos, los conservadores en el amor á la libertad, los radicales en el respeto á la ley; si miráramos más á Inglaterra y ménos á Francia y nos asimiláramos, no las instituciones, pero sí el espíritu público y la educacion política de los ingleses; si acertáramos á cerrar el período constituyente y la era de las revoluciones y á fundar el reinado pacífico de la libertad, España podria recobrar su grandeza y llegaria á disfrutar de los beneficios de la civilizacion.

Por desgracia no será así. Los nobles acentos de los espíritus sensatos como el Sr. Pelayo Cuesta se perderán en el vacío; los partidos continuarán aferrados á sus errores, y todos seguiremos siendo cómplices de la ruina de la patria. Pero si tal sucede, no será porque no haya quien á debido tiempo señalara el mal é indicase el remedio, y los que tal hicieron (y entre ellos se cuenta el Sr. Pelayo Cuesta) tendrán al ménos el consuelo de no haber contribuido á hacer la desgracia de su país. Por eso los pocos que en medio del

desconcierto general saben ir por el buen camino y mantienen incólumes los sanos principios, merecen el aplauso de la opinion sensata; y por eso felicitamos al Sr. Pelayo Cuesta por su notable discurso, que es, no sólo un bello trabajo, si no una buena accion, y nos abstenemos de señalar en él los puntos en que diferimos de su manera de pensar, ó los que nos parecen dignos de censura, tarea ingrata que reservamos á sus correligionarios, que lo harán mejor que nosotros y de seguro con más complacencia.

Al Sr. Pelayo Cuesta contestaron los Sres Pedregal, Carbajal y Sanchez. El primero estuvo templado y discreto: el segundo, habílísimo y elocuente, pero haciendo gala en algunos puntos, de lamentable intransigencia; el tercero, caústico, decididor y empequeñeciendo el debate como de costumbre.

*

* *

Las conferencias de la institucion libre de enseñanza siguen llamando la atencion del público. En la última, el Sr. Echegaray ha disertado sobre la belleza, defendiendo con elocuentes frases la teoría del arte por el arte.

Esta teoría ha continuado discutiéndose en la seccion de literatura del Ateneo, donde la ha combatido el Sr. Moreno Nieto, sustentando las doctrinas que defendió el Sr. Alarcon en la Academia Española. El Sr. D. José Canalejas ha sostenido con fortuna los buenos principios.

*

* *

Un nuevo libro acaba de dar á la estampa el Sr. Castelar; titúlase *El ocaso de la libertad*, y es una narracion novelesca de los hechos culminantes del reinado de Tiberio, principalmente la caida de su favorito Sejano. Mezcla de historia, de estudio político y de novela, este libro se distingue, como todos los del Sr. Castelar, por la magia y elocuencia del estilo, y revela un profundo conocimiento de la vida interior del imperio romano. El objeto que el Sr. Castelar se ha propuesto al escribirlo, es inspirar horror hácia la tiranía, pintando sus crímenes, y combatir el cesarismo. No es la primera vez que hace ésto el Sr. Castelar; el cesarismo es una de sus preocupaciones constantes, quizá porque comprende la aficion que le tienen las democracias latinas, y el odio que hácia él experimenta es mayor que el que le inspiran las monarquías absolutas. El imperio romano es un fantasma que constantemente persigue al Sr. Castelar, y á hacerle execrable ha dedicado sus más elocuentes escritos. En el que nos ocupa ha desempeñado nuevamente esta tarea con singular brillantez y atractivo. El libro es irreprochable: sólo hay en él un capítulo cuya relacion con el resto de la obra no hemos acertado á explicarnos. Tal es el titulado *Los metamorfóseos*, que ya conocen los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.

*

* *

Entre las demas obras publicadas en este período debemos mencionar una nueva edicion de la *Historia de un pedazo de pan*, por Juan Macé, que es una amena exposicion popular de la filosofía humana puesta al alcance de las inteligencias infantiles; la traducion del notable libro de Hillebrand, *La Prusia contemporánea y sus instituciones*, publicada por la *Biblioteca Salmantina*, y un tomo de poesías del Sr. D. Eduardo Bustillo, titulado *Las cuatro estaciones*, donde hay algunas composiciones sentidas y discretas al lado de otras que su autor hubiera debido abstenerse de publicar.

*

* *

Los teatros han entrado en ese período de agonía y marasmo que se llama segunda temporada, y en el cual rara vez se representan obras notables. Las novedades que hasta ahora han ofrecido se reducen á la comedia *Rendirse para vencer*, primera produccion de D. Mariano Barranco, estrenada en el teatro de la Comedia y aplaudida, más por las esperanzas que encierra que por su mérito intrínseco, y á una produccion del Sr. Zapata estrenada en el Español y titulada *El Solitario de Yuste*, cuadro más lírico que dramático del género de *La Capilla de Lanuza*, y notable ante todo por su sonora y robusta versificación.

M. DE LA REVILLA.

CRÓNICA MUSICAL

Mignon en el Teatro Real.—*Fausto* en el Circo de Rivas.

Contra lo que ha sido costumbre en años anteriores, y como extraordinaria y rara novedad, Madrid ha inaugurado una nueva temporada musical despues de la religiosa y Santa Semana con dos obras líricas del repertorio francés, que han venido á constituir cada una por su estilo, dos verdaderas fiestas artísticas en que el público de un lado y la prensa de otro, han encontrado materia más que suficiente, para reanudar nuevas polémicas, y asunto tambien con que entretener el espíritu, harto recogido durante aquellos dias de *dolor y penitencia*, en que por piadosa y tradicional costumbre, desaparecen de entre nosotros toda clase de *profanos y mundanales* placeres. Nos referimos, como comprenderán nuestros lectores, al estreno de la ópera *Mignon* en el teatro de la plaza de Oriente y á la representacion de *Fausto* por la compañía italiana que el Sr. Rivas ha traído al elegante coliseo del Príncipe Alfonso, obras ambas cuyo interes no podia en estas circunstancias ser dudoso, dadas las condiciones con que han aparecido para nosotros, en particular la primera, aún no conocida de la mayor parte del público, y cuyo autor, si bien eran escasas las relaciones que hasta ahora habia sostenido con él, se ha conquistado sin embargo justas y legítimas simpatías desde que fueron oídas algunas de sus *overturas* en los conciertos de verano y primavera. Estas dos obras, á las que pensamos hoy consagrar esta revista, aunque sea faltando á la palabra y al compromiso, contraído en la última con nuestros lectores, ofrecen por otra parte la singularidad de pertenecer á una escuela que hoy empezamos á conocer, y si bien el *Fausto* no es para nosotros hoy una novedad despues de tantas representaciones como se han presenciado en nuestro Teatro Real, y ántes, en el de Rossini de los Campos Elíseos, en esta ocasion tenia sin embargo un atractivo particular, por ser otro el teatro donde se iba á poner en escena, desconocidos todos los artistas encargados de su ejecucion, un coro completamente nuevo para nosotros, y personal de orquesta, en fin, que ni por lo más remoto conociamos, ni hasta ahora podiamos apreciar: todo lo cual debia se-

guramente llamar nuestra atencion, y hasta despertar una curiosidad, de que no era posible prescindir.

Podemos, por lo tanto, considerar como el verdadero acontecimiento musical de estos últimos dias la audicion de las dos partituras de Thomas y Gounod, de estos representantes de la escuela francesa moderna, que con Halevy, Berlioz y Feliciano David, forman en derredor de Meyerbeer una de las constelaciones más hermosas del firmamento musical de los tiempos modernos. A estas dos bellas concepciones del arte hemos de referir nuestras observaciones en esta *Revista*, haciendo notar lo que á nuestro juicio merezca especial atencion, así en lo relativo á su mérito y valor estético, como en lo que respecta á su ejecucion y escénica exposicion en los respectivos coliseos en que han tenido lugar. Creemos que, tanto estos dos ilustres maestros, como las dos obras indicadas, merecen que por hoy prescindamos de los demas sucesos musicales, y únicamente éstos y aquéllas monopolicen el objeto de nuestras investigaciones, ya que con estos dos acontecimientos hay asunto más que suficiente para ocupar á nuestros lectores, si hemos de darles por lo ménos una idea aproximada de lo que han sido aquellos, y al mismo tiempo de la importancia que tienen para nosotros los dos indicados compositores en el estado actual de la música dramática. Afortunadamente hoy, que tanto se habla sobre la existencia de las escuelas musicales y sus caracteres; hoy, que para muchos es discutible el valor propio y real de la francesa, á la cual niegan toda originalidad é importancia en la historia de las evoluciones de este arte; hoy, que nosotros hemos empezado á estudiar las producciones y los maestros de la república vecina, de los cuales tan poco se conoce; hoy, en fin, que la *Mignon* nos proporciona ocasion de aplaudir por primera vez en el Teatro Real á uno de sus más ilustres representantes, nuestro propósito tiene una señalada oportunidad, y ofrece por lo mismo más directo y vital interes al fin que, desde luego, nos proponemos en este trabajo.

*
* *

Es, siguiendo el órden de su representacion, la produccion de Ambrosio Thomas, la primera de que debemos dar noticia á nuestros lectores.

Fué, como es bien sabido, oida por vez primera la ópera *Mignon* el 17 de Noviembre de 1866, representada en el Teatro de la Opera cómica de Paris, justamente cuando Auber, Halevy, Adam Herold y otros compositores tenian monopolizada la escena francesa, y Thomas habia ya adquirido su reputacion de maestro distinguido y laborioso compositor en el *Caid*, *El Carnaval de Venecia*, *Raymond* y otras obras, que tanto éxito alcanzaron y con tanto aplauso del público francés recorrian por entónces los teatros del antiguo imperio. Con esta delicada creacion musical, el aventajado discípulo de Auber, si no se colocó á la altura de los grandes maestros de la escuela francesa, demostró por lo ménos en ella cualidades artísticas poco comunes, y un gusto para la composicion musical, digno del gran genio, que con sus inmortales creaciones tan grande impulso ha dado al arte, y con los cuales se ha formado la moderna escuela francesa, en la que figura como uno de sus más genuinos representantes, nuestro Ambrosio Thomas. No es *Mignon*, en efecto, una de esas obras del género dramático musical que, por su valor é importancia, la crítica y el arte no puedan pedirle estrecha cuenta, así por lo que toca al pensamiento ó concepcion musical, como respecto á la ejecucion, segun reglas y principios estéticos del

drama lírico. La unidad de plan, por ejemplo, la armonía de la múltiple y variada relacion de partes dentro del todo musical, que en esta clase de composiciones se exigen imperiosamente por el arte, la personalidad de artista dominando en las partes y en el todo, de tal modo, que su desarrollo sea el resultado de su voluntad y puro pensamiento, todo eso, en fin, que determina el valor y mérito intrínseco de una concepcion lírico-dramática, donde todos sus elementos están desenvueltos conforme á las leyes que deben presidir en estas manifestaciones del arte, en vano lo buscaremos en la obra de Ambrosio Thomas. La música de *Mignon*, bella en general, y de relevante mérito sin duda, ofrece este carácter, es más lírica que dramática. Por toda ella se observa un sentimentalismo y una delicadeza de situaciones que sostienen agradablemente el interes del espectador; pero sin que logre al fin apoderarse de él, como en muchas obras de ese mismo género y en momentos análogos observamos, cuando se ofrecen á nuestra atencion, y en las cuales el compositor mueve al público con entera libertad, haciéndole sentir las mismas impresiones que se propuso al dar forma musical al pensamiento de la accion dramática. Tiene sin duda la partitura algunos números que, aparte de la belleza musical de la melodía y del trabajo orquestal, nunca desatendido por Thomas, revelan una delicadeza de sentimiento y un conocimiento de los resortes de la música poco comunes, y bastantes, á no dudarlo, para colocar á *Mignon* en un lugar distinguido, y á su autor entre los mejores artistas de nuestro tiempo. De este orden son, en efecto, el *concertante* y un *duo* del acto primero, donde la orquesta lleva la parte principal, prestándoles un colorido por medio de complicadas armonías y combinaciones instrumentales, que forman un conjunto arquitectónico de primer orden; un *duo* de amor de gran sentimiento, y la *stiriana* en el acto segundo, y un *coro* marinero á voces solas, con un *duo* entre Mignon y Guillermo, en el tercero, que son dos números de los mejores de la partitura por la delicadeza de expresion y el gran conocimiento musical y dramático con que han sido tratados por el compositor. Pero aparte de esto, cuyo valor estético-musical no puede ponerse en duda, Thomas deja, como hemos dicho, mucho que desear, considerada en conjunto toda su obra, y estudiada á la luz de los principios que deben presidir á la composicion del drama musical y de las exigencias de nuestro tiempo. Ha hecho mucho y muy bello, pero ha dejado tambien bastante que hacer y desarrollar. En rigor no puede decirse que en esta ópera haya llegado Thomas á la plenitud de conciencia artística, que es justamente aquel estado en el que el compositor se muestra en sus obras tal y como es, segun su pensamiento y segun sus sentimientos artísticos. En el *Mignon* hallamos un eclecticismo, un recuerdo de todas las escuelas, de todos los sistemas, de todos los maestros, que ahogan y contienen la personalidad musical del autor, impidiendo que se nos manifieste con todas sus energías y con toda su virtualidad dramática. Se ve en ella mucho estudio, mucho cuidado en la realizacion del pensamiento y esfuerzos laudables por llevar á cabo su objeto y propósitos escénicos y musicales; pero á vueltas de esto hay tambien tales huecos y vacíos en todo el tejido armónico, y tan visibles incoherencias en toda la trama y urdimbre propias de la concepcion, que el sistema y la armonía dramático-musical quedan anulados, rompiéndose la verdadera unidad estética, que es la base de toda obra de arte, ante la variedad é inconexion de partes que la constituyen. No desconocemos que en esta manifestacion del arte, que se llama la música dramática, hay un grande y complejo pro-

blema que resolver, y hasta hoy son pocos y muy raros los maestros que lo han llegado á conseguir, precisamente por lo mismo que es el drama lírico en el arte musical, como la poesía dramática en el arte poético, la última y suprema manifestacion á que puede aspirarse en el dominio de la música.

Por lo demas, *Mignon* es una ópera que se oye con gusto, y sus bellezas musicales han sido aplaudidas en todos los teatros de Europa, quedando por esta causa en el repertorio internacional, desde que Thomas la hizo conocer el año 66, y si en ella su autor no ha entrado aún en posesion de sí mismo, ni desenvuelve con entera libertad toda la potencia musical, que indudablemente posee, ha ofrecido por lo ménos una obra digna por todos conceptos de figurar al lado de las mejores de este género, con tanto éxito cultivado en la república francesa. Si entre nosotros no ha podido ser apreciada en todo su valor, por más que tampoco haya pasado desapercibido, no ha sido ciertamente por carecer de él, ni la responsabilidad puede recaer sobre el autor; la culpa está en la empresa, está en los artistas, en la ejecucion que, aparte de la señorita Ferni, que hizo cuanto pudo, ha sido algo ménos que regular, haciendo de la *Mignon* un rigor de desdichas, como si todavía no fueran suficientes los rigores con que Carré y Barbier tratan á la infeliz protagonista en el poema dramático. De todos modos, y aunque tarde, Thomas ha debutado dignamente en nuestro primer teatro lírico, mereciendo que desde hoy le consideremos con todos los honores de maestro con que ya habia sido saludado en cuantas capitales se han puesto en escena sus bellas y numerosas obras. Hoy se nos anuncia por la empresa Rivas el estreno de su gran ópera *Hamlet* en la cual el compositor Ambrosio Thomas ha querido, segun parece, elevarse al rango de los grandes maestros, y como entónces nos hemos de ocupar extensamente de esta obra, de la cual tan ventajosamente se ha ocupado la crítica francesa y alemana, cerramos esta seccion para dar cuenta á nuestros lectores del extraordinario éxito del *Fausto* en el coliseo del Príncipe Alfonso, no sin dirigir primero nuestra más cordial y sincera felicitacion al distinguido autor de *Mignon* y del *Carnaval de Venecia*.

*
* *

Deciamos, al comenzar esta revista que el *Fausto* no era realmente una novedad para nuestro público, que al cabo de no pocas representaciones habia concluido por familiarizarse con su música, y hoy pudiera ser considerada como una de tantas obras del trillado y conocido repertorio, hasta la saciedad sabidas, y en la cual, ni el más insignificante detalle pudiera encontrarse que viniera á demostrarle lo contrario y á revelar secretos desconocidos ó para él extraños. No hemos sido exactos, en verdad, al hacer semejante afirmacion. El *Fausto* que hoy se nos presenta en el Príncipe Alfonso, ha sido una verdadera novedad, mejor dicho aún, un extraordinario acontecimiento artístico, una solemnidad musical que desde hace muchos años seguramente, no habia presenciado el público de Madrid, y cuya iniciativa y preparacion son debidas del todo á la generosidad del celoso empresario Sr. Rivas que, en medio de los mayores obstáculos y contrariedades de todos géneros, y despues de luchar con grandísimas é inmensas dificultades, ha realizado el más atrevido pensamiento, ofreciendo al diletantismo de esta capital un espectáculo digno del arte y digno tambien del distinguido público que tan pródiga y desinteresadamente sabe premiar siempre empresas artísticas de esta naturaleza. *Fausto* en esta

ocasion, contra lo que todos esperábamos y á pesar de cuantas especies se habian propalado por algunos *impacientes* en todos nuestros círculos sociales, ha sido un suceso que ha de ocupar seguramente la atencion de la prensa y de nuestros *dilettantes* y de trascendentales consecuencias para el arte lírico-dramático y la escena, cuyo nivel, por desgracia, desde algun tiempo tan escasa altura ha conseguido en nuestros primeros coliseos, á pesar de la indudable importancia que, por decoro y honra nuestra, merecen tener, y del esplendor y brillantez que en todos sus espectáculos debieran siempre presentar. Hacia ya falta que alguien se encargase de reparar este mal y demostrase de una vez de lo que son susceptibles las grandes representaciones teatrales. Ha sido el Sr. Rivas quien nos ha probado con toda la elocuencia de los hechos que *querer es poder*, y donde hay voluntad no manda interes. Él nos ha hecho ver que, cuando hay buen deseo y firme propósito, se realiza con facilidad cualquier pensamiento, y sobre todo un pensamiento levantado, digno y grande, como lo es siempre el rendir culto al arte y á los genios, cuyas creaciones dan, como el *Fausto*, expansion al espíritu, goces purísimos á la fantasía y dulzura inefable al corazon y al sentimiento. Nos ha probado, en fin, este activo empresario, que se puede elevar á proporciones desconocidas una representacion escénica, y que con elementos, quizás más modestos, pero bien combinados y dispuestos, con acertada direccion, en vista siempre del verdadero fin del arte, y sin olvidar las justas exigencias del teatro y el público, cualquier empresa puede presentar, y presenta sin duda alguna, un espectáculo serio y digno, en que el arte, el público y la empresa juntamente, cada uno en su propia esfera, alcancen su objeto y salven todos sus respectivos intereses, sin que el predominio de uno solo venga, por un momento, á turbar y destruir el equilibrio y concierto que en todos deben reinar.

Era ya tiempo de que se quitase la venda de nuestros ojos para ver toda la luz y comprender toda la verdad, cuya realidad no conociamos; era ya hora de que el arte y el público, tan poco respetados por algunas empresas, tuviesen su justa reparacion, y, en sus límites cada cual, vieran realizado el ideal con que venimos soñando por espacio de tanto tiempo, y que contra nuestra voluntad sentiamos se alejaba por momentos de nosotros, perdiendo ya toda esperanza de salvacion. Pero prescindamos ahora de estas consideraciones, que, como nosotros, en más de una ocasion habrán hecho nuestros lectores, y hablemos del *Fausto*, de la ejecucion y del éxito alcanzado por todos los artistas encargados de interpretar en el teatro del Sr. Rivas la bellísima concepcion musical del ménos francés de los compositores del otro lado de los Pirineos; digamos, en una palabra, lo que ha sido esta fiesta artística que hoy está siendo objeto de los más curiosos comentarios, y con la cual tan dignamente ha dado principio la nueva temporada lírica que hoy ofrece al público madrileño la empresa de aquel coliseo. A la prensa toca dar cuenta de todas las manifestaciones que en el campo de nuestra actividad pueden tener lugar, y presentarlas francamente tales y como sean, sin ocultar con subterfugios y ambages toda la verdad é importancia que en sí puedan tener. Esto vamos á hacer con respecto á la representacion del *Fausto*, procurando no extendernos demasiado, para no molestar á nuestros lectores.

Figuraos por un momento al elegante coliseo de Recoletos inundado por una numerosa concurrencia, y ocupadas sus localidades por todo lo más distinguido de nuestra sociedad, que poseida del más vivo interes, y atraída por la más viva curiosidad, esperaba con

impaciencia ver la representacion de una obra ya popular entre nosotros, y cuyas bellezas han sido admiradas desde que por primera vez fué puesta en escena en el teatro de los Campos Elíseos. La orquesta, con su inteligente director, se prepara á entrar en campaña, y el magnífico prelude se escucha con religiosa atencion. Empiezan por todas partes los comentarios, y todos los espectadores á la par se dan plácemes por tan brillante ejecucion. La orquesta sabe lo que hace, el director tiene conciencia de la mision que desempeña, se dicen algunos al oido. Esperemos.

La cortina se ha levantado. El tenor Corsi va á ser juzgado por nuestro público, y con él el primer bajo Vidal en el magnífico *duo* con que despues de los recitados termina el acto primero. En efecto, los comentarios se extendieron por todos los círculos del teatro, y, terminado el acto, con tan feliz éxito, los dos artistas salieron á la escena á recibir los aplausos que unánimemente les prodigó la concurrencia. La ópera no podia debutar con mejores auspicios. Mas el público sentia cada vez más impaciencia por conocer todos los artistas y deseaba por momentos oir el segundo acto, donde su exhibicion es completa y en él muestran lo que pueden valer en sus respectivas facultades. Aparecieron los coros; Valentin dijo su *romanza*; se cantó la cancion mefistofélica como no la habiamos oido, y fué repetida en medio de una explosion de aplausos: despues el cuerpo coreográfico lució sus habilidades, que no son pocas, y sus gracias, tampoco escasas, y Margarita salió á la escena, por último, apoderándose como por magia del auditorio, cuyas muestras de aprobacion, terminada la frase de salida, se hicieron visibles al terminar el acto. El espectáculo va creciendo en interes, y el público deja ver su satisfaccion, sintiendo realizadas sus esperanzas y cumplidos sus deseos. Partes principales, coros y orquesta dejan plenamente satisfechos, y merecen hasta ahora los plácemes más unánimes de toda la sala. Pero es preciso conocer aún las facultades de la Sra. Vitali, y será preciso esperar al ária y al duo del acto tercero. El órgano desde luego es poderoso, su voz es de extension y de sonoro y agradable timbre; si la escuela de canto es buena, el éxito no es dudoso. Esto se decia ántes de principiar el acto, y las esperanzas de los aficionados no quedaron defraudadas. La *balada* y el *ária* de las joyas las dibujó de un modo admirable y con un sentimiento exquisito, que le valieron una tempestad de aplausos. El *duo*, aunque le faltó alguna brillantez, fué, sin embargo, interpretado con calor y animacion por el tenor Corsi, diciendo su parte la Sra. Vitali con gran pureza y expresion, y con un estilo y sobriedad escénica de lo más distinguido.

La escena de la ventana, que pone fin á este acto, cuyas arrebatadoras frases tienen tanto fuego y pasion, nada dejaron que desear por parte de tan distinguida artista. El campo era suyo, y al terminar esta escena se impuso al público, que le hizo arrancar generales y estrepitosas palmadas.

Ya no podia ser dudoso el éxito de la interpretacion de la obra de Gounod dados estos antecedentes. Se habian vencido todas las dificultades sin el menor tropiezo, ni la más leve caida, y por consiguiente el público esperó tranquilo los dos actos que faltaban, seguro de que los artistas todos, bajo tan acertada y poderosa batuta como la del maestro director Sr. Kuon, segun habian dado cima á los tres primeros, en los restantes obtendrian evidentemente el mismo resultado, y la ópera en fin, terminaria dignamente segun el público ya presentia desde su comienzo.

Así sucedió en efecto: cuarto y quinto acto fueron verdadera-

mente conmovedores. No hay bastantes palabras para encomiar como se merecen á artistas, orquesta, y en particular al director, de cuyo celo y especial cuidado no es posible que podamos dar una idea á nuestros lectores. La escena de la iglesia, cuya fuerza dramática y profundo sentido musical tan bien ha comprendido el bajo Sr. Vidal, interpretándola con toda la tétrica expresion que ha sabido prestar Gounod á esta sublime creacion del gran poeta aleman por medio de los más extraños *resortes musicales*. Todo el segundo cuadro del acto cuarto, *marcha, serenata, terceto y final*; y por último, el *duo y terceto* con que termina esta ópera, han sido páginas cuyos detalles de interpretacion están fuera de lo comun, y algunos de ellos como el canto de Mefistófeles en la catedral, *crescendo* de la *marcha* y *pianissimo* de la *plegaria coral*, acaso no tengan precedente en las representaciones que se han dado en Madrid de la gran concepcion musical de Gounod. Sólo así se explica la extraordinaria y merecida ovacion de que fueron objeto todos los artistas, y que al terminar la ejecucion de la obra tuviesen que salir todos con el director de orquesta Sr. Kuon, al palco escénico para recibir los bravos y entusiastas aplausos con que un público tan inteligente como escogido, queria demostrar la inmensa satisfaccion de que estaba poseido en aquellos momentos.

Hé aquí lo que ha sido el *Fausto* del antiguo Circo de Madrid y el primer efecto é impresion que ha experimentado nuestro público en su primera representacion. El éxito, como habrán podido comprender nuestros lectores, no ha podido ser más satisfactorio, lo mismo para los artistas y la empresa que para cuantos tuvieron el placer de escuchar esta gran obra del compositor de Paris, cuya interpretacion ha excedido á cuantos cálculos hayan podido hacerse ántes de ponerla en escena. De relevante mérito y cualidades artísticas poco comunes los artistas que han tomado parte en esta obra, y dirigidos por un eminente y acreditado maestro que con tanta conciencia y especial gusto, ha sabido sacar los magníficos y deliciosos efectos que tiene la profunda y delicada partitura de Gounod, una de las mejores del repertorio francés, interpretando al mismo tiempo y de un modo magistral el espíritu del compositor y el fantástico carácter de la concepcion musical; bien servida la escena y acompañada de un cuerpo *coral* y coreográfico, de cuyo perfecto ensayo dieron todos sus individuos constante prueba en el curso de la representacion, así como tambien de su inteligencia y aptitud artísticas en las escenas que toman parte, y con una orquesta por último, que si no muy numerosa ni igual en todos sus elementos, ha sabido plegarse á las exigencias de la obra misma, subordinándose á una batuta poderosa é inteligente, la primera representacion de *Fausto*, léjos de defraudar nuestras esperanzas, ha sido como hemos dicho, un verdadero acontecimiento musical cuya importancia en los momentos actuales no es posible ocultar y con el cual el Sr. Rivas, á quien de veras felicitamos, ha obtenido una justa recompensa á los titánicos y extraordinarios esfuerzos que en obsequio del público de Madrid ha hecho en esta ocasion.

No es tiempo ya de entrar en consideraciones acerca del valor intrínseco de la partitura de este tan querido maestro, que con tanta fuerza se ha impuesto á los verdaderos aficionados á la música dramática. Todo el mundo conoce el *Fausto* y sabe el lugar que ocupa entre las grandes creaciones musicales del gran repertorio. Todos nuestros lectores saben lo que ha hecho nuestro Gounod en el drama lírico, y sus especiales aptitudes para el género fantástico y religioso, así como su estilo dominante y sus tendencias en el des-

arrollo del plan y concepcion de sus obras. Gounod, no es un maestro á lo Meyerbeer y á lo Wagner; no tiene esos arranques de pasion y esa fuerza dramática que constituyen el sello característico de esos grandes genios. Su inspiracion es más tranquila, más dulce, tiene algo de angélica y religiosa, y jamás le arrastra á la violencia y á los impulsos desordenados que son propios del genio. Por eso vemos en todas sus creaciones, y por lo mismo en el *Fausto*, más luz que fuego, más talento que pasion, y en esa lucha horrible de ideas y principios contrarios que caracteriza la psicología del poema, se manifiesta la inclinacion del espíritu de Gounod, haciendo en la música todas las concesiones á que le llevan sus instintos y su carácter noble y religioso, contra el dramático humano y tormentoso que domina en la metafísica y austera concepcion de Goethe. Espiritual y místico en sus composiciones dramáticas, sabe prestarles un gran interes, bajo el punto de vista psicológico y bajo el punto de vista musical, como dice muy bien Chouquet, pero en todas ellas se nota esa falta de pasion y fuerza dramática que tan enérgicamente se realizan en otros poemas, y una languidez poco conforme con el carácter fuerte que el interes de la accion reclama en ocasiones dadas. Por lo demas, el *Fausto*, que muchos juzgan como la obra superior de Gounod, por más que no sea esta nuestra opinion, si en absoluto no se ajusta á las condiciones normales del drama musical, es de todos modos una concepcion de primera fuerza, cuyas proporciones artísticas revelan en su autor una organizacion musical envidiable y un talento estético extraordinario y de primer orden.

J. ESTÉBAN Y GOMEZ.

12 de Abril de 1877.



Madrid, 15 de Abril de 1877.

Propietarios gerentes: *PEROJO HERMANOS*

Madrid, 1877.—Tipografía de la REVISTA CONTEMPORÁNEA,

Pizarro, 15, bajos.